



Libros del Asteroide



# Martin Michael Driessen

## Ríos


Traducción de Isabel-Clara Lorda Vidal



**Martin Michael Driessen**

Ríos

Traducción de Isabel-Clara Lorda Vidal

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada  
Ríos  
Fleuve sauvage  
Viaje a la luna  
Pierre y Adèle  
Colofón

Primera edición, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2016 Martin Michael Driessen

© de la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Annie Spratt / Unsplash

Fotografía del autor: © Bob Bronshoff

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17977-12-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

La editorial agradece la ayuda recibida por parte de la Dutch Foundation for Literature

**N**ederlands  
letterenfonds  
dutch foundation  
for literature

*Para Koen van Gulik, editor de Wereldbibliotheek,  
a quien debo mi oficio de escritor*

# Fleuve sauvage

*Alles führt zu nichts\**

«Si quieres beber, hazlo donde no molestes a nadie», le había dicho su mujer.

«Si quieres beber, hazlo ahora», le había dicho su agente. «Tus ensayos de Banco no empiezan hasta septiembre.»

«Sí, claro que puedo dejarte mi canoa y la tienda», le había dicho su hijo. «Pero no pienso acompañarte al río. ¿Pretendes salir de excursión para matarte a beber?»

Durante los últimos días había llovido sin cesar y el nivel del agua en Sainte-Menehould era inusualmente elevado para el mes de julio. En la cena en *Le Cheval Rouge* bebió vino; en la cama del hotel, whisky de la botella que había empezado durante su viaje en coche desde Bruselas. Así que haría la excursión en canoa solo. Sabía que cuando bebía se volvía agresivo y comprendía que la gente evitara estar con él. Esto último lo había asumido ya con la resignación de un leproso. Lo que a él le refrenaba, pensó mientras volvía a servirse whisky en el vasito de plástico del cuarto de baño, era su enorme fuerza de voluntad. Si pactaba consigo mismo no volver a tomar jamás una gota de alcohol, seguro que lo respetaba. De lo contrario, perdería su autoestima y eso sería su ruina. No sería capaz de volver a mirarse al espejo si rompía una promesa como esa. Por eso debía pensárselo bien antes de comprometerse, porque esa decisión determinaría el resto de su vida.

«Es usted alcohólico —le había comunicado el médico—. En su caso, beber con moderación no serviría de nada. Debe cortar de raíz este hábito.»

En el río me dedicaré a reflexionar sobre esto, se dijo. La botella que llevo en la mochila tal vez sea la última que me beba. Supongamos que me decido a dejar la bebida. Mi matrimonio salvado. El respeto del hijo por el padre recuperado. Mi carrera en el Teatro Nacional estabilizada. Durante diez años pareceré diez años más joven, y quizá aún me surja la oportunidad de interpretar a Hamlet. La botella de la mesilla de noche estaba casi vacía; pero la de su mochila se la guardaba para la excursión por el río. Y con una pastilla y media para dormir sería suficiente.

¿De verdad quieres dejar de beber?, se preguntó mientras encendía un cigarrillo. No es la felicidad, pero seguro que se le parece mucho. Más que todo lo que conoces.

El embarcadero estaba inundado y apenas había espacio para navegar debajo del primer puente. Se dio un impulso. En esa mañana de domingo, el pueblo de SainteMenehould estaba tan somnoliento como él. No se veía a nadie. Condujo la canoa hacia el centro del río y se agachó al

pasar por debajo del arco central del puente. Al llegar al otro extremo se adentró en la luz y se incorporó; en una casa de la orilla izquierda se abrieron unos postigos oxidados. Asomaron tres niñas morenas de cabello crespo que le saludaron animadas, agitando la mano. Él les devolvió el saludo.

La canoa se gobernaba bien, solo que la punta se alzaba demasiado a pesar de que el equipaje iba delante. Era una canadiense alargada, de aluminio, en realidad demasiado grande para una persona. Se la había regalado a su hijo en su decimosexto cumpleaños. Aquel verano habían recorrido juntos el Loira, al menos una gran parte, pasando por delante de Chambord y otros castillos famosos. Aquello había sido después de los primeros y prometedores ensayos de *Don Carlos*. Más adelante perdió su papel tras darle una bofetada a la asistente de dirección. Algo de lo que, aún hoy, no se arrepentía. Quien carece de respeto no entiende nada de teatro.

El río discurría ahora entre arbustos y árboles inclinados sobre el agua y así continuaría decenas de kilómetros más, al menos según indicaba la guía de canoa, un ejemplar de antes de la guerra, que había consultado la noche anterior. «El Aisne —leyó— es un río apacible que serpentea por el ameno paisaje del norte de Francia formando numerosos meandros. Excepto por algunas obstrucciones ocasionales causadas por árboles, no cabe esperar ningún problema particular hasta la gran presa de Autry.» Tanto mejor, pensó, problemas particulares ya tengo yo suficientes a bordo.

Reinaba el silencio. Los árboles, con sus bolas de muérdago, destacaban contra el gris perla del cielo matinal. Las ratas almizcleras chapoteaban en el agua y se sumergían cuando eran sorprendidas por la aparición de la canoa. Las golondrinas se arrojaban por los agujeros de sus nidos buscando un refugio seguro en las altas y desmoronadas orillas de barro de las curvas externas del río. La *France profonde*, qué más quieres, pensó mientras mantenía el curso con tranquilos golpes de pala.

Después del café de aquella mañana le era imposible imaginar que en algún momento pudiera volver a sentir la necesidad de beber alcohol. Ni siquiera era capaz de recordar por qué lo había necesitado alguna vez. Remó en torno a islas flotantes de hojas de lirio acuático; unas veces decidía bordear los bancos de guijarros por la izquierda y otras por la derecha, aunque de hecho era la corriente la que hacía todo el trabajo. A lo lejos vio alzarse la aguja de la torre de una iglesia, pero no sintió curiosidad alguna por saber el nombre del pueblo. El calor empezaba a apretar y se quitó el jersey. Seguiría navegando un par de kilómetros más y luego descansaría un poco. No sacaría el whisky de la mochila.

El lugar donde atracó al caer la tarde fue una elección desafortunada: se hundió hasta las pantorrillas en el barro y tuvo que tirar de la canoa con un cabo y arrastrarla por el lodo y las boñigas de vaca. De pronto se sintió cansado y sediento. La botella tenía un tapón de rosca. El vino estaba tibio. Se tumbó en la hierba. Oyó el rumor del tráfico y, al darse la vuelta, vio coches circulando por una carretera al pie de la cadena de colinas. Verdaderamente se había equivocado de lugar, sobre todo teniendo en cuenta que había remado durante horas por un paisaje prácticamente virgen. Pero tenía sed y volvió a llevarse la botella a la boca. Un merlot de esos de supermercado; no contendría más que un dos por ciento de alcohol.

«No rey, pero padre de reyes», murmuró cuando regresó a la canoa media hora después. El barro le succionó hasta tal punto que las sandalias se le quedaron pegadas y tuvo que agacharse para quitárselas. Banquo no era un papel importante. Lo interpretaría estupendamente, incluso si el



joven director polaco resultaba ser un idiota. Entendía que no se hubieran atrevido a darle el papel de Macbeth. Aunque habría sido el papel de su vida. Se limpió las sandalias, subió a la canoa y se apartó de la orilla. Sentía alivio ahora que la corriente se lo llevaba de nuevo, doblando la siguiente curva, hacia la sombra de otro bosque. Al poco rato dejó de oír el rumor del tráfico. El angosto Aisne fluía con regularidad y elegancia serpenteando bajo ramas colgantes que de cuando en cuando apartaba con el remo, como en los combates a espada sobre el escenario. Un pequeño martín pescador volaba de arbusto en arbusto. Conforme avanzaba la tarde le fue entrando sueño y se bebió el resto del merlot para mantenerse despierto. Sentía que se le daba bien remar; algunas cosas no se olvidan nunca, pensó, como nadar, montar a caballo o hacer el amor. Aunque hacía años que no practicaba ninguna de esas tres cosas. No mantenía la canoa en el centro del río, sino que la dirigía por el exterior de las curvas, donde la corriente suele ser más rápida. Eran tantos los recodos que formaba el río que unas veces veía el sol a su izquierda y otras a su derecha.

Un árbol caído le obstruyó el paso. Intentó remar hacia atrás, pero ya estaba demasiado cerca. La orilla derecha, desde donde había caído el árbol arrancado, no era una opción, porque el tronco estaba demasiado próximo a la superficie del agua como para poder pasar por debajo. Su copa aplastada reposaba en la orilla opuesta. Con todo, esta última posibilidad le pareció la mejor. «¡Que la gran mano de Dios me ayude!», exclamó, y se lanzó a la máxima velocidad posible contra la gran masa de ramas y hojas, donde se quedó enganchado, mientras la canoa empezaba a dar bandazos atravesada en mitad de la corriente, que le pareció inesperadamente fuerte ahora que se había quedado atrapado de cintura para arriba entre las ramas; se inclinó, la canoa se ladeó y el agua fue entrando en la embarcación por el costado de babor. Arrojó la pala, se aferró a unas ramas y ramitas y se impulsó con todas sus fuerzas hacia el interior del follaje. «¡Negádmelo y una eterna maldición caiga sobre vosotras!», gritó, aunque este no era un verso de Banquo, sino de Macbeth. Las ramas le arañaron la cara, se le rasgó el anorak y la parte frontal de la canoa desapareció de su vista; aun así, volvía a tener la situación bajo control. La punta de la embarcación señalaba de nuevo hacia el frente. Se inclinó y cogió una rama grande para impulsarse río abajo, pero no había manera de poner la canoa en movimiento. Incorporándose un poco, empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás, hasta que la embarcación rechinó y se deslizó lentamente hacia delante. Cuando sintió que ya casi lo había logrado, volvió a sentarse. Hizo un par de movimientos más y la canoa se desprendió del follaje y se adentró en la luz del sol. Vio que tenía sangre en la mano y se la limpió en la cara. Una cicatriz no le quedaría nada mal a Banquo. Cogió el remo y recuperó el rumbo. El entarimado y la lona bajo los que guardaba su equipaje estaban cubiertos de hojas y ramitas arrancadas. El bosque había quedado atrás, el Aisne serpenteaba ahora por un paisaje de campo abierto. Una escolta de eufóricas terneras lo seguía galopando por la alta orilla. Una alondra invisible cantaba contenta. El mundo a este lado de la barricada se le antojaba mucho más bello y rico que el del otro lado.

Hostia, pensó. Hostia, esto mi hijo no hubiera sido capaz de hacerlo.

Al cabo de más o menos una hora le entraron ganas de tomarse un trago de vino, pero una de las botellas estaba vacía y la otra la tenía en la parte delantera de la canoa. No encontraba un lugar adecuado para atracar, así que dejó el remo y gateó hacia la proa. La canoa se balanceó y fue avanzando lateralmente impulsada por la lánguida corriente, pero no le resultó difícil alcanzar la punta de la embarcación.

Cuando el día llegó a su fin, no tenía ni idea de cuántos kilómetros había recorrido. En línea recta quizá no estaba a más de diez kilómetros de Sainte-Menehould, aunque eso daba igual. Empezó a explorar las márgenes del río en busca de un lugar adecuado para acampar: un prado en una orilla baja, sin ninguna construcción a la vista. Cuando al fin encontró lo que buscaba, estaba oscureciendo. Apoyó la botella de merlot contra la neverita —había perdido el tapón de rosca— y plantó la tienda. Aparecieron las estrellas. Aquella grande sobre los sauces, al otro lado del río, debía de ser Venus; ¿a qué distancia máxima del sol estaría? Cuarenta y ocho grados, creyó recordar. Las sombras de la noche se le acercaban a toda velocidad desde el este. Francia estaba más silenciosa que nunca. Todavía hacía calor y colgó sus toallas, pantalón y calcetines húmedos sobre las ramas del enorme sauce debajo del cual había amarrado la canoa. Se veían cada vez más estrellas. Las criaturas de la noche reivindican sus derechos, pensó. «Pediré prestadas a la noche una o dos horas.» Se preguntó qué traducción de la obra elegiría el laureado director polaco. Como fuera la de Claus o la de Komrij, él renunciaría a su papel. Quería la de Burgersdijk. Se sabía el papel de Banquo de memoria, al menos en su idioma original.

Estaba sentado encima de la neverita. El paté y la ensalada que había comprado en Sainte-Menehould seguro que ya se habrían calentado en exceso. No tenía hambre. La puerta abierta de la tienda invitaba a entrar, el saco de dormir estaba listo, la linterna y los cigarrillos al lado. Estaba cansado y ya no tenía nada más que hacer. Bebió y se puso a pensar. La noche había alcanzado su máxima oscuridad para esa época del año. Unas golondrinas —no, serían murciélagos— surcaban el cielo oscuro. Aún quedaba bastante merlot, pero empezó a hartarse de su sabor insípido. Como el tapón de rosca había desaparecido, decidió arrojar la botella al río. Al fin y al cabo, la arbitrariedad era el aspecto más bello del libre albedrío. Es lo que nos distingue de los animales, pensó. Sencillamente le apetecía lanzar la botella al río. Se puso en pie y la tiró, pero no la oyó caer al agua. Tal vez no la he lanzado lo suficientemente lejos, maldita sea, se dijo, y bajó por la orilla para ver dónde había ido a parar la botella, y también porque necesitaba orinar. «La libertad es poder tirar mis latas de cerveza en mitad del bosque», le había dicho en cierta ocasión Hermann Schiedler, un colega austriaco que estaba loco de remate. Después de orinar, sin haber encontrado la botella, remontó de nuevo la ribera y sacó de su bolsa de viaje el Famous Grouse. El fuerte sabor del whisky le quemó la boca, sintió como si se purificara, como si *du moment* volviera a recuperar su verdadera identidad. Tomó un trago y la irrefragable pureza y fuerza de la bebida le causaron una profunda satisfacción. Quien no conozca esto, pensó, no sabe lo que se pierde.

Aquel incidente con la asistente de dirección había sucedido en Graz, durante los ensayos de *Don Carlos* con Scheidleder. Él hacía de Posa, porque al director —no recordaba quién era, sería algún viejo caballo de circo— se le había ocurrido que el marqués debía hablar alemán con acento flamenco. Aquel había sido su único papel como actor invitado en el extranjero. Scheidleder interpretaba un Carlos loco y extravagante y todo el mundo lo veneraba en los ensayos. Él, en cambio, apenas había merecido la atención de nadie, y menos un reconocimiento.

En la cantina había buscado el apoyo moral de la asistente de dirección —quien, por si fuera poco, había estudiado dramaturgia—, sugiriéndole que la forma en que él había pronunciado aquella mañana durante el ensayo las palabras «Concede la libertad de conciencia a tus reinos, Señor» había sido en verdad bastante única. La mujer partió su *knödel* en cuatro partes y le contestó complaciente: «Ah, sí, comparado con eso la perfección es insignificante».

Fue entonces cuando él le propinó la bofetada. No le supo mal que la mujer acabara en el hospital, pero sí se arrepintió de haber caído en la provocación.

Sostuvo la botella Famous Grouse en alto contra la luna. Aún estaba llena hasta justo por encima de la etiqueta.

¿Por qué no me quedo aquí hasta que sepa qué hacer con mi vida?, pensó. Ya dormiré luego. No puedo seguir así. Debo tomar decisiones.

Las constelaciones que había visto antes en el firmamento habían descendido hasta la oscura hilera de árboles del otro lado, como atletas que acabaran de ejecutar su salto. En unas tres horas despuntaría el día. Empezaba a refrescar. Sacó su saco de dormir de la tienda, abrió la cremallera, se lo echó sobre los hombros y se sentó encima de la neverita.

Si sigo haciendo lo que hago, sé cómo continuará la cosa y cómo acabará.

«Si no deja ya la bebida —le había dicho el médico—, será demasiado tarde. Le falta poco para una cirrosis hepática. Es ahora o nunca.»

«Lo único bueno de una cirrosis hepática —le había dicho él a su preocupado agente—, es que no necesito hablar de ello contigo.»

Si a partir de ahora dejo la bebida para siempre, todo será diferente. Pero ¿realmente quiero hacerlo? ¿Quiero que todo sea diferente? Su mujer también había acabado en el hospital alguna vez, aunque Minou jamás lo había denunciado.

Pongamos que decido dejar la bebida para siempre en este mismo momento. Digamos que cuando se acabe esta botella de Famous Grouse. Eso significaría que el primer día de mi excursión habría tomado una decisión para la que aún dispongo de cuatro días. Justo el tiempo que necesito para llegar a Vouziers. Además, estoy bebiendo, así que cómo voy a saber si esta decisión la tomo en plena posesión de mis facultades mentales. Es como tirar piedras contra mi propio tejado. Por Dios, qué metáfora tan absurda. En cualquier caso, aún tengo tiempo de pensármelo.

Así y todo, no podía seguir negando lo que en el fondo de su corazón sabía muy bien: que era ahora o nunca. Esa noche era la primera que pasaba al raso desde hacía años. Con vistas a la canoa que había comprado para su hijo y con la que habían remado juntos por el Loira en días más felices. Es ahora o nunca, pensó. Ahora o nunca. Maldita sea, ¿por qué la virtud no se deja posponer? Si en este momento me incorporo y lanzo esta botella casi llena al Aisne, perderé mucho. Y además para siempre, porque entonces no habrá vuelta atrás, eso me lo debo a mí mismo. Tendré que empezar de nuevo y regresar adonde estaba cuando tenía dieciocho años. Como si no hubiese vivido. Como si todo hasta ahora hubiese carecido de valor.

Se puso en pie. Lo voy a hacer, pensó, y se estremeció. La batalla contra el ángel es la batalla contra uno mismo. Y uno de nosotros pierde. Pero lo voy a hacer y no habrá vuelta atrás. Ni siquiera me voy a tomar un último trago. Se encaminó hacia el punto más elevado de la orilla, se puso en posición de firmes y lanzó la botella de whisky al centro del río. Esta vez se oyó un

sonoro ruido cuando la botella cayó al agua. Un ave nocturna levantó el vuelo chillando, y él se sintió como el caballero que arroja la espada Excalibur al agua.

Para mayor seguridad, remolcó la canoa hacia un punto más elevado de la orilla, porque el río parecía haber crecido. Cogió el saco de dormir y, arrastrándolo, entró en la tienda y cerró la cremallera de la puerta.

#### 4

Al día siguiente calentó el Nescafé en el hornillo de gas y se afeitó frente al pequeño espejo que había colgado de una rama con un trozo de alambre. Tenía unas ojeras profundas y, como no disponía de un secador de mano, el pelo revuelto como unas hojas de palmera después de un tornado. Así que este es el aspecto de un hombre que ha dejado la bebida, pensó. Cuando eras joven, creías que tu mejor careto lo tendrías a partir de los cuarenta, pero has cumplido casi sesenta años y no has progresado gran cosa. «¡Malditos actores!», solía exclamar el viejo director en Graz. Se le citaba con frecuencia en la cantina del teatro: «Primero se hartan de beber hasta que consiguen identificarse con el personaje y luego son incapaces de recordar el texto».

Debía de haber caído un fuerte aguacero río arriba, porque el nivel del río no dejaba de aumentar.

El Aisne continuaba serpenteando por el paisaje abierto. Según la guía, ya no había más orillas arboladas hasta poco antes de la presa de Autry.

El alto nivel del agua facilitaba el remo. Sorteaba los árboles que obstaculizaban el paso por la izquierda o por la derecha. Los prados que se extendían bajo el nivel del mar se habían transformado en lagos. Al aproximarse a él, un cisne alzó el vuelo y se puso a batir las alas a ras del agua. El cielo estaba encapotado y hacía menos calor que el día anterior. De vez en cuando subía y bajaba los hombros para relajar la musculatura y alternaba las paladas de un lado y de otro cada vez más a menudo; no estaba habituado al ejercicio físico. Al doblar la siguiente curva del río vio otra vez al cisne a unos cien metros delante de la proa. El juego se repitió: cada vez que él se acercaba, el cisne echaba a volar a ras del agua frente a él. *Mein lieber Schwan*, «mi amado cisne», intentó cantar, pero tan solo se acordaba de un par de notas de Lohengrin y de la letra no recordaba nada más.

Había remado muchos kilómetros sin detenerse ni una sola vez, pensó. Si el río seguía creciendo y el nivel del agua continuaba subiendo, llegaría a Vouziers antes de darse cuenta, se dijo mientras las orillas pasaban volando a la velocidad de un ciclista. Hacia el mediodía se percató de que el cisne volvía a acompañarle, como si le hiciera de guía; cada vez que la canoa se le acercaba, el animal levantaba el vuelo para posarse de nuevo en el agua unos doscientos metros más allá, con las alas abiertas. Entonces se quedaba flotando un rato en mitad del río, sin mostrar ningún tipo de interés en nada, hasta que él estaba de nuevo a punto de alcanzarle. Ese cisne no era huidizo como la mayoría de las aves acuáticas que, cuando te veían, se escondían en la ribera, y que, cuando ya casi las habías sobrepasado, huían asustadas en dirección contraria. Y sin embargo tampoco actuaba como cabría esperar de un animal ostensiblemente superior como el cisne: levantando el vuelo, trazando un semicírculo y volviendo a aterrizar en el agua lejos del intruso. No, este continuaba nadando delante de la canoa y remontaba el vuelo una y otra vez para

esperarlo un poco más allá. Resultaba en verdad un poco inquietante. *Du blö-der Schwan*, «tú, estúpido cisne», cantó como variación a las cuatro notas de Lohengrin que conocía. Remaba ahora con más energía de la necesaria. Se sintió fuerte, como si empezara a notar el efecto de su abstinencia total.

Cuando el sol finalmente alcanzó las copas de los sauces, se dio cuenta de que no tenía ni una gota de bebida a bordo. Pero eso daba igual. Al fin y al cabo, había decidido no volver a tomar una gota nunca más. Eso se había acabado. En cierto momento perdió de vista al cisne. Había empezado a oscurecer, pero él continuó remando, en parte porque tampoco hubiera sabido qué hacer con el resto de la tarde después de plantar la tienda. Y lo de adentrarse con la canoa en la oscuridad resultaba mágico. El silencio era casi absoluto en aquel momento, solo se oía el rumor del ancho río, el reclamo de una lechuga. Las vacas, que aún veía en las riberas, rumiaban de pie o tumbadas y apenas prestaban atención al hombre que surcaba el río en una canoa. Las estrellas se habían apiñado sobre las copas de los árboles, ya completamente negras. Continuó remando sin esfuerzo y no encontró más obstáculos.

Nunca he montado una tienda en la oscuridad, pensó, menos mal que tengo esa linterna para colocar sobre la frente, como el ojo de un cíclope.

Sería la manera ideal de hacer frente a cualquiera que lo importunara: lo deslumbraría y él tendría las manos libres. Tenía una gran experiencia en quitarse de encima a la gente que le fastidiaba. En cierta ocasión, sentado detrás del volante de su Jaguar, totalmente borracho después del estreno de *El círculo de tiza caucásico*, les dijo a los agentes de policía que lo instaban a firmar una multa: «Si ustedes creen que estoy demasiado borracho como para conducir un automóvil, ¿cómo pueden exigirme que firme una declaración en esas condiciones?». Y luego estaba aquella anécdota con el guardia forestal. Paseaba él por el bosque en un lugar de Brabante, su perro andaba suelto y ahuyentaba a los corzos, y el guardia le preguntó: «Señor, es usted un amante de la naturaleza, ¿verdad?». Y él le devolvió la pregunta: «¿Sabe usted lo que es una pregunta retórica?». Aquello había sido genial, desde entonces esa frase pasó a formar parte de su repertorio de aperturas, una apertura para él tan clásica como la siciliana o la Indio de Rey en el ajedrez. Igual de brillante fue su siguiente jugada, cuando en una comparecencia ante el juez tuvo que explicar por qué se había negado a firmar aquella multa: «Señoría, yo no llevo gafas de leer en la naturaleza». Y fantástica había sido también la jugada final, cuando el juez le impuso una multa de dos mil francos. «La estupidez tiene su precio», le dijo al juez. «Me alegra saber que es consciente de ello», le contestó este. Y él repuso en tono amable: «No me refiero a la mía, Señoría...». Entretanto ya había coleccionado una gran variedad de réplicas para cuando alguien le importunara en la circunstancia que fuera, y las revisaba con regularidad, como hace un campeón de ajedrez con su estrategia. No se consideraba un tipo pendenciero, pero no toleraba ninguna ofensa.

Atracó la canoa en una especie de península de orillas fangosas rodeada de una cerca de alambre sostenida sobre unos postes de hierro, que probablemente había sido colocada ahí para impedir que las vacas salieran cuando el agua estaba baja. Había oscurecido ya del todo, era demasiado tarde para ser exigente. Se dirigió al punto donde el alambre colgaba más bajo; el casco de aluminio rechinó al pasar por encima y, antes de pisar el lodo, se agarró al cabo de amarre de la canoa y se quitó las sandalias para mantenerlas limpias. La orilla era alta y bastante empinada, así que, qué demonios, se dijo, la canoa podía pasar la noche en el agua. Antes de

amarrarla, lanzó hacia el otro lado del talud las cosas más importantes —la tienda, el saco de dormir, la colchoneta— sin echar previamente un vistazo al lugar de acampada. Empezó a llover. Eso había sido todo por hoy. Mientras amarraba la canoa a uno de los postes de hierro, una botella pasó flotando delante de él. Se agachó, la pescó del agua y la sostuvo en alto.

Famous Grouse. La botella que había arrojado al río lo había alcanzado.

## 5

Consiguió montar la tienda bajo la lluvia torrencial, aunque sus cosas se estuvieron mojando hasta que pudo resguardarlas bajo la lona. Empleó únicamente tres cuerdas tensoras de las dieciséis que, junto con las piquetas, contenía la bolsita rectangular, y tropezó varias veces con ellas antes de refugiarse en el interior de la tienda con lo más necesario. Eso significaba que tendría que dejar abajo el resto de su equipaje y que durante la noche la canoa se llenaría de agua de lluvia. Pero ya no había nada que hacer. Le faltaban fuerzas para bajar otra vez, vaciar la canoa y darle la vuelta. Esto es *back to basics*, se dijo. Es lo que tiene vivir en la naturaleza. Pasaría el resto de esa breve noche de verano con lo poco que llevaba consigo, qué remedio. Se desvistió y dejó todo lo que estaba seco en un rincón. Sin pensar más, se acercó la botella de whisky a la boca y bebió. Un obsequio de las divinidades fluviales, pensó. Era el destino. Ser sabio es saber cuándo conviene dejar de pensar. Mientras yacía en su húmedo saco de dormir escuchando la lluvia y llevándose de cuando en cuando la botella a los labios, le embargó una satisfacción que hacía mucho que no experimentaba.

Estaba a punto de dormirse cuando oyó un ruido. Pasos fuertes. Jadeos y resoplidos. Alguien estaba haciendo presión sobre la lona de la tienda, encima de su cabeza. Vacas. Solo faltaría que se quedasen enganchadas en las cuerdas, que entraran en pánico y derribaran la tienda. Se colocó la linterna sobre la frente, abrió la cremallera del saco de dormir, se abrochó las sandalias y salió de la tienda a gatas.

Entretanto, al menos veinte vacas se habían reunido ya alrededor de la tienda, dispuestas en un medio círculo bajo la luz de las estrellas. Cuando lo vieron asomarse, la mayoría recularon lentamente con la cabeza gacha. Las más valientes y curiosas dieron un paso adelante.

—¡Largo de aquí! —gritó, caminando hacia ellas y agitando los brazos. Las vacas retrocedieron al instante, como un batallón en pánico, y cuando él avanzó otro par de pasos, la línea de batalla se quebró. Las vacas dieron media vuelta, algunas tiraron hacia la izquierda y otras hacia la derecha, chocando unas con las otras, y de repente echaron a correr trotando de una manera ridícula y caótica.

—¡Largaos! —gritó de nuevo. Las vacas se detuvieron de nuevo a una distancia segura y volvieron la cabeza. Vio las siluetas de decenas de orejas de soplillo destacando contra el firmamento.

—Dejadme en paz —les advirtió, y se metió en la tienda. Se quitó las sandalias húmedas, se secó, tomó un trago de whisky y examinó la botella a la luz de la linterna. No quedaba mucho, pero lo suficiente como para conciliar el sueño.

Después de apagar la luz, justo cuando ya se había relajado, la cosa empezó otra vez. Los pasos pesados, los resoplidos. Daba la impresión de que las vacas estuvieran más excitadas y más

recelosas que antes. Tal vez se larguen solas, pensó. Pero diez minutos más tarde seguían allí. Oyó que algo rozaba la lona de la tienda. Volvió a encender la linterna. Bajo la potente luz led se dibujó una enorme lengua, negra y áspera, que lamía el fino nylon. Furioso, se puso de nuevo las sandalias y volvió a salir de la tienda a gatas. Tenía que conseguir que esos animales le dejaran en paz. Cogió ramas y piedras y las lanzó contra la manada, que había vuelto a recular un poco al verlo aparecer. Las vacas seguían la trayectoria de los proyectiles con lánguidos movimientos de cabeza. Incluso cuando alcanzaba a una de ellas, las demás no se inmutaban. Parecían unas alienígenas incapaces de comprender por qué no eran bien recibidas en la tierra. Es imposible espantar a un enemigo tan estúpido, pensó. No hay militar que pueda con ello. Había una vaca en particular, blanca pero con la cabeza negra, que parecía totalmente imperturbable. Tras cada incursión, avanzaba con curiosidad un pasito en su dirección. Joder, pensó, voy a prender una antorcha. A ver si así os enteráis.

En aquel momento apareció un coche. Las luces de los faros iban cambiando de cortas a largas en función de lo accidentado del terreno. Le dio el tiempo justo de ponerse el pantalón de chándal —porque estaba desnudo y no llevaba más que las sandalias— antes de encontrarse cara a cara con el deslumbrante sol duplicado de los faros y los dos halos que asomaron a ambos lados de estos en forma de potentes linternas, y preguntar en tono belicoso: «*Vous êtes le propriétaire, monsieur?*».

—*Oui* —sonó por detrás de la barricada de luz—. *Qu'est-ce que vous faites ici?*

Le explicó al propietario que solo estaba acampando. La voz del hombre, que sonaba muy rara, como de alguien con cáncer de laringe que usa un aparato eléctrico para hablar, le advirtió de que tendría que haber pedido permiso y le conminó a largarse de inmediato. Él le contestó que eso no era realista, pero que se marcharía en un par de horas. El *propriétaire* dijo que informaría a la gendarmería. Él replicó que le agradecía su hospitalidad y que se iría antes del amanecer sin dejar rastro de su presencia. Finalmente, los halos se fundieron de nuevo con el sol duplicado de los faros y las portezuelas se cerraron de un golpe. Entonces vislumbró a una segunda persona que no se subió al coche hasta que este giró para salir. Era una mujer joven, una muchacha aún, con una falda oscura y unas botas de caña alta. Cuando el coche se alejó, vio que las vacas iban detrás de las rojas luces traseras formando una larga caravana. Probablemente se dirigían hacia la granja.

Se sintió aliviado, le bajaron los niveles de adrenalina y se tomó unos sorbitos de lo que le quedaba en la botella.

Pero al cabo de una hora o un poco más, justo cuando estaba a punto de conciliar el sueño, la cosa empezó de nuevo. Los resoplidos. Los lametazos en la lona de la tienda. Furioso, volvió a salir a la lluvia, esta vez descalzo, decidido a acabar con aquello de una vez por todas. Alguien le había explicado en cierta ocasión que para las ganaderías era un problema que las manadas carecieran de una estructura natural. Lo normal sería: un toro, vacas de diferentes edades y terneros. Cuando se agrupaban solamente animales jóvenes de la misma edad y del mismo sexo, como añales y terneras, surgían los problemas. Aquello se convertía en una banda de jóvenes delincuentes. Una comunidad debe configurarse con todos los grupos de edad, y no solo con jóvenes Romeos, como en su compañía del Teatro Nacional. Después de colocar su linterna ciclópea sobre la cabeza y encenderla, se encontró cara a cara con la ternera blanca de cabeza negra. El animal tenía unos ojos femeninos, insufriblemente grandes e insondables, justamente lo

que menos gracia le hacía en aquel momento. Llevaba unos clips amarillos en ambas orejas con el número 234. De pie frente a la tienda, con las patas separadas, lo miraba fijamente. Él se incorporó con dificultad, renegando. La ternera levantó el rabo y arrojó un enorme chorro de caca sobre su neverita. Él, dispuesto a atacar, avanzó rápidamente tres pasos y la golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza con la botella de whisky. Sonó a golpe seco, como si hubiera impactado con un yunque. La botella no se rompió. El animal retrocedió un par de pasos, los cuernos bajos. Por un momento pareció que iba a contraatacar. Oyó cómo el resto de la manada se retiraba. Pero la ternera blanca de cabeza negra se mantuvo firme, como si estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa por salvar su relación. Él avanzó hacia ella con la botella en alto. Finalmente, el animal ejecutó una torpe pirueta e intentó retirarse. Pero él, sin entender qué demonios le pasaba, cortó el paso a la ternera y la forzó a ir hacia la lengua de tierra donde tenía atracada la canoa. El animal estaba acorralado.

—Lejos, lejos de mí... ¡Que la tierra te trague! —bramó, amenazándola con la botella. La ternera, espantada, dio un paso a un lado y perdió el equilibrio. Resbaló con la pata delantera derecha sobre el borde de la orilla y por un instante él solo vio media res bovina. A continuación, esa parte del animal también desapareció y oyó cómo la bestia rodaba cuesta abajo por la empinada orilla, jadeando. Sonó un golpe seco, como el de un proyectil pesado que hubiese impactado en el barro, seguido de un mugido lastimero. Se acercó al borde de la orilla. La ternera yacía al lado de su canoa. Una pata delantera extendida, en una postura poco prometedor, la otra doblada debajo del tronco. Las dos patas traseras, en cambio, reposaban una junto a otra, plácidamente. Pero una de las estacas de hierro, a la que estaba sujeto el alambre de púas, le asomaba por el flanco. El animal se había espetado a sí mismo.

Joder, pensó, y ahora qué. La ternera mugía sin cesar entre cada áspera respiración. El granjero no tardaría en oírla. Él no tenía ni idea de cómo rematar a un animal como ese. Una nueva lección, pensó. Nunca cometes un crimen mientras remas por un río. Si te ven, no tienes escapatoria.

Por segunda vez arrojó al Aisne la maldita botella, que seguía sin estar del todo vacía, y regresó a su tienda de campaña. Vestirse, pensó. Dinero, documentos, llaves del coche. Es imposible saber qué va a suceder ahora, pero debes estar preparado. Mientras estaba ocupado en ello, la cúpula verde de nylon se iluminó. Las luces de un coche. ¿Cuánto valdría una ternera como esa? Si no había más remedio, pagaría por ella. Algo le impulsó a meterse la navaja en el bolsillo.

La luz de los faros se alejó de la tienda, una portezuela se abrió y se cerró de golpe, y mientras él se ataba apresuradamente los cordones de sus botas de *trekking*, oyó una voz de chica que gritaba:

—*Oh, non. Non. Non. Non! Tétine...!*

Así que la número 234 también tenía un nombre.

La muchacha, enfurecida, empezó a golpear la tienda, de modo que esta casi se vino abajo. De haber habido una puerta, la hubiese derribado.

Él abrió la cremallera de la tienda y asomó la cabeza. Ahí estaba la chica de antes, la de la falda oscura y las botas de caña alta.

—Son sin duda espíritus vaporosos que engendra la tierra como los produce también el agua —murmuró él, sardónico. Eran las palabras que pronunciaba Banquo al ver las brujas.

—*Quoi?! —*chilló ella, y señaló en dirección al río —*Viens, aidez-moi!*



La chica se acercó a la orilla, se sentó y se deslizó hacia abajo por el borde. La ternera invisible mugía desconsolada. Él bajó la pendiente hasta el cauce. La chica se puso en cuclillas al lado del animal y sujetó con una mano la estaca de hierro que le había perforado las ingles.

—*Oh, ma pauvre Tétine... attendez, attendez.*

Cuando él estuvo a su lado, ella alzó la mirada. Una joven granjera espigada de aspecto anodino. Tipo Juana de Arco, solo que le falta belleza. La chica se incorporó con una rapidez sorprendente.

—*Qu'est-ce que t'as fait? —gritó—. Ça te coûte. Mon père a déjà appelé la gendarmerie. Salaud! Aidez-moi!*

Él procuró ayudarla. Intentaron extraer la estaca tirando hacia arriba, pero era imposible porque el animal yacía encima del alambre de púa sujeto a la barra de hierro.

—*Il faut la tourner... couper le fil de fer... vite, vite!*

Uniendo sus fuerzas, entre los dos intentaron girar a Tétine sobre el otro flanco, la chica tirando de las patas delanteras y él del anca, mucho más pesada. Se sintió como un héroe de una película de acción en la que un hombre maduro, pero fuerte y experimentado, ayuda a una mujer joven, con la que, por ejemplo, ha ido a parar a una isla desierta. Ese era el tipo de películas que a él le encantaban. Tiró del animal con todas sus fuerzas, sujetando en sus puños los tobillos sorprendentemente finos de la vaca, pero era imposible moverla. El alambre de púas se le había clavado muy a fondo. La chica estaba de pie con las piernas separadas y las botas en el barro; el gorro de lana se le había deslizado de la cabeza.

—El mal es bien y el bien es mal —dijo él jadeando, y sugirió que lo mejor sería acabar con el sufrimiento del animal. Sacó la navaja del bolsillo y se la enseñó a la chica. Tétine respiró fatigosamente cuando le soltaron las patas simultáneamente y arrastró la cabeza por el barro como si quisiera alejarse en lo posible del dolor en el anca.

—*Ta gueule, saoulard!* —vociferó la chica, y le arreó una bofetada. Él dejó caer el cuchillo y, antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, la agarró por el cuello. Eso era intolerable. Esa individuo le había pegado. No tenía respeto. La chica cayó hacia atrás y él se sentó encima de ella a horcajadas y le apretó el cuello. Ella estaba medio apoyada contra el vientre de la vaca. Él sintió que se le hundían las rodillas en el barro tibio. Cayó una ráfaga de lluvia. Por un momento pensó: no sé cómo rematar una ternera, en cambio esto sí que sé hacerlo. Las manos de la chica, que al principio le habían tirado de las muñecas en vano, cayeron sobre el fango. Al cabo de un minuto más o menos, él se incorporó con dificultad. Joder, pensó. La ternera seguía mugiendo, inconsciente de la gravedad de la situación. Él miró en derredor, alzó la vista hacia las estrellas, pero no vio nada especial. La chica de repente se movió y se lo quedó mirando con los ojos abiertos de par en par. Era terrible lo que estaba sucediendo, era un error, él solo quería que todo acabara de una vez. Cogió a la chica por los tobillos y la apartó de la vaca. La arrastró hacia el río, le cogió la cabeza, le dio la vuelta y la sumergió en el agua, sin prestar atención al resto de su cuerpo ni pensar en quién era ella. La lluvia arreció. Las pesadas gotas formaban pompas sobre la superficie del agua, como medias cúpulas, que la corriente arrastraba. Se incorporó y se apartó el cabello de la frente. A la chica se le había subido la falda, que estaba totalmente empapada, hasta las caderas. Sus delgadas piernas, poco atractivas, eran redondas y blancas como astas de banderas. Las cañas de sus botas yacían planas en el barro, como los tallos mustios de una planta. Intentó trepar por la resbaladiza orilla, pero patinó. Había elegido un lugar de mierda para su

acampada, en el futuro debería tener más cuidado. Un poco más allá sí consiguió subir. Se encaminó hacia el coche que seguía al lado de su tienda con el motor en marcha y las luces encendidas, giró la llave de contacto y la extrajo. El mundo estaba oscuro, la lluvia no cesaba, no se veía ni una estrella en el cielo encapotado. «El cielo ha apagado sus candiles, seguro que por economía», exclama Banquo en el segundo acto. Debía largarse de ahí lo antes posible y no dejar rastro. Se tropezó con una amarra y se preguntó: ¿no habré bebido demasiado? No había tiempo para enrollar el saco de dormir y las colchonetas. Arrancó la tienda del suelo, con sus ganchos y todo, y arrojó el fardo amorfo hacia abajo. Al fin y al cabo, la canoa era suficientemente grande. Lanzó el resto de su equipo. Luego se deslizó por la empinada orilla cubierto de barro de pies a cabeza, como un golem, y empezó a tirarlo todo en la canoa.

El campesino de la voz electrónica, probablemente el padre de la chica, lo había visto. En Le Cheval Rouge, en Sainte-Menehould, tenían registrados su nombre y su dirección. Arrojó las llaves del coche de la chica al río. Él no era un ladrón ni un violador. «Señoría —se justificaría ante el tribunal de justicia—, el fiscal no se ha percatado de un aspecto importante.» De repente le entró el pánico, porque no encontraba el remo. ¿No lo habría dejado en un lugar demasiado bajo, de modo que... pero no, ahí estaba, en el fondo de la canoa. «El fiscal sostiene que matar a una chica joven que tiene toda la vida por delante es un crimen extraordinariamente infame, y en ese sentido más reprochable aún que asesinar a un hombre o a una mujer adulta. Sin embargo, como ya dijo Schopenhauer: “Con las mujeres jóvenes la naturaleza ha previsto lo que, en un sentido dramático, se llama un efecto teatral, al dotarles durante unos pocos años de abundante belleza, gracia y plenitud”. A las mujeres jóvenes se las mimaba, se las idolatra, se las ama, se las alaba, se las honra y se las desea más que a cualquier otro ser humano. Y por esta razón, yo le pregunto...» No consiguió colocar en su sitio la neverita que normalmente iba encajada justo debajo del asiento central. «Por esta razón yo le pregunto: ¿acaso no es lógico y natural que esta forma específica de atención recaiga particularmente sobre las mujeres jóvenes? Quiero decir, ¿que sean ellas las que sean asesinadas con mayor frecuencia?» Creyó no haberse olvidado de nada. No veía nada más. Oía el rumor de la lluvia que caía. El agua que había entrado en la canoa cubría las bancadas, lo que volvería inestable la canoa. Todas sus cosas estaban dentro, era demasiado tarde para voltearla. La ternera había dejado de moverse. Tenía la cabeza medio sumergida en el río, como un caimán con cuernos. El agua que rodeaba el anca del animal se había vuelto oscura. El busto de la chica también estaba sumergido. Parecía estar buscando las llaves de su coche. En eso tampoco puedo ayudarte ya, pensó él. «¿Acaso le mueve al fiscal una especie de envidia atávica al exigir para mí la pena máxima?» Los sauces al otro lado del río se tornaron blancos, como un escenario teatral intensamente iluminado. Desamarró la canoa, subió a bordo y se apartó de la orilla. La corriente se lo llevaba como si nada hubiera sucedido. Se deslizaba cada vez más rápidamente entre las oscuras hileras de árboles. El río, ahora mucho más ancho, no se parecía en nada a lo que había sido dos días atrás. Era un Amazonas crecido por las lluvias abriéndose camino en la oscuridad por el norte de Francia. Pero se sentía preparado para enfrentarse a él. Gobernaba la canadiense con mano firme en su travesía por los meandros. Más que verlos, los sentía. A modo de experimento encendió la luz de su frente, pero solo veía la resplandeciente punta de aluminio de la canoa y nada del río. Prefería remar en la oscuridad. Al susurro de la lluvia y el rumor de la corriente se sumó ahora otro sonido que iba *in crescendo*: un ruido sordo

como el de una rompiente, pero sin su ritmo sombrío. Era como si el canto polifónico del agua que lo llevaba fuese transformándose inevitablemente en un acorde final.

Frente a él todo estaba negro. Un dique, una obstrucción, una esclusa, el borde de la esfera terrestre: el fin del mundo tal como él lo conocía. Tal vez el fin del mundo era de hormigón. Pero apareció otra cosa: una costa alta y negra, y, a sus pies, una rompiente blanca. La corriente era cada vez más rauda. Sabía que no había nada que hacer y mantuvo la pala en horizontal. La punta de la canoa se adentró en una masa de espuma, siguió un golpe, la embarcación se ladeó como timoneada por la mano de unos espíritus y volcó. El río no estaba frío y debajo del agua reinaba el silencio.

Este es mi fin, pensó, pero no debo avergonzarme porque nadie me ve, estoy aquí solo. Para siempre solo, aún más que sobre el escenario. Asomó a la superficie del agua, no más allá de los ojos. No hizo esfuerzos por respirar. Estaba acabado. Abrió los brazos y sintió cómo la corriente le presionaba la espalda. La curva del travesaño de la canoa le empujó la cabeza hacia el pecho, gritó sin quererlo y el río le entró rugiendo en la boca. Y de repente se hizo el silencio. Acuérdate de esto, pensó, porque es lo último que has conocido, dentro de poco habrás muerto. Vio a Minou que venía hacia él con los brazos muy abiertos, como aquella primera vez cuando los dos aprobaron el examen de acceso a la escuela de arte dramático.

La vida ha sido buena, pensó, solo que me hubiera gustado interpretar a Macbeth.

## 6

A la mañana siguiente, en el meandro del río junto a Ivoy Ferme, encontraron el Toyota del granjero, pero sin la llave de contacto. La parte de la orilla donde había acampado el forastero se había desmoronado, arrastrada por la crecida del río.

Un par de horas más tarde, los gendarmes hicieron su descubrimiento a unos cien metros río arriba del aparcamiento de la presa de Autry.

Contra el tronco de un árbol caído que atravesaba el río, ondeaba un sucio tapiz de desechos compuesto de juncos podridos, follaje, cubos de plástico y otros residuos que el río había arrastrado consigo. Y en esa perpetua rompiente de basura, adherida al tronco del árbol por la potencia de la corriente que aquel día había alcanzado su nivel más alto desde 1972, avistaron una canoa de aluminio volcada, los restos informes de una tienda de campaña a medio doblar, el cadáver tumefacto de una ternera, una nevera y el cadáver de una mujer joven que yacía sobre el pecho de un hombre muerto, quien sujetaba una botella vacía en la mano.

# Viaje a la luna

*Das leben ein traum* ✨

La casa de Durlacher era la única casa del pueblo que tenía dos plantas. Los hombres se habían levantado a media noche y esperaban a que se encendiera una luz detrás de las ventanas.

Era la primera vez que Konrad, de catorce años, tenía permiso para participar en la conducción de la maderada. Llevaba la chaqueta del mayor de sus hermanos, que se había ahogado el verano anterior. Su madre le había hecho un dobladillo en las mangas.

La media luna quedó ensombrecida por las nubes que se desplazaban hacia el este.

Se encendió la luz.

—Ya era hora —refunfuñó el viejo Schramm.

—Ahora la madre tendrá que preparar primero el café —dijo Hinzpeter, irritado, y escupió un chorro de tabaco de mascar.

Al cabo de un cuarto de hora, Durlacher salió de la casa seguido por su hijo Julius.

Durlacher llevaba un abrigo largo de paño loden y un sombrero. Julius, una cazadora del mismo paño, con unas cuernas de ciervo bordadas en el cuello, y una gran gorra de fieltro gris claro.

—Parece como si el muchacho se hubiera colocado en la cabeza la bolsa de agua caliente de la cama —susurró Hinzpeter.

—Buenos días —saludó Durlacher, animado.

—Buenos días, señor —contestaron los hombres.

Había unas tres horas de camino hasta el lugar donde estaban apilados los troncos junto al arroyo. Tomaron la ruta más corta hacia el bosque. En las humildes casitas construidas al pie de la ladera vivían jornaleros, viudas y hombres que estaban impedidos o que eran demasiado mayores para trabajar de madereros o de leñadores. En casa, los postigos estaban aún cerrados: la madre de Konrad dormía todavía. Unos cien metros más arriba, el camino se transformaba en sendero forestal.

Durlacher y su hijo iban en cabeza sosteniendo sus teas. Todos portaban el bichero, esa asta larga con un hierro de punta y un gancho en el extremo que se requiere para realizar el oficio de gancharo. Konrad llevaba el de su hermano.

A las siete y veinte, el esclusero abriría las compuertas de la presa y, entonces, durante un breve periodo de tiempo, el caudal del arroyo crecería lo suficiente como para transportar los maderos apilados hasta los molinos aserraderos. Durlacher tenía contratos suscritos con los molinos. Si fallaba cualquier cosa, debería esperar a que se llenara de nuevo el depósito, lo cual podía tardar semanas. Por esta razón, solo recurría a los mejores hombres del pueblo, y Konrad estaba orgulloso de poder participar.

Konrad caminaba a grandes zancadas para no perder el ritmo del viejo Schramm, de Hinzpeter y de Ekkehart, el gigante taciturno. Este último tenía fama de ser el hombre más fuerte del pueblo, pero era tan torpe que casi nunca salía a navegar en almadía con ellos.

El sueño de Konrad era acompañar a los hombres en una almadía. Las almadías eran unas balsas armadas con los troncos más fuertes y largos, que se unían en tramos cada vez más grandes, y que cada año recorrían el Rodach, el Meno y el Rin, hasta llegar a Holanda.

Así se empezaba: transportar por flotación unos maderos, de no más de tres metros de longitud, por el arroyo, con el caudal temporalmente crecido, hasta el cercano valle, donde serían aserrados y convertidos en tablas. Este era el primer paso. Pero quizá al año siguiente, si Durlacher lo autorizaba, podría acompañar a los hombres en almadía y adentrarse en el ancho mundo.

El primer tramo del camino era muy empinado. Pero quien vive en las montañas está acostumbrado a sufrir retrasos. Todo camino con pendiente ascendente es lento. La llovizna se tornó nieve húmeda. Konrad, jadeando y sin levantar la vista, pisaba las huellas de Ekkehart; necesitaba concentrarse al máximo para no quedarse atrás. La luz de las teas iluminaba las zarzas, los troncos de los árboles y las refulgentes rocas, pero el sendero que seguían estaba casi a oscuras.

Despuntaba el día. Bajo el pálido cielo del amanecer, unos pinos de gran altura juntaban sus copas entre la bruma, como inquisidores que dispusieran de su futuro. A Konrad los bosques le parecían feos. Las ramas goteaban agua, a causa de la llovizna y del rocío; las nubes pendían como grises lombrices sobre valles y quebradas; reinaba un silencio profundo, solo interrumpido por el goteo del agua y el golpe de alguna piña que caía. Todo olía a resina, humedad y putrefacción. No se veían ni oían aves u otros animales.

Pero él estaba ilusionado con la idea de transportar los troncos de madera que habían esperado todo el invierno bajo la nieve y que al fin emprenderían el viaje.

Llegaron al arroyo. A partir de ahí seguirían el cauce. Durlacher apagó las teas. Los hombres subieron la cuesta en fila, sus largos bicheros al hombro, como lansquenets dispuestos a sorprender a un enemigo desprevenido.

El canal no llevaba agua. Una línea, que dividía los adoquines en claros y oscuros, indicaba el nivel que había alcanzado el caudal el año anterior. La línea se parecía a la marca del dobladillo de las mangas de la chaqueta de Konrad. El cauce seco estaba repleto de troncos, una morrena de madera. En paralelo al arroyo había aún más madera amontonada. Durlacher se desabrochó el abrigo de paño y extrajo su reloj de bolsillo.

—Las siete y veinte —dijo—. Estad preparados.

Los hombres estaban preparados. La crecida artificial del arroyo duraría como mucho un cuarto de hora.

Unos minutos después, en la bruma sobre sus cabezas, sonó un estruendo antediluviano y, al instante, una reja de arado de agua de color blanco se precipitó cuesta abajo, empujando los troncos, levantándolos y arrastrándolos. Konrad dio un salto hacia adelante, empleó su bichero como palanca e hizo rodar el siguiente tronco hacia el arroyo siguiéndolo con la mirada: el madero flotaba río abajo balanceándose y sumergiéndose ligeramente y quedó atravesado, pero su extremo chocó contra las rocas y recuperó el rumbo. Era el primer tronco que Konrad conducía por las aguas. Iniciaba su vida de hombre.

—¡Tú, fuera de ahí! —vociferó Durlacher—. ¡Julius, quédate aquí! ¿Para qué me sirves si te rompes una pierna? Te dije que solo miraras cómo se hace.

A Konrad le sorprendió lo ligeros que se tornaban los troncos en cuanto entraban en el agua.

Si antes habían sido la fuerza muscular y las palancas las que habían hecho el trabajo, ahora los troncos se deslizaban sin ningún esfuerzo río abajo, como un ensueño, acarreados por las aguas refulgentes. Un enjambre de lanzas. Konrad no había visto jamás algo tan bello.

*Julius hacía el bachillerato clásico en el Gymnasium de Kronach; Konrad trabajaba de jornalero. Solo se veían cuando Julius acudía a contemplar la maderada desde la orilla del río. El padre de Julius era de la opinión de que debía adquirir experiencia práctica, lo de «Gallia est omnis divisa in partes tres» estaba muy bien, sí, pero a fin de cuentas Julius era su heredero y más adelante debería administrar sus propiedades. Julius era el típico estudiante de bachillerato clásico y seguiría siéndolo; siempre iba de punta en blanco. Normalmente llevaba prendas de paño clásico de loden de color gris y un gorro blando sobre el cabello rubio ceniza. En cambio, a Konrad el latín no le despertaba ningún interés; a él lo que le atraía era la vida en los grandes ríos.*

*Sin embargo, a Konrad de momento se le negaba esa vida. Durlacher no lo contrataba para el trabajo importante: ese acontecimiento anual que congregaba a las mujeres y las muchachas en el puente y a lo largo del muelle, desde donde contemplaban el arte de navegar de los expertos almadieros, quienes, erguidos y con las piernas separadas, conducían río abajo el capital de madera impulsándose hábilmente contra la orilla y contra el lecho del río, calzando sus altas botas engrasadas, que eran su mayor orgullo.*

*Konrad se moría de ganas de formar parte de ese equipo de hombres. Quería acompañarlos en esas inmensas islas flotantes que recorrían el Rin y que eran más grandes que cualquier otra embarcación porque estaban acopladas entre sí de tal modo que pudiesen seguir los meandros del río como unas enormes serpientes prehistóricas de madera. Quería ver las prósperas ciudades holandesas, que de hecho habían sido levantadas sobre los bosques del propio país, porque las ostentosas fachadas escalonadas o en forma de campana de sus casas y sus torres de ladrillo reposaban sobre un bosque subterráneo de árboles francos.*

*Pero Durlacher no le daba permiso.*

No fue hasta que Julius se convirtió en *Oberprimaner*, estudiante del último curso del *Gymnasium*, cuando los dos hablaron por primera vez.

Los hombres se habían vuelto a concentrar a media noche frente a la casa de Durlacher a la espera de que se encendiera una luz. Schramm volvía a estar ahí, al igual que Hinzpeter y los hermanos Halder. Había empezado el deshielo y existía una buena posibilidad de que ese año los troncos flotaran sin problema, porque los depósitos estaban hasta los topes y el deshielo había aumentado el caudal del arroyo en una parte del cauce.

Konrad y Julius caminaban uno al lado del otro. Los pinos goteaban, y la humedad perlaba sus cazadoras y sus abrigos de loden. Julius levantó su bichero por encima de la cabeza y se lo colocó sobre el hombro izquierdo, de modo que pudieran caminar más cerca el uno del otro. Después de avanzar un buen rato en silencio, Julius susurró:

—¿Sabes?, cuando me toque hacerme cargo de la empresa, ya me ocuparé yo de que puedas trabajar de almadiero.

Durlacher se detuvo junto a las grandes rocas, como hacía cada año.

—Padre, ¿puedo acompañar a Konrad esta vez? — preguntó Julius.

—Prefiero que te quedes cerca de mí —contestó Durlacher.

—Usted quiere que aprenda el oficio, ¿no? Si así es, debería practicar alguna vez. Ya he visto en muchas ocasiones cómo aguan la madera. Déjeme aquí, con Konrad.

Los demás hombres ya habían empezado a subir la empinada cuesta por el cauce del río, mirando fijamente al frente. Durlacher se lo pensó.

—Bueno, de acuerdo. Pero ten cuidado con lo que haces.

Se apostaron junto al arroyo, cada uno en un lado, apoyándose en sus bicheros. El cauce no era ancho, estaban a no más de cinco metros el uno del otro. Se levantó la bruma, el cielo se tornó blanco, dos cornejas echaron a volar rozando sus cabezas y lanzando graznidos, enzarzadas en una disputa que aparentemente debía resolverse más allá.

—Cuando asomen los troncos —advirtió Konrad— retrocedes un paso y miras cómo lo hago yo, ¿entendido? Inténtalo solo cuando hayas visto cómo se hace.

—*All right* —repuso Julius.

Los primeros troncos asomaron casi simultáneamente a la crecida del caudal, unos al lado de otros, como embarcaciones compitiendo en una regata, y Konrad no hizo más que empujarlos ocasionalmente con su bichero para guiarlos por delante de las rocas; en realidad hasta eso era innecesario, porque los troncos iban pasando por la quebrada sin que nada indicara que fueran a quedarse atravesados.

—¿Lo ves? —exclamó Konrad—. Solo hace falta guiarlos. ¡Deja que el agua haga el trabajo!

Julius dirigió la punta de su bichero hacia un tronco torcido que rodaba peligrosamente. Falló y estuvo a punto de caer de cabeza al agua.

—¡Pero, hombre, ten cuidado! —le gritó Konrad.

Este conducía los troncos de madera de forma rutinaria, como un granjero que guía su ganado por la cancilla del cercado; no hacía más de lo necesario, solo dar un empujón o tirón aquí y allá para comprobar la corriente del río.

En cambio, Julius veía cada tronco que pasaba como un desafío personal, aunque el tronco no lo necesitara a él para atravesar la quebrada. Se esforzaba en exceso y se fatigaba sin hacer en realidad nada de provecho.

La mitad de los troncos ya había pasado. Konrad estaba absorto en el rumor del arroyo, en la solemne procesión de los maderos camino de los molinos aserraderos.

De repente asomaron unos troncos más largos que no podían ser los de Durlacher, porque este solía cortarlos todos en piezas de idéntica longitud y estos en cambio eran demasiado grandes para pasar por la quebrada.

—¡Retrocede! —gritó Konrad—. ¡Ten cuidado!

El primero de los troncos de desmesurado tamaño clavó su punta en la grieta de la roca, la corriente lo arrastró lateralmente y quedó atravesado en el cauce. Los troncos que venían detrás se toparon con la barrera y formaron una balsa varada incapaz de moverse hacia ningún lado. El cauce se llenó de madera y el agua corría por encima de los troncos y por sus laterales. Los maderos largos no cesaban de llegar, como buques piratas asediando una flota de desprevenidos barcos mercantes, hasta que se formó una barricada transversal de madera que bloqueó la quebrada.

Konrad jamás había visto algo similar.

—¡Hay que destrabar los maderos de abajo! —gritó Julius, y entró en el arroyo con el bichero en ristre.



Julius ignoraba la fuerza del agua. Obviamente era imposible mover la masa de madera bloqueada. Habría que esperar a que el embalse estuviera vacío para deshacer el revoltijo, lo cual suponía un trabajo pesado e inútil, y esperar otra oportunidad para conducir la maderada.

Justo en aquel instante bajó por la cuesta una figura alta con las piernas arqueadas. Era Benning. Llevaba un sombrero de fieltro flexible y sus ojos eran de un color gris pálido, tan claros que parecían incoloros. Tenía una expresión pícaro en el rostro y lucía unas grandes patillas pelirrojas. Benning poseía menos terreno de bosque que Durlacher, pero le sacaba más provecho. En cierta ocasión el juzgado municipal de Schweinfurt le había multado por haber sobornado al esclusero, quien le había dado prioridad para transportar sus maderos hacia los molinos.

—¿Algún problema? —preguntó Benning en tono ligero—. ¿Puedo ayudar?

—¿Ayudar? —vociferó Julius—. Esto es culpa suya. Estos troncos tienen una longitud de más de siete metros. El máximo permitido, según el reglamento, es cuatro metros ochenta.

—¡Vaya, vaya! El señor bachiller ha hecho sus deberes y se ha estudiado el reglamento. Bien, muchacho, no existe funcionario bávaro alguno que me diga lo que debo o no debo hacer. Los maderos más largos dan más dinero, ¡así de simple! Por lo que me dije: con un tipo como Konrad delante de la quebrada, todo irá bien.

—¿Así que usted se ha creído que puede utilizar a los hombres contratados por mi padre para conducir sus troncos ilegalmente por el río? —le espetó Julius.

—¿Quién dice que esos sean mis troncos?

Konrad y Julius dirigieron simultáneamente su mirada hacia un largo abeto que giraba en torno a su eje en la corriente sin moverse del sitio. No se apreciaba en el tronco ninguna marca maderera.

—En ese caso, esos maderos no pertenecen a nadie. Así que les pondré la marca de mi padre.

Julius extrajo el martillo forestal de su cinturón y con un fuerte golpe estampó en el tronco la marca de Durlacher, una D con una cornamenta en la parte de arriba.

—¡Quita tus manos de mi madera! —bramó Benning.

Pero Julius lo ignoró y prosiguió su tarea.

Benning le quitó el gorro de un manotazo.

Julius estampó la marca de su padre en el siguiente madero.

Benning vadeó el río detrás de él, lo aferró por el cuello y lo lanzó al agua.

—¡Señor Benning! —gritó Konrad.

—No te metas en esto, muchacho —contestó este sin volver la mirada. Los largos faldones grises de su abrigo flotaban en la corriente—. Este es un asunto entre Durlacher y yo.

Julius emergió a la superficie, los cabellos rubios pegados a la cabeza. Benning le arrebató el martillo forestal y lo lanzó hacia la orilla.

—¿Has tenido suficiente? ¿Has comprendido quién manda aquí?

Julius estaba muy alterado, más al borde del llanto que de la risa, pero no se dio por vencido. Benning le empujó la cabeza bajo el agua, como si ahogara a un gato.

Konrad cogió el martillo y gritó:

—¡Suéltelo!

Benning no levantó la vista y no desistió.

Konrad embistió a Benning con todas sus fuerzas, como si fuera a talar un árbol, y le dio un golpe justo encima de la rodilla.

*El 16 de mayo, todos los hombres se habían reunido en la taberna de Wallreuth después de la procesión anual en la que se sacaba por las calles del pueblo la imagen de San Nepomuceno, patrón de los barqueros y los almadieros. Ser elegido portador de la imagen del santo era un honor y confería prestigio. Nepomuceno estaba hecho de arenisca y pesaba considerablemente. Los elegidos llevaban camisas blancas y una corona de hojas de roble plateado. Konrad portaba esa corona por primera vez aquel año. A Julius aún no le había tocado nunca.*

*Hinzpeter, que no conseguía que le llenaran la jarra de cerveza, a pesar de haberla colocado de canto como era costumbre, dijo:*

*—Si me pedís una Weizen, os contaré una cosa muy interesante. Me lo ha dicho la criada del doctor que trató a Benning de su fractura de pierna. Pero me muero de sed.*

*—Pago yo —dijo Julius, y le hizo señales al posadero.*

*Hinzpeter bebió unos tragos y se tomó su tiempo.*

*—Y bien, ¿qué te ha dicho? —inquirió Julius, impaciente.*

*—Me ha dicho que... el doctor dijo... que en la pierna de Benning...*

*—¿Qué?*

*—Que en la pierna fracturada de Benning, justo encima de la rodilla, había un hematoma enorme. Y que este tenía una forma muy peculiar. Era una marca maderera. Una D con una cornamenta en la parte de arriba.*

*Nadie dijo nada. Hinzpeter volvió a poner su jarra de canto. Todas las miradas, llenas de respeto, se posaron en Julius.*

*Julius y Konrad se miraron.*

*La mirada de Julius se deslizó sobre la de Konrad con la ligereza del agua que se desliza sobre los guijarros, y a continuación les dijo a los otros:*

*—Sí. Así fue. No tuve elección. Quien toque nuestra madera, se las verá conmigo. Lo derribé con el martillo forestal de mi padre.*

Era marzo y el río Wilde Rodach, crecido por la lluvia y el deshielo, hacía honor a su nombre. Mientras que durante el resto del año no era más que un arroyo, a veces con tan poca agua que el ganado tenía que acercarse hasta la misma orilla para beber y que un niño podría cruzarlo de un salto, ahora, en su mejor momento, era un río ancho y poderoso. Discurría por el verde paisaje franco como un ejército de reluciente armadura ávido por unirse a la división mayor del Rodach y posteriormente a la del Meno; acogía las tropas que llegaban del Thiemitz y del Lamitz y se las llevaba consigo en su marcha triunfal hacia el Rin y, finalmente, hacia mar abierto.

En cuanto las aguas empezaban a subir, aumentaba el número de mujeres que acudían a rezarle a la imagen de arenisca de Nepomuceno. Desde que su hijo mayor se había ahogado ante sus propios ojos durante su primera salida como gancho, aún en el pueblo, junto a la presa que

había pasado el puente, la vieja madre de Konrad no le rezaba ya a San Nepomuceno, únicamente a la Virgen María.

Las aguas continuaron subiendo. Eran unos días de marzo tormentosos, y unas nubes oscuras seguían el cauce del agua en su camino hacia el oeste. Los grandes troncos, cuyo destino final era Wurzburg, Frankfurt, Colonia y Holanda, emprendían su viaje.

Los maderos de Durlacher aguardaban tres millas río arriba, en el espacio abierto junto a la orilla adonde los habían arrastrado los caballos.

Los hombres, de pie en la quieta y gélida agua parda, entre la hierba encharcada y la veloz corriente, armaban una almadía amarrando entre sí los enormes maderos. Las almadías se ensamblaban en tramos de siete, nueve u once troncos: el de mayor longitud, llamado «el rey», se colocaba en el centro y, a ambos costados de este y en longitud decreciente, se situaban los otros, como un abanico. A pesar de que Konrad no llevaba las botas altas, vadeó el agua para echar una mano.

Por la tarde, los tramos estaban listos.

Durlacher se subió a su caballo, un caballo blanco moteado que había pasado la mañana dormitando entre los arbustos.

—Schramm, tú sales el primero. Después Hinzpeter. Luego los Halders. Mañana venimos a por los demás.

—*Gotts Noma* —dijo Schramm mientras los hombres empujaban su tramo hacia el arroyo.

En la lengua franca esa expresión significa «en nombre de Dios». La caudalosa corriente plateada arrastró los maderos; el viejo Schramm, con su largo bichero, apenas podía con la tarea, a pesar de que llevaba realizándola más de cuarenta años sin incidentes.

—*Gotts Noma!* —exclamó Hinzpeter guiando la almadía río abajo solo con los pies, como un acróbata de circo sobre el lomo de un caballo oscuro, en una mano el bichero, como si nada, y en la otra, colocada en la cintura, la gorra—. ¡Ámsterdam, bella ciudad construida sobre pi-pilotes...! —cantaba.

—Ahora vosotros, Georg y Michael. Atención con lo que hacéis. Lleváis una fortuna entre manos. Cuidado con el rabión que hay después de la casa en ruinas, ahí hemos tenido problemas más de una vez.

—Sí, señor —contestaron los hermanos al unísono—. *Gotts Noma*.

—Konrad —ordenó Durlacher—. Tú lleva las herramientas hacia abajo, no me fio de los hombres de Benning. Te veo en el pueblo.

—Sí, señor —repuso Konrad.

La yegua de Durlacher emprendió el descenso con precaución. El jinete seguía atentamente cada oscilación de su huesuda grupa.

Konrad bajó corriendo el sendero que llevaba a la casa en ruinas, donde estaba el meandro más peligroso del río. Dejó su carga y se abrió paso entre los matorrales. El agua brillaba entre las oscuras ramas de los abetos. Llegó justo a tiempo para ver cómo Hinzpeter se enfrentaba al rabión: maniobrando con aparente calma, se desplazaba de un madero a otro para guiar la almadía con su peso. La balsa se internó en la impetuosa corriente de agua, el abanico de troncos asomó por la espuma como la aleta de cola de un enorme pez, y durante un momento fue como si Hinzpeter, sumergido en el agua hasta las caderas y con el bichero alzado horizontalmente sobre la cabeza, viajara por el río de pie, como por arte de magia. La almadía volvió a emerger, el agua

chorreaba de los maderos como de los flancos del submarino *Nautilus* después de desafiar el fondo del mar. Hinzpeter saludó un instante con su gorra y se la volvió a poner, como agradeciendo el aplauso de un público invisible.

Konrad volvió a echarse la carga al hombro y corrió camino abajo para seguir el trayecto de Hinzpeter. Jadeaba y estaba empapado de sudor. Frente a él, por el angosto sendero forestal, Durlacher bajaba la cuesta despacio montado en su caballo blanco.

No era cuestión de adelantar a su jefe. Adaptó su paso y siguió al jinete y a su caballo. Advirtió que al caballo le faltaba una herradura. La cola amarillenta de la yegua oscilaba de un lado a otro justo en frente de su cara. Durlacher, con los pies colocados muy atrás en los estribos, fumaba un puro. El descenso era de una lentitud exasperante. Konrad se reacomodó la carga que portaba. Mientras tanto, Schramm, Hinzpeter y los Halders navegaban por el río ahora invisible.

—¿Vas bien? —preguntó Durlacher dándose media vuelta, una mano apoyada sobre el borren trasero de su silla de montar—. Cora también puede llevar algo, si es necesario.

—No, gracias, señor —contestó Konrad—. Todo en orden. —Y en cuanto se ensanchó el camino, preguntó—: Señor Durlacher, ¿puedo adelantarle? Me gustaría ver cómo llegan al pueblo por el río.

—Ah, bueno —dijo Durlacher, y con su bota le dio unas patadas en el flanco a la yegua hasta que esta se desvió hacia la derecha. Konrad adelantó lentamente al caballo y al jinete.

—Tengo un par de botas altas para ti —dijo Durlacher—. Te doy permiso para navegar con Schramm hasta Hallstadt.

Konrad no daba crédito a sus oídos.

—En realidad dispongo de suficientes ganaderos —añadió Durlacher con cara de pocos amigos—. Este favor se lo debes a Julius.

—Gracias, señor —repuso Konrad.

—A ver si demuestras que eres capaz de hacer este trabajo. Schramm me informará. La vuelta la tendrás que hacer a pie, no hay sitio para ti en el carro.

—Sí, señor —contestó Konrad, dispuesto a recorrer cualquier distancia a pie siempre que pudiera navegar en almadía.

—No sé si te irán bien las botas. Quizá te queden demasiado grandes.

—Muchas gracias, señor. Puedo rellenarlas con lana.

Konrad echó a correr, los martillos y hachas bailándole sobre la espalda y las sierras agitándose en sus manos.

Justo cuando salió del bosque, los Halder atracaban sus balsas.

*Aunque Konrad era, según su madre, el muchacho más guapo de Wallreuth, las chicas no se interesaban por él.*

*Se sabía de antemano quién iba a casarse con quien. En la fiesta de mayo, cuando los jóvenes del pueblo bailaban alrededor del tilo al son del tambor, el violín y el trombón, no se hacía sino confirmar lo que ya era cosa hecha. Las muchachas más guapas solían casarse con alguien de una posición social superior; las demás debían conformarse con un hombre cualquiera. Y Konrad sería uno de estos hombres, aunque bailara igual de bien que Julius.*

*Julius estudiaba ahora en la universidad; era el primer joven de Wallreuth que había llegado tan lejos. Vestía un elegante traje gris con un clavel blanco en el ojal y bailaba por turnos con todas las chicas del pueblo. Se comportaba como un hombre de mundo, desplegando todos sus encantos. Las muchachas sonreían embelesadas en sus brazos, dejándose llevar por sus pasos de baile, aunque todas supieran que el heredero de Durlacher estaba destinado a contraer matrimonio con alguien de mayor estatus social.*

*Incluso corrían rumores de que se había prometido con una joven de ilustre cuna y alguien comentó que había oído que se marcharía a Estados Unidos.*

*Konrad pensó que le tocaría casarse con Evchen, si no le salía nadie más. Evchen era tuerta y pastoreaba los gansos. Él desconocía si la muchacha sabía cocinar o si era capaz de mantener una conversación.*

Soltaron la balsa y esta se precipitó en el río de costado, como un naipe arrojado en una partida de cartas. Desde la orilla seguían sujetándola con cabos.

—Solo debes intervenir cuando te lo diga yo, chico —ordenó el viejo Schramm, gritando por encima del hombro. Soltó amarras y le dio un impulso a la balsa—. Me conformo con que no te caigas al agua. ¿Sabes nadar?

—No lo he probado nunca —respondió Konrad de pie en el centro de la almadía con las piernas separadas. El bichero que sostenía horizontalmente en las manos era tan ancho como el río.

Schramm se tomó tiempo para encender su pequeña pipa y el humo salió al encuentro de Konrad. La balsa se deslizaba por el centro del río, con la estabilidad de una casa flotante. Las muchachas los saludaban con la mano desde la orilla. Su madre se había quedado en casa. Se aproximaron al puente. Pasaron por debajo del oscuro arco de piedra cubierto de musgo; los sonidos cambiaron, el susurro del río se redujo a un eco y Schramm empleó su bichero por primera vez para apartar la punta de la almadía del enladrillado; la balsa se inclinó hacia delante, volvió a enderezarse y continuó deslizándose. Acababan de pasar el lugar donde se había ahogado su hermano. Fue tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de ver si había espectadores en el puente.

Schramm volvió la cabeza y preguntó:

—¿Vas bien?

Konrad alzó la mano jovialmente como diciendo: claro que voy bien, tú qué te crees.

Llegaron a un tramo en que el río se ensanchaba y discurría con aparente mansedumbre entre altas orillas arboladas, como un caballo que muerde el freno y echa espuma por la boca, pero que de momento aún se contiene. Los pasos del caballo se tornaron más largos cuando el valle se abrió y los bosques dieron paso a los prados. Frente a ellos, a bastante distancia, los hermanos Halder navegaban en una balsa aún mayor; iban sentados, porque hasta aquel momento no había habido necesidad de conducirla.

En el cielo las nubes estaban muy desperdigadas, como si también ellas quisieran disfrutar al máximo del espacio abierto. Konrad distinguió en el horizonte la aguja de la torre de una iglesia que nunca había visto y pensó: jamás he estado tan lejos de casa. Pero quizá eran los meandros del río los que le producían esa sensación. Tan lejos de Wallreuth no podían estar, porque de repente avistó a Evchen, la pastora de gansos. La muchacha estaba reclinada contra un aliso, mejor dicho,

tumbada, probablemente dormida, las faldas levantadas hasta la cintura, las piernas abiertas. Sus gansos, más vigilantes que ella, emitieron unos graznidos de advertencia, irguiendo los cuellos. Evchen se incorporó con una rama en la mano. Dirigió la vista hacia donde estaban los hombres, pero no pareció verlos. Tal vez era aún más ciega de lo que Konrad creía.

—Esta ya no ve casi nada —dijo Schramm, y silbó con los dedos.

Evchen se acercó a la orilla, los tobillos desnudos hundidos en el barro, rodeada por los graznidos y chillidos de los gansos que habían vuelto la cabeza al unísono para vigilar la balsa. También Evchen volvió la cabeza, pero con el ojo ciego apuntando hacia los hombres: estaba desconcertada, porque Hinzpeter, que navegaba unos cien metros detrás de ellos, también silbaba con los dedos. Este le hizo un gesto obsceno con la mano en el bichero.

—Evchen, ¡soy yo, Konrad! —gritó él—. Navego con ellos hasta Hallstadt.

La muchacha miró entonces en su dirección e hizo un gesto extraño con la mano alzada, como si estuviera bendiciendo algo sin saber muy bien lo que era.

—Sabe hablar —dijo Schramm—, pero no lo hace casi nunca.

—¡Voy a Hallstadt! —volvió a gritar Konrad.

Evchen permaneció de pie en el barro, inmóvil y sin responder, la cara vuelta hacia Konrad, como un rótulo ilegible en la lejanía, porque la almadía se alejaba rápidamente.

Aquella misma noche llegaron a Kronach. Había un puente con tres arcos bastante más grandes y altos que los de Wallreuth. Sin embargo, aquí los transeúntes no se inclinaban sobre el parapeto para ver pasar las almadías. Según Schramm, la gente del pueblo estaba ya muy acostumbrada a verlas. Las casas semejaban palacios. Las infinitas hileras de sus tejados grises impedían la vista de las colinas sobre las que habían sido construidas. Konrad pensó que era imposible que hubiera otra ciudad en el mundo como esa.

—¿Aquello es el *Gymnasium*? —preguntó señalando un edificio que se alzaba a lo lejos, sobre la cima más alta.

—No, zopenco —rió Schramm—. Aquello es la fortaleza de Rosenberg.

Las almadías estaban atracadas justo a las afueras de la ciudad, junto a un camino de sirga, formando una larga hilera. Los gancharos llevaban consigo mantas y víveres y dormirían en las balsas. Anocheceía y asomaron las primeras estrellas. Eran las mismas que Konrad había visto la noche anterior, de modo que muy lejos de casa aún no podían estar. La fila de árboles que bordeaba el camino impedía la vista de la urbe. Los otros hombres se disponían a ir a la ciudad y le ordenaron que lo vigilara bien todo. Hinzpeter llevaba un pañuelo rojo al cuello. Los hermanos Halder se pusieron unos sombreritos que sobre sus grandes cabezas resultaban ridículamente pequeños.

—Y recuerda —le advirtió el viejo Schramm—. No te quedes dormido. ¡Hay gitanos merodeando por aquí!

Konrad se sentó encima de una caja y, para matar el tiempo, cogió un trozo de madera y empezó a tallar una figurita.

Primero quiso hacer una virgen, pero la figura empezó a adquirir cada vez más la forma de un ganso. La cosa se complicaba. El cuello tenía que ser muy largo y fino, pero la madera no era muy fuerte.

Konrad estaba alerta por si aparecían los gitanos, pese a que no tenía ni idea de qué aspecto podrían tener. Le llegaron unos sonidos procedentes de la ciudad, demasiado lejanos como para identificarlos, aunque en un par de ocasiones le pareció que era música. El murmullo del agua que corría entre los maderos, el chapoteo de una carpa: esto era, por el momento, todo cuanto percibía del ancho mundo.

Konrad tardó cuatro días en recorrer a pie la distancia que habían hecho las almadías en la misma cantidad de tiempo. Cada vez que perdía de vista el río, preguntaba cómo llegar a Wallenfels, porque, naturalmente, la aldea Wallreuth no la conocía nadie. Las botas altas, que había conseguido gracias a Julius, las llevaba atadas alrededor del cuello. Era el trayecto a pie más largo que había hecho en su vida, pero no se enorgullecía de ello porque caminaba en la dirección equivocada. El río Rodach corría hacia él rumbo a los países lejanos a los que ahora, muy a su pesar, él daba la espalda. Había otras balsas descendiendo por el río. Konrad las contemplaba con impotencia, como un peregrino que viera a otros haciendo el camino hacia el destino que él mismo no había sabido alcanzar. Cada paso era un paso hacia atrás en el tiempo. El río dejaba atrás los sombríos bosques francos, pero él regresaba a ellos.

*Konrad era un joven fuerte y delgado, de piernas largas y hombros anchos; las botas altas y la chaqueta oscura con la doble hilera de botones relucientes —la prenda tradicional de los almadieros— le quedaban tan bien que un pintor de Bayreuth le propuso en cierta ocasión que posara para él. Al igual que Hinzpeter y Schramm, llevaba un arete en la oreja. Los almadieros creían que esto les aguzaba la vista y, además, los distinguía del resto de la población de Frankenwald. Cuando Konrad salía a navegar en almadía, se anudaba un pañuelo rojo al cuello en cuanto dejaban atrás su región natal.*

*La gente le comentaba a menudo que no era bueno que un hombre permaneciera soltero. El párroco, a través de la celosía del confesionario, le hablaba incluso de un deber sagrado. Las madres de las muchachas casaderas lo abordaban y las propias muchachas se afanaban en conquistarle hasta que se cansaban y encontraban otro hombre. Entonces él recuperaba la tranquilidad hasta que la siguiente tanda de muchachas alcanzaba la edad de merecer.*

*Konrad poseía una media docena de libros, todos de Julio Verne. El primero fue Veinte mil leguas de viaje submarino. Se lo había regalado Julius cuando aún estudiaba en el Gymnasium. Al principio el título lo confundió: era imposible que un océano pudiese alcanzar una profundidad de veinte mil leguas, pensó. Releyó el libro un año tras otro. Todo lo que se contaba le parecía de un valor tan extraordinario que podría disfrutar de él toda una vida. La cubierta del libro —azul, dorada y en relieve— era como las bancadas de la iglesia. Las ilustraciones eran obras maestras. Ahí estaba el capitán Nemo, con los brazos cruzados, observando frente a un ojo de buey cristalino cómo un pulpo gigante atacaba el Nautilus. Ahí estaba la lámina acompañada de las palabras (porque siempre había alguna frase del libro*

*como pie de ilustración): «La tripulación asiste a un entierro submarino». La extrema precisión de los grabados lo dejaba atónito. Los personajes no solo estaban representados en sus típicas posturas, lo que los hacía reconocibles de inmediato —la barba visiblemente poblada del marinero, la cabeza calva del científico inquieto—, sino que además cada imagen consistía, hasta en los ángulos extremos, en una tupida red de pequeñas líneas meticulosamente trazadas con una perfección que Konrad, que tallaba y labraba sus pequeñas figuras con la punta de su navaja, jamás alcanzaría.*

*Konrad leía y releía sus seis libros de Verne a la luz de una vela, sentado ante la mesa de la cocina después de apartar su plato de puré de patatas con tocino.*

*Miguel Strogoff. El correo del zar había sido la razón por la que el pequeño ganso de madera, que Konrad había tallado durante su primera salida en almadía, no tuviera ojos. Justo cuando estaba a punto de grabarle unos ojitos negros con un carboncillo ardiente, se acordó de que los crueles tártaros habían cegado a Miguel Strogoff con un acero incandescente, y entonces lo dejó.*

Konrad ya se había familiarizado con el Meno. Conocía cada milla y cada una de sus vistas panorámicas. Las colinas y los bosques, unas veces lindantes con la ribera y otras veces más alejados; las desembocaduras de sus afluentes; los puentes y los montes cubiertos de viñedos; las extensas llanuras, los castillos, los grandes meandros y la forma errática en la que la corriente fluía unas veces hacia el norte y otras hacia el sur, al encuentro del sol. El Meno contaba una historia que él experimentaba una y otra vez. Al igual que hacía con los libros de Julio Verne, leía y releía el Meno.

Konrad permanecía de pie, erguido y con las piernas separadas, sosteniendo el bichero en ambas manos por si era necesario intervenir. En los tramos en que el Meno discurría con calma, él recorría de un lado a otro la plataforma de maderos ensamblados que se deslizaba debajo de sus pies por el río y disfrutaba de la brisa que hacía ondear su camisa. Aunque en cada salida su almadía era una diferente, siempre le recordaba a la anterior, al igual que un perro le recuerda a uno los que ha tenido anteriormente.

El Meno, ahora canalizado, corría más lentamente que antes. Era una vía fluvial tranquila, contenida por presas, que discurría de este a oeste atravesando el corazón de Alemania. Cada vez se parecía menos al río que había soñado de niño. Aunque, por otro lado, tampoco había dejado de amar a su anciana madre cuando esta empezó a tener achaques.

Lo único que quedaba del pasado era el espectáculo fugaz que se veía al pasar los nuevos diques y presas, un tramo que, durante un minuto, exigía una gran habilidad en el gobierno de la almadía. Pero todo cuanto había en medio ya no era como había sido en otros tiempos.

Tampoco le gustaban los trenes de vapor y los automóviles que le adelantaban sin cesar y cada vez en mayor número, como si quisieran demostrar que el tiempo de las almadías ya había quedado atrás. Y le fastidiaba la pesada cadena colocada en el fondo del Meno con la que los barcos de vapor remontaban la corriente arrastrando a otras embarcaciones, algo que a Konrad le parecía antinatural. La cadena iba de Bamberg a Kitzingen. Los capitanes de los barcos nunca cedían el paso a las almadías, más bien al contrario: parecían frenarlas deliberadamente, constituidos en la brutal vanguardia de los nuevos tiempos.



*Encontró a Evchen en un prado, no lejos del pueblo, durmiendo de nuevo bajo un árbol. La muchacha le dio pena. Nunca conseguiría un marido ahora que se había hecho mayor y estaba prácticamente ciega. Se pasaría la vida pastoreando gansos en los campos alrededor de Wallreuth y acabaría pidiendo limosna. El párroco prefería no verla en la santa misa. Circulaban historias extrañas y obscenas sobre ella; ni siquiera eran historias verdaderas, como si no fuera digna de ellas, sino simples insinuaciones de las que Konrad infería que casi cada hombre del pueblo la había poseído.*

*Konrad se detuvo entre los matorrales y, mientras aferraba con la mano la figurita de madera que llevaba en el bolsillo de su chaqueta, se quedó mirando a Evchen. El pequeño ganso sin ojos de madera lisa le iría a ella mejor que a nadie.*

*Las brumas matinales, más leves que el humo gris que expulsaban las chimeneas de Wallreuth detrás de la linde del bosque, aún cubrían la hierba. A lo lejos resplandecía un recodo del río.*

*La muchacha, que yacía con las piernas abiertas, estaba descalza y tenía los pies manchados de fango. Su falda era un delantal de barro. Konrad no le miró las piernas, porque eso le causaba un cierto embarazo, como el que había sentido a veces ante su madre cuando esta, vieja y confusa, y en sus últimos meses de vida, indiferente al decoro, se sentaba con las piernas abiertas en el borde de la cama o en el orinal con la camisa levantada.*

*Las manos de Evchen reposaban en su regazo, resignadas y contemplativas. Bajo su sombrerito de paja roto y deshilachado asomaban dos gruesas trenzas, más rubias que el cabello de la mayoría de las mujeres del lugar, y Konrad se percató de que en algún momento se había trenzado margaritas en el pelo, tal vez el año anterior, de las que no quedaban sino grises tallos muertos y capullitos resecos.*

*Konrad salió del matorral y depositó con cuidado el pequeño ganso en el regazo de la muchacha.*

*Antes de que él pudiera retirarse, Evchen abrió los ojos, quizá porque el ganso guardián se había percatado de su presencia y soltaba unos graznidos roncros de advertencia; sus ojos de color azul grisáceo, extraordinariamente grandes, le miraron directamente a la cara.*

*—¿Quién está aquí? —preguntó la muchacha—. ¿Heinrich, Georg, Hannla, Fritze...?*

*—Soy yo. Konrad. Te he traído una cosa.*

*Ella acarició el pequeño ganso con las yemas de los dedos, inclinó la cabeza un instante y entonces dijo algo muy extraño.*

*—Konradin —susurró—. Donde estuvo nuestra cama encontrarás hierba y flores quebradas.*

*—¿Cómo? —preguntó él.*

*Evchen no contestó. Los gansos se acercaron siseando con animosidad.*

*—Quería regalarte esto antes de mi partida. Te veré más adelante, Evchen, regreso a finales del verano.*

*—Nadie sabrá nada de nosotros, excepto tú y yo. Y un pajarito que permanece en silencio.*

*—Eres una chica rara. Adiós.*

Konrad llevaba ya siete años al servicio de Durlacher, cuya empresa había prosperado desde que Julius ejercía de ayudante del jefe. Cuando Benning, el enemigo declarado de Durlacher, quebró, le compraron todas las parcelas del bosque que habían sido de su propiedad.

Era un hermoso día soleado. Julius, sentado encima de las cajas, fumaba un purito mientras hacía la contabilidad. Esta vez se trataba de unos troncos enormes, de más de veinticuatro metros de longitud. Sobre las almadías habían fijado unas pilas de tablas aserradas y unos haces de maderos finos para los viñedos de Escherndorf y Sommerach. Además, transportaban cestas trenzadas y cajas con barriles de cerveza franca con el objeto de venderlas por el camino.

Julius había decidido usar las almadías como cargueros para sacarles mayor rentabilidad. Se llevaba también a bordo su bicicleta, una Excelsior Kavalier, con la que a veces se adelantaba un trecho por tierra para pregonar las mercancías. Y cuando Konrad lo avistaba en la orilla, rodeado de compradores, sabía que tenía que atracar.

Una primera alondra, invisible a simple vista, planeaba a gran altura sobre los campos de trigo en las proximidades de Hetzfeld, cantando alegremente. La Excelsior Kavalier resplandecía. Konrad se imaginaba a Julius como Colón y a sí mismo como el timonel de su carabela. Aunque en realidad para él ya no había nada nuevo que descubrir en el Meno: este desembocaba en el Rin y el Rin era el río más grande del mundo; discurría ancho y majestuoso junto a castillos y altos montes y cobijaba a las sirenas que, incluso por aquel entonces, trataban de seducir con sus cantos a hombres como ellos para llevarlos a la ruina. Y más adelante el Rin abandonaba Alemania y se internaba en países donde hablaban otro idioma. Schramm le había contado que en los Países Bajos se ramificaba en nada menos que ocho ríos, todos ellos con diferentes nombres, a cuya vera se alzaban las fabulosas y prósperas ciudades holandesas, Haarlem, 's-Hertogenbosch, Gouda y Doort, todas construidas sobre maderos procedentes de territorio franco.

—¡Julius! —exclamó Konrad.

Julius alzó la vista.

—La presa de Lohr.

Julius asintió con un gesto de cabeza, cerró su libro y se subió encima de la pila de cajas. Calzaba unos botines con cordones, lo suficientemente fuertes como para caminar con seguridad sobre los troncos, no demasiado pesados para ir en bicicleta y con el toque formal justo para sus reuniones de negocios. A Konrad siempre le había llamado la atención la cantidad de ropa de Julius, quien parecía tener una prenda diferente para cada ocasión. Y todo era elegante y al mismo tiempo práctico. Una camisa de pliegues planos y una chaqueta de piel de topo para las tertulias del café Krone. Una capa vulcanizada para cuando llovía. En invierno, un abrigo largo de espiguilla, y sombrero y guantes de piel de cordero. En otoño, en cuanto bajaba la temperatura un par de grados, a Konrad le llamaba la atención que cada día se cambiase de traje y abrigo; incluso llegó a sospechar alguna vez que Julius conjuntaba los colores de sus prendas con los colores de la estación del año. Dinero no le faltaba, claro. Para Konrad, Julius era en cierto modo inaprensible e impenetrable. Quizá fuera eso precisamente lo que los unía: ambos compartían algo que los distinguía del resto de la gente de Wallreuth. Pero ese algo impedía asimismo que se conocieran.

La almadía, hábilmente conducida por Konrad, se adentró en el rabión; un par de transeúntes contemplaban la escena desde la orilla, esperando sin duda a que algo fallara. Pero Konrad nunca

fallaba. La balsa se sumergió en la espuma y desapareció parcialmente bajo el agua. Julius se agachó con elegancia al pasar por debajo del arco del puente, seguro de sí mismo, como un predicador en el púlpito; después le tocó a Konrad agacharse e incorporarse de nuevo para mantener el rumbo de la balsa durante el resto del rabión hasta que, unos segundos después, alcanzaron de nuevo aguas mansas.

Julius se bajó de la pila de cajas, los pies aún secos, y, haciéndole a Konrad señales con la mano, volvió a sentarse y abrió el libro de caja en el lugar que había marcado con el dedo.

Durante aquel viaje sucedieron entre ellos más cosas de las que Konrad había imaginado.

Llegados a Ludwigsbad, Julius, que se había adelantado hasta allí en bicicleta, no lo esperó en compañía de los granjeros o comerciantes interesados en comprar los maderos o las cestas — de los que aún había de sobra en la balsa—, sino con una chica. A Konrad esa mujer no le pareció particularmente atractiva ni de aspecto saludable, pero sin duda vestía con elegancia, y, cuando Julius se la presentó, fue consciente de que era la primera vez en su vida que se encontraba en compañía de una persona de ilustre cuna. La joven se llamaba Thekla von Wiedenhause.

Julius le comunicó que la señorita los acompañaría un trecho en la balsa. En Volkach tomarían el barco de vapor de regreso. Él dejaría su bicicleta en Ludwigsbad, para que las almadías pudieran continuar sin perder tiempo, y las alcanzaría después.

Aquel tramo del Meno era tranquilo y la travesía transcurrió sin incidentes. Julius se sentó con su señorita encima de la pila de cajas en la parte delantera de la almadía y Konrad permaneció en el otro extremo para no oír sus conversaciones. Julius iba señalando con el dedo los lugares de interés —el castillo Klingenburg, el monte Vogelsberg— y ella escuchaba sosteniéndose de vez en cuando el sombrero cuando se levantaba la brisa. La cinta azul celeste del sombrero revoloteaba graciosamente. La señorita iba sentada muy erguida y Konrad tuvo tiempo de fijarse en ella. Así, vista de espaldas, le pareció más atractiva. El traje de verano con la chaquetita entallada le favorecía. Sus amplias faldas blancas le hacían semejar un cisne posado sobre las cajas para cuidar de los huevos de Wallreuth.

Konrad creyó ser testigo del primer encuentro de Julius Durlacher y su futura novia. Ya le tocaba, porque seguía soltero, al igual que él. Julius iba sentado muy erguido, en una postura un poco forzada.

En Volkach, Julius le dijo que iba a dar un paseo con su amiga hasta la cima de la colina para visitar el famoso santuario de Maria im Weingarten. Quizá no volvería a reunirse con él hasta el día siguiente, porque Julius nunca dormía en la balsa, sino en las tabernas que solía frecuentar su padre en sus viajes de negocios.

Konrad, tumbado boca arriba, contemplaba las estrellas. El cielo en la noche despejada era casi negro. Las estrellas no eran sus amigas, siempre las había visto como símbolos de lo inmutable, y aquello que no cambiaba nunca no era bueno para él. Tal como estaban las cosas ahora, lo único que cambiaba era él mismo, sencillamente porque se hacía mayor, lo cual no tenía ningún mérito, porque eso le sucedía a todo el mundo. Sentía que no había logrado gran cosa en la vida hasta

aquel momento. Había nacido, sí, al igual que Napoleón, Beethoven y Julio Verne, pero ahí se acababa toda coincidencia.

Konrad tenía el sueño ligero y cualquier cosa que sucediera en las proximidades de la balsa, por nimia que fuera, lo desvelaba. Si una lechuza sobrevolaba la balsa, la oía. Si se levantaba el viento o cambiaba de dirección, lo notaba. Si el monótono murmullo o chapoteo del agua bajo los maderos se detenía, aunque solo fuese por un segundo, él permanecía despierto hasta comprender por qué. Incluso una estrella fugaz le hacía abrir los ojos, a pesar de que normalmente, en cuanto levantaba la vista, ya había desaparecido.

Así que enseguida se dio cuenta de que una luz se aproximaba a gran distancia por la margen del río. La zigzagueante luz oscilaba de manera errática. Konrad comprendió de inmediato que ese fuego fatuo era la lámpara de carburo de la Excelsior de Julius.

Julius estaba borracho. Arrojó su bicicleta en los matorrales y se subió tambaleante a los maderos. Ojalá no se tuerza un tobillo, pensó Konrad.

—Tu luz —le dijo, porque seguía encendida, iluminando absurdamente una parte de los matorrales.

—Qué más da —masculló Julius, y se sentó a su lado.

Julius estiró la manta para taparse mejor y no perder calor, porque la noche era fría y hacía humedad.

—¿Qué te ha parecido ella? —le preguntó Julius—. Me refiero a Thekla.

Konrad permaneció en silencio reflexionando sobre lo que le iba a contestar. Guapa no le había parecido, aunque, por otro lado, le había causado una buena impresión cuando los acompañó en la balsa. Y no sabía qué sentía Julius por ella.

—Me ha parecido... elegante.

—Lo es. Pero eso carece de importancia.

—¿Y qué es lo que importa, entonces? —preguntó Konrad.

Julius se rio por lo bajo y volvió a ponerse en pie para ir a buscar la lámpara de carburo de su bicicleta. Dio un mal paso y estuvo a punto de caerse entre la orilla y la balsa. Le sucedía algo, como si afrontara un conflicto interior, aunque Konrad no supiera exactamente qué. Julius había ido a buscar la lámpara porque no tenía sentido dejarla encendida, pero había algo más en juego en su comportamiento, algo completamente imprevisible.

Otra estrella fugaz cruzó el cielo, pero Konrad alzó la vista demasiado tarde para pedir un deseo.

Julius volvió a sentarse a su lado y soltó la lámpara.

Había algo curioso en el rostro de Julius. Era un rostro de rasgos finos y regulares, podría considerarse incluso atractivo, aunque no llamaba la atención. Era ligeramente redondo e indefinido. No era la cara de un hombre que sepa cuál es su sitio. Era medio campesino, medio caballero. Quizá también medio hombre y medio mujer.

—Estuve con ella en Maria im Weingarten —dijo Julius—. Aunque aquello era una excusa, y ella también lo sabía.

Konrad no dijo nada. Si Julius quería contar algo, era asunto suyo. Julius guardó silencio un buen rato, como si estuviera esperando su reacción.

—La he poseído —añadió. Y, como Konrad seguía sin reaccionar, entró en detalles—: Sabes, la posición social y la educación no importan. Una mujer es una mujer. Solo que con una

señorita de esta categoría uno se enfrenta con bastante más ropa interior. ¿Sabes todo lo que llevaba debajo de las faldas?

Konrad no lo sabía, ni quería saberlo. Lo que sí supo, desde un principio, era que Julius le estaba mintiendo.

Julius no se había acostado con Thekla von Wiedenhause y lo que le estaba contando en aquel momento era tal vez su manera de canalizar su frustración. En las tertulias de taberna, Konrad había oído a muchos hombres jactarse de sus conquistas, y de alguna manera siempre supo si lo que contaban era verdad o pura fanfarronada. Él nunca participaba de eso; además, tampoco habría podido hablar con conocimiento de causa.

Julius se echó a reír y colocó una mano sobre la manta de Konrad.

—Bueno, la naturaleza... somos lo que somos y no podemos ser de otra manera. ¿Tú nunca tienes problemas con eso? ¿No te importa estar soltero y pasarte meses solo en el Meno?

—No —repuso Konrad.

Julius retiró su mano rápidamente.

—Ah... bueno, pues yo estoy cansado. No creo que encuentre ya alojamiento en el Engel de Volkach.

—Te dejo mis mantas... —dijo Konrad, y se puso en pie—. Dentro de una hora amanece y debemos partir a tiempo.

Julius no contestó. Estaba tumbado boca arriba, inmóvil, con medio cuerpo encima del jergón de Konrad y el otro medio encima de la rendija entre dos maderos. Tenía los ojos abiertos, pero era como si ya no viese nada.

Al día siguiente, durante el trayecto hacia Würzburg, Julius se mostró triste y de mal humor. Ayer bebió demasiado, pensó Konrad, y no está habituado a dormir al raso. Quizá era eso. Julius, enfurruñado, se pasó horas sentado sobre la pila de cajas, mirando en sentido contrario a la marcha de la balsa.

—No te pongas de pie —advirtió Konrad—. Puente.

—¡No me digas lo que puedo y no puedo hacer! —exclamó Julius con voz ronca y, una vez bajo la sombra de la bóveda de piedra, añadió—: Lo sé mejor que tú, paleta.

—Sí, señor Durlacher —respondió Konrad, lo cual era lo más insolente que había dicho jamás.

—Sabes, creo que debiera despedirte —dijo Julius.

Justo pasado el puente había una curva estrecha, uno de los pocos momentos en que era necesario controlar la conducción de la almadía; Konrad se acercó a Julius con el bichero en alto.

—¡No te atrevas...! —amenazó Julius mientras se ponía en pie.

—¿Cómo? —exclamó Konrad. Hincó el gancho del bichero en el lecho del río, junto al tronco más exterior, lo sujetó con ambas manos a gran altura sobre su cabeza y se colgó de él. A modo de protesta, el agua empezó a arrojar espuma mientras la balsa se deslizaba por delante del bichero obligada a ladearse para tomar la curva interior. Como dijo Robur el Conquistador de Julio Verne: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo».

*En su trigésimo segundo cumpleaños, se convirtió en un héroe.*

*La Gran Guerra azotaba y Julius combatía como oficial de reserva en Francia.*

*Konrad no quiso hacer el servicio militar voluntario, luchar no iba con su temperamento, y además se requerían hombres que mantuvieran la empresa funcionando para ayudar a la industria armamentística. A las mujeres las ponían a fabricar granadas y rodamientos en las fábricas de Schweinfurt. Incluso a una medio ciega como Evchen la habían colocado. Pero lo que no podían hacer ellas era talar árboles o conducir la maderada.*

Los hombres reunidos en el Krone escuchaban con respeto lo poco que Julius estaba dispuesto a contar sobre sus experiencias en el frente. Había adelgazado y su mirada, antes siempre un poco apagada, brillaba como si tuviera fiebre. Estaba de permiso y en un par de días debía regresar a su regimiento, que en aquel momento se encontraba a orillas del Marne. Hinzpeter había sido declarado desaparecido, todo el mundo lo daba por muerto.

—¿A orillas del Marne? —preguntó el viejo Schramm, exaltado—. Pero ¿no es ahí donde hicimos picadillo a los franchutes? ¿Cerca de Villiers?

—Eso fue en la guerra anterior —contestó Julius, y masculló algo acerca de los globos de observación, los refuerzos procedentes del este y una próxima ofensiva, sin contar mucho más de lo que los hombres ya sabían por la información que leían en el *Bamberger Tageblatt*. Después se encogió de hombros, un gesto de indiferencia que venía a indicar que en realidad no tenía mucho que contar sobre la guerra. A continuación guardó silencio.

—Estoy orgulloso de mi hijo —dijo Durlacher pasándole el brazo por los hombros— y de la Cruz de Hierro que le han concedido. Caballeros, ¡brindemos por Julius!

—¡Por Julius! —exclamaron todos, y bebieron.

Ekkehart se puso en pie, cogió su tenedor y golpeó con él su jarra de cerveza. Se estiró la chaqueta en la que relucían dieciocho botones grandes. El tablero de la mesa le llegaba a medio muslo.

—Caballeros. Compañeros. Señor Durlacher —empezó de forma solemne.

—Venga ya, Ekkehart. ¿Qué tienes que contarnos? Suéltalo de una vez —requirió Durlacher.

—Lo que tengo que contaros es una historia. Una historia de coraje y hombría. Se trata del acto de un joven almadiero, muy lejos del frente.

—Coraje y hombría, eso es lo que la patria necesita hoy más que nunca —intervino Durlacher—. Continúa, o mejor dicho: empieza.

Ekkehart se llevó las manos a la espalda, como si ahí pudieran hacer el menor daño, y frunció el ceño. Al parecer, las primeras frases de su discurso se las había aprendido de memoria:

—Desde tiempos inmemoriales, el Meno es el territorio de nuestros almadieros. Ya era así en época del bienaventurado emperador Barbarroja. Nuestro árbol genealógico está hecho de troncos de árboles.

—¡Bravo! —exclamó Heinrich Halder.

—Todo el mundo conoce bien las hazañas de nuestro ejército imperial —prosiguió Ekkehart—, pero hoy quisiera conmemorar una que tuvo lugar muy lejos del frente, pero que igualmente merece ocupar un lugar en los anales... los anales...

—¿De Wallreuth? —salió en su ayuda Durlacher.

—Los anales de Wallreuth, así es, señor Durlacher, muchas gracias.

Justo pasado Hallstadt se habían encontrado con el inevitable remolcador de vapor que remontaba el río lentamente arrastrando cinco barcazas. A causa del viento cambiante y las curvaturas del Meno, el remolcador cubría las colinas verdes que flanqueaban el río con penachos de humo, como un rey del Averno que arrastra su capa gris sobre los rostros de los pueblos subyugados.

Delante de las almadías de Durlacher iba un barquito con una bandera de advertencia, remado por un muchacho de catorce años.

Rode Peter, el capitán del remolcador de vapor, había sido pues advertido y tenía tiempo y espacio suficientes para apartarse, pero no lo hizo. Avanzó en línea recta por el centro del río haciendo sonar su sirena en un tono burlón, a pesar de que a las almadías —una hectárea de madera que se extendía a lo largo de cientos de metros— les era imposible cederle el paso. La onda de proa desestabilizó la barquita de remos y esta volcó, con bandera y todo. El remolcador chocó contra la primera balsa descomponiéndola como si fuera un cajetín de cerillas. El viejo Schramm cayó al agua.

La de Konrad era la siguiente en la fila.

¿A qué viene ahora esta historia?, se preguntó Konrad. Todo el mundo la conoce, menos Julius. Él no se sentía un héroe. Había logrado situar su almadía, justo a tiempo, en diagonal con la corriente del río. Había visto pasar a su lado el puente de mando del barco de vapor, un bastión remachado, y las caras burlonas de Rode Peter y sus hombres. El remolcador ya casi había pasado, su onda de proa lo llevaba cada vez más lejos, y vio cómo el cable que arrastraba las barcazas se sumergía y volvía a tensarse. Las grises nubes de humo le impedían ver Bischberg en la otra orilla. Entonces aferró su bichero con ambas manos, corrió hacia el barco de vapor que pasaba a su lado y saltó encima de él.

Hoy es mi cumpleaños, pensó Konrad cuando estuvo en el aire, agarrado a la punta de su bichero.

Aterrizó sobre sus pies en la cubierta de popa del remolcador, vio la brea en las juntas de las tablas y alzó la vista hacia las caras perplejas que lo miraban por la luneta trasera de la fortaleza remachada.

—Y así pues, compañeros, caballeros, señor Durlacher, teniente Durlacher, un hombre de Wallreuth abordó la flota enemiga él solo, sin ayuda de nadie.

Konrad no levantaba la vista de su jarra de cerveza. Por qué hablaban ahora de eso cuando Julius, que había vivido más que todos los presentes, se lo guardaba todo para sí. Recibir elogios en esas condiciones era algo vacío. Recordó que incluso se había sentido un poco decepcionado cuando se dio cuenta de que era capaz de realizar el tipo de hazaña que conocía de los libros de Julio Verne. Tan extraordinario no era, pues, eso de ser un héroe.

—Sacó a rastras a Rode Peter de su timonera y lo lanzó por la borda. Pero además... al mismo tiempo...

—La amarra del remolcador —intervino Heinrich Halder.

—Exacto. ¡Con la audacia de un Spee o un Störtebeker detuvo el remolcador de vapor y soltó amarras!

Los hombres lanzaban vítores tamborileando sobre la mesa a modo de aplauso.

Las demás balsas pasaron, y cuando los otros miembros de la tripulación vieron que las figuras gigantes de Halder y Ekkehart abordaban el remolcador, se lanzaron al agua. La victoria fue completa. La barquita de remos, con la bandera de advertencia fue rescatada y sacaron del agua a Schramm y al muchacho, que no dejaba de tiritar.

La flota continuó su viaje bajo las gloriosas nubes estivales. Adelantaron triunfantes las barcazas que Konrad había entregado al río.

—¿Y dónde está la bandera del enemigo? —preguntó acalorado el viejo Schramm, que ya había bebido en exceso, y sacó de su bolsillo un gallardete de la compañía naval Wulf—. ¡Aquí está la bandera del enemigo! — exclamó, sonándose la nariz en ella.

Los hombres se pusieron en pie para palmearle los hombros a Ekkehart, quien, satisfecho, apuró su jarra de cerveza de un trago.

Toda la mesa se puso a cantar la canción que habían entonado aquel día en sus almadías, a un volumen tal que sus voces resonaron a izquierda y derecha por las colinas verdes.

—*Lieb Vaterland, magst ruhig sein! Fest steht die Wacht, die Wacht am Main!*\*<sup>✱</sup>

Los únicos que no participaron fueron Julius y Konrad.

Al cabo de un rato, Konrad se puso en pie para buscar a Julius, que hacía ya un tiempo que había desaparecido. Su gorra de uniforme y su cinturón seguían en el guardarropa, lo que indicaba que todavía no había regresado a casa. Primero echó un vistazo en la letrina situada en el terreno oscuro detrás del Krone, pero ahí no había nadie. Los postigos de la taberna estaban cerrados y, aun así, se oían fuera las carcajadas y las voces de los hombres reunidos dentro. Había estrellas en el cielo, aunque no se veían muchas, porque la noche no era clara. Después de reflexionar un instante, Konrad caminó unos cincuenta metros por un sendero estrecho, flanqueado por cañas y plantas de maíz, que bajaba hacia la ribera del río. Vio el resplandor rojizo de un cigarrillo. Ya le había llamado la atención anteriormente que Julius, que nunca había fumado, encendiera un cigarrillo tras otro.

—Konrad —dijo Julius de forma inexpresiva, como si simplemente constatará un hecho.

—Sí.

—¿Un cigarrillo?

Fumaron en silencio.

—No hacía ninguna falta —dijo Konrad.

Se refería a la celebración que los hombres habían hecho de su supuesto acto heroico, mientras que apenas habían prestado atención a Julius, que combatía en el frente.

—No importa —repuso Julius, impasible.

El cigarrillo no era redondo, sino plano, y tenía un sabor amargo.

—¿Turco?

Julius asintió con la cabeza y al cabo de unos minutos dijo:

—Después de esta guerra el mundo no volverá a ser lo que fue.

—¿Te refieres a los remolcadores de vapor?

—Sí, también —repuso Julius, y lanzó su colilla hacia la oscuridad impulsándola con el dedo pulgar y el índice—. Me voy a casa. Mañana tengo que salir a las cinco de la mañana para llegar a tiempo a la estación.



—Buenas noches —dijo Konrad—. Cuídate mucho.

—Claro que sí —respondió Konrad, y desapareció en la oscuridad.

Konrad permaneció todavía un buen rato sentado como si esperara que el vacío que había dejado Julius volviera a llenarse por sí solo, como cuando regresaba el murmullo del Rodach después de que el viento, caprichoso y cambiante, lo hubiese secuestrado durante un tiempo, o como cuando reaparecían las estrellas sobre su cabeza después del paso de una nube. Pero no sucedió. Tuvo la sensación de haber perdido a un amigo, a pesar de que nunca había podido compartir muchas cosas con Julius.

Konrad se quedó mirando el río fijamente. Algo se movió junto a los juncos, tal vez una anguila. El viento había amainado. En el agua, oscura como un cristal negro, se reflejaban un par de estrellas.

El Rodach, el Meno y el Rin confluían e iban a parar al mismo mar. Pero había otros ríos que no confluían nunca y que sin embargo desembocaban también en el mismo mar.

*La almadía era enorme. Se pasaron días ensamblando troncos y, con las instrucciones de los supervisores, el tamaño de la balsa no dejó de aumentar. Acoplaron más y más tramos hasta que la dársena de Höchst se transformó por completo en una plataforma de madera y los primeros segmentos ya alcanzaban el río, como un gigantesco recién nacido zafándose del regazo materno. Cuando Konrad enderezaba la espalda para limpiarse el sudor de la frente veía un bosque de chimeneas y grúas. Hora tras hora y día tras día hacía lo que se le mandaba y lo que había hecho toda la vida: atar troncos para construir almadías. Pero esta vez perdía de vista su parte del trabajo, porque cada cosa que hacía se diluía de inmediato en un conjunto mucho más amplio: una monstruosa serpiente de madera ensamblada que poco a poco se deslizaba hacia el río abriéndose paso entre los malecones.*

*Se necesitarían decenas, si no centenares, de hombres para conducir esa gigantesca balsa. Su destino era Holanda, hasta ahí la cosa estaba clara; y todos los troncos llevaban la marca de Durlacher. Cargaron víveres a bordo —cerveza, carne en salmuera, alubias, fruta, patatas y conservas—, como si su destino fuese un continente lejano en lugar de Róterdam. Incluso llevaban un horno para poder hacer pan fresco durante la travesía. La misma mañana de su partida llegó en tren un cargamento de paneles, algunos ya provistos de ventanas y puertas, para construir con ellos una cabina para el jefe en el centro de la almadía.*

Julius se presentó en el automóvil de su padre, un Horch grande y reluciente.

Se apeó del coche y se encaminó con paso firme hacia el muelle para examinar el trabajo del que era responsable. Vestía un traje sport marrón grisáceo de tejido mixto con un pantalón de golf y una gorra inglesa plana.

Konrad se incorporó, una mano en la espalda. Sorprendentemente, Julius lo reconoció de inmediato entre las decenas de hombres que estaban trabajando en el malecón y lo saludó con la mano alzada.

—¡Konrad! —su voz nunca había sido muy fuerte y Konrad no entendió lo que le decía, pero dedujo de sus gestos que quería hablar con él. Avisó a sus compañeros de que le reclamaba el jefe

y cruzó la plataforma de madera. Con el pie aún sobre el escalón de acero más alto, Julius le tendió la mano.

—¡Hola! ¡Ha llegado el momento! —exclamó Julius—. ¡Por fin empieza la vida!

Konrad estaba sorprendido y un poco receloso; llevaba dos años sin ver a Julius ni hablar con él.

—Mi padre me ha otorgado poderes, tengo las manos libres para llevar los negocios como considere conveniente. Y ya ves, yo me tomo las cosas en serio. Esta es la primera balsa de la empresa Durlacher con destino a Holanda. Estoy en tratos con un «barón del puerto» de Róterdam.

—Me alegra verte de nuevo —respondió Konrad.

—Y seguramente ya te habrás enterado de que me caso, ¿no?

—No, no lo sabía. Enhorabuena.

—La hija de Melzer, de Melzer&Unruh de Schweinfurt. Una empresa de rodamientos. Un buen partido.

—¿Cómo se llama ella?

—Bueno, su hermana se llama Gloria, que es un nombre bonito... ella se llama Hermine.

—Enhorabuena —repitió Konrad.

La mirada de Julius iba saltando alternativamente de la almadía en el puerto a la cara de Konrad y a su Horch. No era capaz de estarse quieto ni de callar un segundo. Hablaba sin parar del futuro del comercio maderero, de los tratados internacionales que serían bendecidos por el arzobispo de Bamberg y de su viaje en automóvil siguiendo el curso del Meno. Konrad permanecía allí de pie con la gorra en la mano sintiéndose un poco incómodo. Se preguntaba qué habría hecho él para merecer todas esas atenciones. Julius seguía siendo un hombre difícil de entender.

—Konrad, tú te vendrás conmigo, por supuesto... Juntos recorreremos el Rin. ¡Maldita sea!, ese carro de ahí le va a dar a mi coche... ¡Eh, vosotros! ¡Idiotas!

Y con esas palabras Julius le dejó plantado y se fue corriendo.

El Rin. A Konrad le dio vueltas la cabeza mientras bajaba la empinada escalera de acero. Saltaba los peldaños colocando únicamente una mano o un pie al mismo tiempo. El hecho de que siguiera sujetando la gorra lo volvía aún más complicado, pero de eso no se percató hasta que llegó abajo. El Rin. Había llegado el momento. Iba a suceder.

Se puso la gorra, se limpió el óxido de las palmas de las manos y se subió a la inmensa plataforma de maderos. La almadía había aumentado su tamaño incluso durante el poco rato que había estado hablando con Julius. Parecía increíble que esa península de madera pudiera desplazarse por el río. A la caída de la tarde el trabajo llegó a su fin. La almadía estaba lista a orillas del Meno, con sus cuatrocientos metros de longitud y sus más de cuarenta metros de anchura.

Cuando el Meno dobló hacia el norte, la parte delantera de la balsa desapareció de la vista. Konrad vio las torres de la catedral de Mainz y supo que estaban a punto de alcanzar el Rin.

A pesar de que hacía un precioso día de verano, Julius se había retirado a su cabina privada para descansar unas horas.

La anchura del Rin era impresionante. Frente a él se extendía una gran superficie de agua de un color verde grisáceo, señalizada con una larga sucesión de balizas que indicaba el canal de navegación. Hacia el oeste, muy a lo lejos, se divisaba una cadena azul de colinas; quizá aquello ya era Francia. Konrad nunca había visto semejante tráfico fluvial, tanto río arriba como río abajo: este era el gran mundo. Vio remolcadores de vapor tirando de barcazas cargadas de mena, un buque de pasajeros blanco como la nieve, una enorme draga junto a la orilla, dos pontones que se cruzaban en el centro del río. De las laderas cubiertas de viñedos subían columnas de humo, y bajo el sol brillaban todo tipo de aparejos. Al otro lado, una vía de ferrocarril discurría paralela al río, y un poco más abajo una carretera seguía la orilla; una locomotora arrastraba una hilera casi infinita de vagones de mercancías; en la carretera, los automóviles que circulaban por los carriles contrarios se cruzaban sin dificultad. Y Konrad percibió un sonido que no había oído nunca antes: el valle del Rin emitía un zumbido, producido por la incesante actividad. Era como si se desarrollase allí toda una vida cuya existencia él ignoraba. El cielo no era diferente del que había sobre el Meno, pero aquí desempeñaba un papel menor. Las blancas nubes de verano estaban a lo sumo de visita oficial; no dominaban el paisaje.

El Rin era majestuoso y Konrad comprobó con satisfacción que a la almadía se la respetaba. El mastodonte que ahora penetraba en el Rin era tan inmenso que obligaba al resto del tráfico fluvial a apartarse.

—Impresiona, ¿eh? —dijo Julius poniéndole una mano sobre el hombro—. *It's all business as usual*, pero una cosa así no se vive cada día, la verdad.

—Julius —dijo Konrad en voz baja—. Aquí está. El Rin.

—Sí, claro —repuso Julius, riendo—. El Rin.

Al caer la noche atracaron en las inmediaciones de Ingelheim. Unos braseros, colocados aquí y allá, ayudaban a los hombres a encontrar sus espacios para dormir. La almadía semejava un pueblo con su propio alumbrado público. Tan grande era que el resplandor del río parecía el de un mar lejano.

Konrad, con el petate sobre el hombro, se encaminó solo hacia el extremo delantero de la balsa para dormir lo más cerca posible del Rin.

Se sentó y metió una mano en la fría corriente. Él no era más que un almadiero que hacía el mismo trabajo que habían realizado miles de hombres antes de él, todo aquello no era tan extraordinario; y, sin embargo, sabía que jamás volvería a sentirse tan feliz como en aquel instante.

Las luces de Ingelheim y las de las laderas se reflejaban en el oscuro río. Los maderos bajo sus pies estaban dispuestos en filas, como soldados reclutados para hacer el servicio militar en el extranjero.

De niño había creído que en Holanda existía de verdad un bosque franco subterráneo. Se imaginaba que el bosque estaba boca abajo, como los árboles que se reflejaban en el estanque de Wallreuth, y que sostenía las casitas holandesas sobre sus raíces.

Se palpó el bolsillo en busca de la bolsa de tabaco y las cerillas. Dónde dormir y cuánto tiempo era asunto suyo. Estaba en el Rin y era libre. Para eso no hacía falta una revolución rusa o una guerra mundial.

—¿Konrad?

Era Julius, inclinado sobre él.

—¿Te has dormido ya? Ven a mi cabina, que quiero enseñarte una cosa.

\* \* \*

Qué habrá querido enseñarme, se preguntó Konrad cuando, a media noche, regresó a su lugar para dormir. Julius no había hecho más que hablar y descorchar una botella tras otra. El vino se lo había servido en una copa de cristal tallado. Konrad se alegraba de que la valiosa copa no se le hubiera volcado o caído al suelo. Eso sí, Julius le había enseñado la lámpara eléctrica que funcionaba con batería y su catre cubierto con una piel de oso que según él había cazado con su suegro en una cacería. Pero ¿qué quería Julius de él? Ahora que eran adultos ya no tenían nada en común. Julius era el jefe y él un empleado, eso era todo. Además, Konrad prefería la cerveza al vino. Durante aquel rato incluso se había sentido incómodo por estar en un lugar donde no quería estar; le hubiera gustado pasar su primera noche en el Rin encima del madero más extremo de la parte delantera, muy cerca del río, y no en aquella comfortable cabina que Julius se había hecho construir.

Konrad pasó con cuidado por encima de los hombres que dormían envueltos en mantas. Cuando salió de la cabina, Julius había apagado la lámpara eléctrica. Por el este asomaban ya las primeras nubes y todavía brillaba alguna estrella, como la cabeza de un clavo martillado.

De repente alguien lo agarró del tobillo.

Konrad miró hacia abajo.

—¿Lo has dejado satisfecho? —preguntó una voz ronca y empalagosa—. Si quieres más... échate aquí a mi lado.

Konrad no conocía a aquel hombre, no era un almadiero. Debía de ser uno de los operarios que habían sido contratados en Höchst.

Pero Konrad tampoco se conocía a sí mismo, porque hizo una cosa que jamás hubiera pensado que sería capaz de hacer. Plantó su zapato de púas sobre la cara del hombre y siseó:

—Suelta.

—Ah, te gusta que te den, ¿no? —dijo la voz debajo de su zapato—. Bueno, pues a mí también.

El hombre seguía sujetándolo por el tobillo.

Entonces Konrad le pateó la cara.

El hombre soltó el tobillo, rodó hacia un costado y se agarró la cabeza gimiendo de dolor.

Konrad lo pateó de nuevo.

Aquí y allá se incorporaron hombres debajo de sus mantas. Bajo la tenue luz de los braseros vio unas caras feas, como las de los bolcheviques que después de la guerra habían agitado Wallreuth. Caras proletarias, marcadas por el alcohol y el trabajo duro. Lo miraban con una especie de desprecio soñoliento. Al parecer había algo en él que despertaba la hostilidad de ese tipo de gente. Quizá era eso a lo que se había referido el viejo Durlacher cuando en cierta ocasión dijo de Konrad que «sus modales eran superiores a lo que le correspondía por su posición social». En aquel momento sintió que, a pesar de todo, él estaba mucho más cerca de un hombre como Julius que de esos brutos.

Buscó su lugar para dormir, se envolvió en su manta y se durmió en el acto.

Cuando lo despertaron las campanas de la iglesia de Ingelheim, vio el Rin, inverosímilmente ancho y silencioso, fluyendo a su lado bajo la fina bruma matinal.

Los primeros castillos, que se alzaban a lo lejos sobre las cumbres de las colinas, no lo impresionaron tanto como había imaginado. Toda su atención estaba centrada en el manejo del «gran perro», el madero que se colocaba en posición oblicua respecto a la dirección de la corriente para maniobrar la balsa. Entretanto, Konrad había aprendido que «Hessenland» significaba estribor y «Francia» babor. El timonel daba instrucciones por un megáfono desde una torre situada en la parte trasera de la balsa.

A Konrad no le importó no ver apenas los castillos medievales con los que había soñado de niño ni que muchos de ellos no fueran sino unas ruinas de escasa altura. Él era como un novio que se toma las cosas a la ligera en su noche de bodas, incluso si la novia no cumple con sus expectativas. Aquello era el Rin.

Julius caminaba de un lado a otro enfundado en un traje blanco de lino, un cigarrillo sujeto entre los labios.

—¿Cuántos hombres hay a bordo, Julius? —gritó Konrad.

—¡Ciento noventa y ocho, según mi registro! —respondió Julius satisfecho.

Era un día de otoño casi sin viento y la gran flota pasó sin esfuerzo por delante del temido Binger Loch.

Los gancheros que conocían el río pegaban de vez en cuando un grito en aquellos lugares con pendiente que sabían que producían eco. Una almadía como aquella, que ocupaba el Rin hasta donde alcanzaba la vista, y a la que cualquier embarcación debía ceder el paso mientras avanzaba por los meandros del río, era uno de los objetos móviles más grandes jamás fabricados por el hombre. Ningún transatlántico podía medirse con ella. Eran un país de camino a otro país.

Los hombres, alborotados, gritaron a pleno pulmón cuando pasaron por delante de la Roca Loreley. Esta era una costumbre centenaria de la que participaba todo el mundo. El objetivo era despertar del sueño a la seductora ninfa, o más bien, mofarse de ella. Porque ¿qué peligro podría entrañar ahora la ninfa para una almadía tan poderosa como aquella?

Puede que se debiera a un error del timonel y a la gran cantidad de cerveza que habían bebido los hombres al mediodía, pues las rocas invisibles en aquel tramo del río habían sido cartografiadas todas ellas hacía siglos. O puede que el obstáculo fuese una barcaza recientemente hundida.

La parte trasera de la almadía tomó una curva demasiado abierta, se aproximó a la orilla y se arqueó como levantada por una ballena. Las jarcias y cuerdas que la mantenían ensamblada se rompieron y los maderos empezaron a separarse. Los hombres cayeron al vacío que se abrió frente a ellos. Algunos se agarraron de inmediato a la almadía, como pájaros carboneros a una rama, y volvieron a subirse. Los hombres situados en la parte central se apresuraron hacia la parte de atrás, a pesar de que el timonel les gritaba que se quedaran todos en sus puestos para mantener el rumbo. Loreley era una pared de roca gris e impenetrable. Rescataron a muchos que en realidad no

necesitaban ayuda, pero un hombre que había quedado atrapado entre los troncos rodantes se soltó y quedó a merced de la corriente.

Julius corría por la almadía como un atleta de camino a los Juegos Olímpicos de verano en Ámsterdam.

Para asombro de Konrad, Julius se lanzó al agua. Lo hizo con elegancia, las manos extendidas hacia delante y los zapatos blancos muy juntos. Por un instante asomó bajo la superficie del agua —parecía un pez alejándose a toda velocidad de la almadía, que avanzaba sin parar—, hasta que el ángulo de la luz les impidió verlo.

Konrad estaba empezando a quitarse los zapatos cuando Julius emergió con el náufrago en los brazos. Agarró una de las cuerdas arrastrada por los maderos sueltos y fue alzado a bordo junto con su presa.

Era el hombre que había acosado a Konrad la noche anterior.

Tenía el rostro aún hinchado y lleno de rasguños, aunque no era ese su mayor problema: estaba inconsciente y sus piernas dobladas, dentro de las anchas y chorreantes perneras de su pantalón, formaban un extraño ángulo. Konrad le presionó el tórax rítmicamente en un intento de hacerle recobrar la respiración, pero no sucedió nada.

—Déjame a mí —dijo Julius, que entretanto había recogido su sombrero de paja. Se arrodilló junto a la víctima y apretó los labios contra su boca. Apoyado sobre una mano y un codo, sostenía al mismo tiempo su sombrero en alto, como si se hubiera propuesto mantenerlo seco.

Esto parece una película de Charlie Chaplin, pensó Konrad. Charlie besa a su novia y, a cada beso, se queda sin aliento. Los demás hombres, que nunca habían presenciado una respiración boca a boca, contemplaban la escena con desconfianza, hasta que el náufrago tomó una primera bocanada de aire emitiendo un sonido áspero y seguidamente comenzó a respirar por sí solo.

Julius se puso en pie y miró a su alrededor con una expresión de desdén. Era como si, después de ganar el Premio Nobel, lo hubiera rechazado. Se puso el sombrero y enderezó el ala. Le lanzó a Konrad una mirada fugaz, como diciendo: también yo soy capaz de alguna hazaña. Y a continuación se marchó, las manos en la espalda empapada. Los hombres le cedieron el paso. La Roca Loreley había desaparecido de la vista.

Se vieron obligados a atracar en Coblenza. Unos militares con uniforme azul pertenecientes a las fuerzas invasoras francesas subieron a bordo para inspeccionar la balsa.

Julius tuvo que enseñarles todos los papeles y los militares examinaron el cargamento y las pertenencias personales de la tripulación. A los hombres no les gustó nada que casi todos los soldados fueran africanos y que no hablaran ni una palabra de alemán. La mayoría de los almadieros no había visto jamás un hombre negro y les molestó que los soldados hurgaran en sus baúles y petates.

Un gigantesco senegalés sostuvo en alto el libro que Konrad llevaba consigo.

—Ah, Julio Verne —sonrió—. *Bon!*

—*Bon!* —repuso Konrad.

Konrad pensó que no solo acababa de ver a su primer negro, sino que además había pronunciado por primera vez una palabra en una lengua extranjera.

Julius se comportó con los militares con extrema cortesía e incluso se tomó una copita de *schnaps* con los oficiales. Konrad lo oyó conversar con ellos en perfecto francés. Para Konrad aquello fue como oír de repente un gallo zurear como una paloma. Algunos de los almadieros se mostraron adustos y hostiles; otros, por el contrario, intentaban confraternizar con los exóticos intrusos dispersados ahora por la almadía, eran principalmente trabajadores los temporeros procedentes de Frankfurt y Höchst, no los almadieros francos. Pero los *tirailleurs sénégalais* hacían caso omiso; ellos eran los invasores y no querían saber nada de las tentativas de acercamiento de un enemigo al que habían vencido.

Konrad se guardó *El piloto del Danubio* y, para distraerse, se puso a tallar una figurita de madera.

Oyó que Julius preguntaba: «*Douaumont? Reims?*» y que uno le respondía: «*Non, Chemin des Dames...*»

—*Chemin des Dames, mon capitaine?* —dijo Julius—. *Moi aussi. J'étais avec la division Bavarien du Général Boehn, à Hurtebisse...*

—*Hurtebisse? Mais, dis donc... Hé, Senghor, viens ici!*

El sargento que había examinado las pertenencias de Konrad regresó e hizo el saludo militar. Era un hombre orondo y muy corpulento, la túnica azul le ceñía el vientre y la ancha espalda hueca.

Konrad no necesitaba conocimientos de francés para entender lo que dijeron a continuación.

—*Voici mon Croix de Guerre, Monsieur.*

—*Voci mon Croix de Fer.*

Aquella tarde Julius vino a buscarle.

—Ven, Konrad, tengo una sorpresa para ti. Algo muy especial. Hoy es mi cumpleaños.

—¿Cuántos cumpleaños? —preguntó Konrad.

—Cuarenta. Igual que tú.

Recorrieron la almadía de un extremo a otro. Solo el tramo trasero estaba amarrado al muelle; el resto se extendía río abajo como un malecón. Parecía un campamento nómada abandonado, ahora que la mayoría de los hombres se habían ido a Coblenza en busca de distracción. La oscura estatua ecuestre del emperador Guillermo vigilaba desde su pedestal la confluencia del Mosela y el Rin, pero Konrad no tardó en perderla de vista porque seguía a Julius cuesta arriba por los empinados callejones que llevaban al barrio de las tabernas.

Julius había bebido, eso era obvio, pero no estaba borracho. Estaba deseando enseñarle algo a Konrad y le metía prisa, como si el objetivo de la visita fuese una escena que fuera a durar poco. Konrad aligeró el paso para poder seguirle. Los callejones eran cada vez más angostos y olían a orina y a peligro.

—¿Julius! ¿Cuánto falta? —preguntó Konrad sin aliento—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Ya queda poco —repuso Julius—. Llegamos enseguida.

Se detuvo y tocó un timbre.

Era una casa de aspecto anodino, pero, nada más entrar, a Konrad le dio una impresión muy distinta.

Una mujer corpulenta los recibió en un pequeño salón con las paredes adornadas con cornamentas de ciervo. Llevaba un vestido de noche de raso y tafetán, muy escotado. A su lado, sentada en el sofá, una chica joven pelirroja en ropa interior pelaba una naranja.

—Ah, ya ha vuelto usted por aquí —dijo la mujer—. Ellos siguen arriba.

Julius le hizo una señal a Konrad y subieron por una escalera muy empinada, como las que, según decían, abundaban en Holanda, aunque estuvieran aún en Coblenza. Olía a humedad. Oyó una música de piano.

—Julius —dijo Konrad, y se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Julius por encima del hombro.

—No sé si esto me apetece. ¿Estamos en... un burdel?

Julius se echó a reír:

—¿Y qué? Son muy hospitalarios en esta casa. Ven... ¿no te había prometido una sorpresa?

—¿Qué clase de sorpresa? —inquirió Konrad, y se detuvo en el descansillo.

—¡Venga, hombre! —Julius lo esperaba, desplegando todo su poder de persuasión, con un pie sobre el escalón más alto y el dedo pulgar señalando hacia arriba—. Ven conmigo y te enseñaré algo de Wallreuth que jamás has visto.

—Yo lo sé todo de Wallreuth —contestó Konrad—. ¿Qué voy a encontrar aquí?

—Ven conmigo y lo sabrás —dijo Julius.

Konrad lo siguió. Tal vez no tendría que haberlo hecho, pero lo hizo. Lo acompañó hasta el piso de arriba. Había cuatro o cinco puertas contiguas, con la pintura descascarada. No había mucho que ver en aquel pasillo escasamente iluminado por una lamparita de gas, pero sí mucho que oír: el siseo de la lámpara, gemidos, ruidos sordos, el crujido de una cama.

—No quiero estar aquí —insistió Konrad.

—Sí quieres —le susurró Julius—. Ya verás como sí, presta atención.

Julius abrió una de las puertas y tiró de Konrad.

Lo primero que este vio fue un senegalés enorme con el pantalón de uniforme azul caído hasta las botas. A continuación, reparó en la mujer desnuda sentada en el borde de la cama revuelta.

—Mira —susurró Julius, ronco, y lo empujó hacia delante—. Un souvenir de Wallreuth...

La mujer, extremadamente blanca y rubia, sostenía el miembro del negro en la boca.

El hombre movía el bajo vientre rítmicamente, sosteniendo su gorra de uniforme en la mano que reposaba sobre la cadera, como si todo aquello no fuera sino una breve pausa en su rutina cotidiana.

También la mujer hacía lo que hacía con cierta indiferencia. De vez en cuando le venían arcadas y se apartaba de la cara los cabellos rubio trigo, como si estuviera realizando una faena repugnante, pero con la que estaba familiarizada.

—Bien, y ahora ¿qué me dices, eh? —preguntó Julius con una sonrisa de oreja a oreja—. Si te apetece un servicio a ti también... ¡he pagado para toda la noche! —Se quitó la chaqueta y se bajó los tirantes del hombro—. Ella ya está completamente ciega, ¿no lo ves? No tiene ni idea de lo que le meten en la boca.

—*Merci les Allemands* —dijo el senegalés esbozando una amplia sonrisa, y se subió los pantalones.

—Venga, hombre, que he pagado por esto —dijo Julius cuando el negro cerró la puerta tras él. Se colocó enfrente de la mujer y añadió—: Primero yo y después tú... —La cogió por la trenza



y le colocó la cabeza en posición—. Ya te dije que iba a ser una sorpresa, ¿no?

Sobre la mesilla de noche, Konrad vio el pequeño ganso de madera que le había regalado a la chica.

—Konradin —susurró Evchen, y tomó el miembro de Julius en su mano.

Abajo sonaba una *chanson* con acompañamiento de piano, debía de ser un gramófono.

Sin volver la vista atrás, Konrad salió de la habitación dando un portazo tras de sí.

*Así fue como Konrad recorrió a pie la ribera del Rin —de Coblenza a Bonn y de Bonn a Colonia— en busca de trabajo, mientras la crisis económica se propagaba por Alemania siguiéndole dondequiera que fuera, como un estigma. El dinero que ganaba en un pueblo dejaba de tener valor en el siguiente. Con un billete de mil reichsmark apenas conseguía pan. Cada vez había menos almadías navegando por el Rin. Y cuando buscaba trabajo en los muelles lo rechazaban en cuanto enseñaba sus papeles. Solo el ganado parecía indiferente a la crisis. La gente, por el contrario, se había vuelto desconfiada y hostil y lo trataban como un vagabundo. Cargaba con sus botas altas de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad; hacía ya tiempo que no tenía un bichero, pero seguía llevando en su petate el gancho de hierro forjado.*

*No se alejaba nunca del Rin, a pesar de que el río ya no le ofrecía trabajo. Vendió su arete, y el pañuelo de cuello rojo ya solo lo sacaba del bolsillo para sonarse la nariz.*

*Konrad constató que ya no era un hombre joven. Se enfrentó a esa realidad un día en el mercado de víveres de Düsseldorf. Mientras cargaba colinabos en un carro, pasó delante de él una bellísima muchacha con una cesta de pan colgada del brazo.*

*—¿Qué miras, papanatas? —le gritó el granjero para quien trabajaba—. ¿Vas a hacer algo de provecho hoy o no? ¡Carga el carro!*

*—¿Sabe usted qué es lo peor de hacerse mayor? —le dijo Konrad.*

*—Sí —repuso el granjero—. Tener que contratar a una persona como tú para que me cargue las cajas.*

*—No es que no puedas conseguir lo que tenías antes, sino que te das cuenta de que hay cosas que ya no vas a conseguir nunca.*

*—¿Y por eso te quedas ahí alelado, hombre? ¿Acaso te duele la espalda o algo así? Cuando te contraté, me dijiste que estabas en forma.*

*—Acabo de ver a una mujer hermosa.*

*—Puede —contestó el granjero.*

*—Y no he pensado: esa me gustaría. He pensado: qué orgulloso estaría yo si tuviera una hija como ella.*

*En el verano de 1931 Konrad llegó a Duisburgo, donde había un gran almacén de maderas. Si no encontraba trabajo ahí, ya no tendría más remedio que acudir al comedor de beneficencia del Ejército de Salvación.*

*Konrad trabajaba alternativamente con la sierra circular, la máquina descortezadora y una grúa que se desplazaba sobre rieles; pero en todos aquellos años apenas había vuelto a tocar un tronco con las manos y le parecía imposible que en algún momento pudiera volver a*

*navegar en almadía. En el verano de 1933 metió la mano en la sierra circular y perdió tres dedos.*

*—Ya no puedes seguir trabajando con máquinas —le advirtió su jefe—. A partir de ahora te dedicarás a limpiar troncos. Todavía puedes sostener una escoba entre el pulgar y el índice, ¿no?*

*Konrad ganaba menos que nunca; de pie, con sus botas altas metidas en una alberca de hormigón, limpiaba troncos.*

*Durante un tiempo se reprochó a sí mismo no tener otro proyecto que el de trabajar como almadiero. Recordaba unas palabras que en su día le había dicho su madre: «Basta que sepas hacer una cosa para que sepas hacer otra». Eran palabras sabias, sí, pero a él no se le ocurría ninguna alternativa ni era capaz de hacer otra cosa. Era como si mucho tiempo atrás —tal vez el día en que de niño le ofrecieron por primera vez la oportunidad de acompañar a los hombres a conducir la maderada— hubiese tomado una decisión que determinaría el resto de su vida. Tanto él como el reichsmark habían perdido todo su valor, no había nada que hacer.*

*Un día atracó una balsa en el muelle del almacén. Había llegado allí arrastrada por un remolcador de vapor negro, que lucía una enorme bandera con la cruz gamada en la popa, y estaba de camino a Nimega con una carga de maderos procedentes de la ciudad alemana de Duisburgo.*

*La balsa llevaba también pasajeros. Aquello ya lo había visto Konrad en otras ocasiones: se trataba de emigrantes que trataban de abandonar la nueva Alemania y que solo podían costearse un viaje en balsa. Al capitán o al armador le entregaban un poco de dinero bajo mano. Después de haber descargado los maderos, Konrad se subió a la balsa para volver a sentir bajo sus pies los troncos flotantes. No era una balsa como las que él conocía. Los troncos estaban unidos mediante armazones metálicos y el remolcador de vapor los arrastraba con cadenas. Era un artilugio rígido incapaz de moverse con el agua, aunque probablemente eso no hiciese falta, porque tan grande no era: medía como mucho sesenta por seis metros. Ni comparación con la regia almadía con la que él y Julius navegaron en su día por el Rin.*

*Konrad examinó los armazones atravesados por pesadas clavijas. Se encontraba de espaldas a la corriente, pues el viento impulsaba una pesada y hedionda nube de humo sobre la balsa.*

*Los emigrantes llevaban consigo maletas, bolsas y fardos. Iban sentados encima de sus bultos y baúles con la espalda encorvada y la mirada perdida. Sus posturas transmitían resignación; de tener esperanza en una vida mejor, la disimulaban. Ninguno de ellos miraba el río que debía conducirlos hacia una nueva tierra. Ninguno de ellos mostraba interés en las grúas y chimeneas de Duisburgo, como tampoco se fijan los dolientes en las lápidas que los rodean.*

Konrad reconoció a Julius en el acto. No era un hombre que se le pareciera; no, era Julius. Estaba inclinado sobre la maleta empapada de un pasajero e intentaba cerrarla con la ayuda de su cinturón.

Julius volvió de repente la cabeza como si hubiera sentido la presencia de Konrad a sus espaldas. Estaba casi calvo y llevaba unas gafas de montura dorada. Se saludaron con cautela, pero enseguida comprendieron que ese distanciamiento se debía al temor de que el otro, después de tantos años, estuviera aún resentido: en realidad se alegraban del reencuentro.

Soltaron amarras, el remolcador de vapor se disponía a continuar su travesía. En el muelle apareció el jefe de Konrad, vestido con el uniforme marrón de las SA, y le gritó que bajara a tierra. A pesar de sus botas altas y su cinturón ancho, el aspecto del hombre no era muy imponente con sus piernas arqueadas y su barriga. No había mucho tiempo, de modo que Konrad y Julius solo pudieron intercambiar unas pocas frases para ponerse al día. Julius era medio judío y ya no tenía futuro en el Tercer Reich. Su plan era irse a Holanda. Konrad le contó cómo le había ido desde que se marchó de Coblenza.

Soltaron la última amarra.

Julius, sin alzar la vista, le puso una mano sobre el brazo.

—Ven conmigo a Holanda —le propuso—. Me queda un poco de dinero. Suficiente para pagarte la travesía. ¿Tienes papeles?

Konrad se puso la mano mutilada sobre el bolsillo del pecho y asintió con la cabeza.

—¿Recuerdas aquellas palabras del cuento de los hermanos Grimm? «Algo mejor que la muerte en cualquier parte lo encontrarás.»... Anda, vente, Konrad.

Konrad se dio la vuelta y le gritó a su jefe:

—No pienso bajar a tierra. Me voy a navegar por el Rin con esta balsa.

—¡Pero si no tienes ni un miserable duro, hombre! —le respondió el jefe a voz en grito— ¡Vuelve aquí ahora mismo y sigue trabajando!

—¡No! —gritó Konrad.

—¡Nadie más te dará trabajo! —continuó su jefe, y empezó a renquear por el muelle siguiendo al remolcador que zarpaba—. ¡No tienes formación y estás medio tullido, desgraciado! ¡Y no eres del partido!

Konrad no respondió. En el extremo del muelle el hombre se detuvo, y las chimeneas, grúas y silos de Duisburgo pronto desaparecieron tras las columnas de humo.

—Siempre supe que algún día recorreríamos juntos el Rin —dijo Julius cuando Konrad se sentó a su lado.

En Ewijk, un pueblo en las inmediaciones de Nimega, atracaron la balsa en una pequeña dársena a la orilla sur del río, que ahora se llamaba el Waal; no había mucho más que un par de cobertizos y unas cuantas pilas de leña. Era la primera vez que Konrad salía de Alemania. Todo le parecía diferente aquí, incluso los álamos que bordeaban el dique. El remolcador de vapor dio la vuelta, como volviéndole la espalda a Holanda con desprecio, y emprendió el viaje de regreso. El viento del oeste impulsaba el negro penacho de humo y la gran bandera con la cruz gamada hacia la dirección de avance del barco.

Siguieron con la vista a los emigrantes que caminaban por el dique en dirección a Nimega, donde había una estación.

—¿Y ahora qué? —preguntó Konrad.

—Pues ahora llamaré por teléfono a mi antiguo socio de Róterdam —repuso Julius.

Se acercó a un café en el pueblo para telefonar. A su regreso meneó la cabeza.

—Ha cambiado el propietario —explicó—. Y este dice que no puede hacer nada por nosotros.

Pasaron la noche en uno de los cobertizos. La actividad en el pequeño puerto era escasa. Al día siguiente vino un carro tirado por dos caballos para recoger los maderos. Al parecer nadie sabía de quién era la balsa, y una semana después esta continuaba amarrada en la dársena. Finalmente, Julius se enteró de que era propiedad de un contratista de Dordrecht. Le escribió una carta en alemán y en inglés en la que le ofrecía sus servicios, pero no hubo respuesta. Mientras tanto, los dos hombres siguieron durmiendo en el cobertizo; contaban los florines que le quedaban a Julius y contemplaban el ancho y resplandeciente río que fluía delante de ellos. Inspeccionaban a menudo la balsa, que ya consideraban suya, hasta que identificaron todas las marcas madereras de los troncos.

Al fin el contratista se puso en contacto con ellos y les ofreció quince florines por conducir la balsa a Dordrecht, pues así se ahorraba el gasto extra de contratar un remolcador.

Esa noche Konrad y Julius regresaron a su balsa e hicieron planes.

—La travesía a Estados Unidos vale más de lo que tengo, incluso en segunda clase —dijo Julius—. Pero quizá podamos trabajar a bordo; lavar platos, por ejemplo. Así empezaron casi todos los millonarios en *the States*.

—¿Estados Unidos? —dijo Konrad—. Yo no quiero ir a Estados Unidos.

—Entonces ¿adónde quieres ir?

—Solo quiero ir hasta el final del río.

—Como quieras. En cuanto alcancemos Dordrecht estarás cerca del final.

Había empezado a nevar, los copos caían en ligeros remolinos sobre el oscuro río.

—Necesitaremos bicheros —dijo Julius—. Y víveres para unos tres días.

Caminaban sobre los maderos de un lado a otro.

—¿Qué pasó? —preguntó Konrad a bocajarro—. ¿Por qué te separaste de tu mujer?

—Porque mi mujer iba a estar mejor sin mí. Ella disponía de un *Ariernachweis*, el certificado de ascendencia aria.

—Yo creía que los Melzer también eran judíos.

—Sí, claro. Pero sus abuelos ya estaban bautizados.

—¿Y los tuyos no?

—Solo mi padre. Pero no fue suficiente. Me alegro de que él no haya tenido que vivir todo esto.

—¿Y ella no pudo ayudarte después del divorcio?

—Podría haberlo hecho. Pero no fue un buen matrimonio —repuso Julius—. Zarpemos mañana por la mañana.

Aquella misma noche, en el cobertizo, Konrad fijó el gancho de hierro forjado, que había conservado durante todos aquellos años, en la punta de un tallo de sauce y sacó sus botas altas.

—Yo que tú no me las pondría —le advirtió Julius—. El Waal es un río tranquilo, pero como te caigas al agua con esas botas puestas podrías ahogarte.

Pues me las pondré en cuanto arribemos a Dordrecht, pensó Konrad.

Aquella noche los dos hombres apenas durmieron. Oyeron cada una de las campanadas de la iglesia de Ewijk. Al romper el alba soltaron amarras y abandonaron la dársena empujando la balsa hacia el río.

Konrad estaba alerta, como un hombre que al cabo de muchos años se reencuentra con la mujer que amó y que ella hubiera cambiado de nombre y estuviera en su país, no en el de Konrad; y a saber cómo se habría vuelto: quizá rencorosa, despiadada, dispuesta a hacerle daño. Pero el río discurría ancho y con buena visibilidad entre la llanura aluvial y los espigones nevados. No hacía frío, un par de grados sobre cero, y apenas soplabla viento. A través de la nieve ligera vislumbraron las aspas de unos molinos. Las vacas ya habían sido conducidas a los establos, solo había corderos pastando por el dique.

—Mantente cerca del borde del canal —ordenó Julius—. No sé si los cargueros nos cederán el paso. Cuando navegábamos con la almadía grande, no tenían más remedio, pero ahora...

En efecto, la primera barcaza que los adelantó bajo la nieve que revoloteaba en el cielo no les cedió el paso, y Konrad condujo la balsa por fuera del espacio balizado. Primero asomó la negra proa alquitranada de la barcaza que llevaba el nombre de *Spes Bona*. El grumete que iba en la camareta alta de popa le hizo una señal al timonel, pero este, aunque hubiera querido, ya no tenía tiempo de reaccionar. Decenas de metros del casco de acero remachado se deslizaron a escasa distancia de ellos; debido a la rigidez de la estructura de los maderos ensamblados, la balsa entera empezó a balancearse peligrosamente. Vieron un perro Spitz caminando hacia atrás por la cubierta de la barcaza, a la misma altura que ellos, mientras duró el adelantamiento. Parecía un perro hosco, sin ningún sentido del humor. Cuando la caseta del timonel pasó junto a ellos, el capitán abrió la puerta y exclamó:

—¡Válgame Dios! ¿Una balsa? ¡Y yo que creía que nos habíamos librado al fin de esa bazofia!

—*Dankeschön* —le agradeció Konrad en alemán, porque no le había entendido.

El perro Spitz, con cara de pocos amigos y unos copos de nieve sobre la cabeza peluda, los seguía con la mirada desde la popa. Al igual que a su dueño, no le hacía ninguna gracia ver una balsa en su río, y menos una tripulada por un hombre con sombrero y un largo abrigo negro y otro con un asta. Bajo una desteñida bandera tricolor neerlandesa que ondeaba en la popa, Konrad y Julius leyeron el impronunciable nombre de una localidad: *Gorinchem*.

—Quizá nosotros también deberíamos izar una bandera —sugirió Konrad—. Aunque solo fuese para ganar visibilidad.

—No sabría cuál —repuso Julius.

—Seguiremos navegando por fuera del espacio balizado —dijo Konrad—. El río es suficientemente ancho.

—Tú mandas.

—Colócate detrás y avísame si viene algo.

—*Aye, aye, captain* —dijo Julius, y se dirigió hacia la parte trasera de la balsa.

Konrad volvía la cabeza de vez en cuando. Ahí estaba Julius, de pie, inmóvil, con las manos en la espalda. Como si no solo escudriñase el río, sino toda su vida pasada.

—Por cierto, cuando volvimos fui a recoger a Evchen en Coblenza —dijo Julius—. Después de haber llevado la gran almadía hasta Holanda.

Konrad guardó silencio y atizó el fuego. Hacía demasiado frío para dormir al raso y no habían encontrado hospedaje para la noche. Habían llamado a la puerta de una granja grande, pero no fueron bien recibidos. Decidieron entonces permanecer despiertos y soltar amarras en cuanto despuntara el alba. Desde ahí podrían alcanzar Dordrecht en un solo día.

—Quise llevármela a Wallreuth. Le ofrecí trabajo en casa de mis padres, ayudando en casa y en la finca. Tuve que darle dinero a la madama porque, según ella, Evchen aún le debía el alquiler de la habitación.

Konrad lanzaba tallos de sauce al fuego. Quizá eran propiedad del granjero que los había echado de su casa, pero le daba igual.

—En Frankfurt tuvimos que cambiar de tren. La senté en un banco en la sala de espera y cuando volví había desaparecido.

—¿Qué habías ido a hacer?

—Fui a comprar cigarrillos.

—¿Y no la volviste a ver nunca más?

—No. Y no creo que volvamos a saber de ella.

Despuntaba el día. Una bandada de gansos sobrevolaba el Waal a gran altura.

Quizá Evchen haya encontrado por fin un hombre que la cuide, pensó Konrad.

Asomó el castillo de Loevestein.

—Llegaremos a Dordrecht dentro de una hora, más o menos —dijo Julius—. ¿Tienes alguna idea de cómo vamos a entrar en puerto con esta cosa?

—Ya lo hiciste una vez.

—Bah, yo no hice nada más que pasearme de un lado a otro con mi traje blanco...

Julius se aproximó al borde de la balsa para orinar y pensó: aún no le he contado la verdad. No era judío, ni siquiera medio judío. Se había divorciado de Hermine porque había dilapidado toda su herencia especulando. Pero, aunque le contara esto, pensó, no le estaría diciendo toda la verdad.

El río había cambiado de nombre de nuevo, como una mujer que contrae matrimonio repetidas veces. Ahora se llamaba Merwede. Cuando llegaron cerca del punto de confluencia con el Mosa y el Kil, Konrad acercó la balsa a la orilla para que Julius pudiera saltar a tierra con un cabo en la mano.

He recorrido casi todo el río, de Wallreuth a Holanda, pensó Konrad. En breve mi aventura habrá terminado.

Estaban a punto de alcanzar el muelle y la corriente era fuerte. Julius tuvo que rodear las farolas y los automóviles aparcados tirando del cabo y aflojándolo alternativamente. Se levantó el cuello de la chaqueta y se enrolló el cabo en torno al codo.

Se fueron congregando curiosos en el muelle; hacía años que la gente no veía a unos almadieros trabajando en aquel lugar. Un chico, que llevaba un traje de pana y una gorra, se bajó

de la bicicleta y les hizo señales para que le lanzaran el cabo. Una alfombra de lentejas de agua y residuos cubría el agua del puerto. Se acercó un coche patrulla del que se apearon unos agentes de policía que se pusieron a contemplar la escena. El chico se quitó la gorra —tenía un cabello rubio muy claro— y la agitó indicando con grandes gestos que la balsa iba a entrar. Uno de los agentes, haciendo bocina con las manos, les preguntó si tenían autorización.

—¡Julius!

Julius se enderezó las gafas de bordes dorados y alzó la vista. De repente, Konrad se dio cuenta de lo mayor que se había hecho.

—¡Sigamos navegando!

Julius se quitó el sombrero negro y lo levantó en ademán de aprobación.

La balsa continuó su camino llevada por la corriente del viejo Mosa, para asombro de la gente congregada en el muelle que había querido echarles una mano.

—¿Qué son quince florines? —dijo Konrad—. Yo quiero llegar al mar.

La corriente los arrastraba en dirección oeste, y Julius, que llevaba ya un buen rato en silencio, consultó su carta náutica.

—Aquella aguja de campanario debe de ser la iglesia de Puttershoek.

—¿Y cuál es la siguiente ciudad?

—No hay más ciudades.

No nevaba, pero hacía más frío que nunca.

Abrieron el último botellín de cerveza. Hubiera sido mejor disponer de ginebra.

¿Viste aquel chico con traje de pana montado en bicicleta? Así podría empezar. Y Konrad le contestaría: aquel de la gorra, en Dordrecht, sí, claro. ¿Por qué?

Y entonces él le contestaría: no hago más que pensar en él. Konrad, la verdad es que no me gustan las mujeres. Por eso Hermine me pidió el divorcio. Me era imposible cumplir con mis deberes conyugales.

Y entonces Konrad permanecería en silencio acordándose de la noche en la que Julius había regresado de su fracasada aventura con Thekla von Wiedenhause.

¿No has sospechado nunca nada? Esa sería la siguiente pregunta que le haría a Konrad, y este le respondería con un no, de eso estaba bastante seguro.

Pero y si luego Konrad le decía: pues en aquel burdel de Coblenza parecías bastante excitado.

Ese sería el momento en el que le confesaría toda la verdad: no fue Evchen la que me excitó, sino el negro. Y tú.

—Tengo que contarte una cosa —dijo Konrad, sujetando en alto el botellín de cerveza para comprobar si quedaba suficiente para Julius antes de tomarse el último trago—. Yo no tengo imaginación. Tú sí. Navegar por este río: esa ha sido la única ilusión de mi vida. Volveré a

Wallreuth y, cuando llegue a casa, me reformaré la casita de mi madre. Y tú te irás a Estados Unidos.

—Sí —masculló Julius, y sacó de su bolsillo la cajita de lata de cigarrillos—. Y allí abriré un negocio de neumáticos de automóvil y me haré millonario antes de que te des cuenta.

Ya estaba oscureciendo cuando el río dobló hacia el norte y en el cielo asomaron cinco grandes llamaradas.

—¿Qué es eso? —preguntó Konrad, exaltado e inquieto a la vez.

El río se había vuelto cada vez más extraño. Konrad se creía el protagonista de un relato de Julio Verne en que los héroes veían fenómenos que resultaban incomprensibles hasta que se los explicaba el científico que los acompañaba.

—Son las refinerías de petróleo de Vondelingenplaat. Queman gas metano.

—Sin ti nunca hubiera sabido nada —dijo Konrad, y al cabo de un rato añadió—: Sin ti nunca habría navegado por este río.

—Ha sido un largo viaje —masculló Julius cuando pasaron junto a las luces de Delfshaven.

Empezó a nevar de nuevo y se cubrieron con una lona hasta donde pudieron.

Konrad señaló un gran rótulo blanco en el muelle con el número diecisiete.

—¿Qué significa eso?

—Creo que indica que hemos pasado Róterdam hace diecisiete kilómetros. Y que nos encontramos en la Nieuwe Waterweg, la Vía fluvial Nueva.

No es un nombre muy digno, pensó Julius, y eso que es el mismo río. Hemos sido muchachos en el arroyo, jóvenes en el Meno, hombres en el Rin. Lo he amado, lo he traicionado, toda mi vida ha girado en torno a él. Pero nunca estuvimos más cerca el uno del otro que ahora, y dentro de un par de horas alcanzaremos el mar como dos hombres mayores, sin habernos conocido. Y los troncos que llevamos, de hecho, los hemos robado.

Los cogió por sorpresa un enorme barco de pasajeros, con mil ojos de buey iluminados, que zarpaba del puerto. La balsa tuvo que arrimarse al borde del canal. Después de apartarla de la orilla de hormigón de un empujón, Konrad volvió a sentarse al lado de Julius, encima de la caja.

Julius sacó la cajita de lata de su bolsillo y le ofreció un cigarrillo plano.

—¿Has conocido el amor? —le preguntó, después de haber encendido los cigarrillos.

—No —dijo Konrad—, no lo he conocido. No he querido a nadie. Ni siquiera a mí mismo. Tú has llegado mucho más lejos que yo.

—Pero ¿alguna vez...?

—Sí, con la viuda del farmacéutico en Nierst. Pero no sentí nada. Fue como si estuviera ausente.

—¿Cómo? ¿Estuvo usted en Egipto y no vio las pirámides? —dijo Julius.

—No te entiendo.

—Disculpa, es una cita.

—Yo no he leído nunca nada excepto los seis libros de Julio Verne —dijo Konrad, y se puso en pie para descifrar el sistema de faros y balizas en aquel tramo de intenso tráfico fluvial.



Llegó el último día de la travesía. Detrás de ellos, las nubes del este eran como banderas ardiendo en el sol naciente.

La balsa daba vueltas sobre su eje mientras se deslizaba río abajo, con lentitud pero constante, al encuentro del mar. Los dos hombres, sentados espalda contra espalda encima de la caja, el bichero erguido como un mástil sin velas, vieron pasar repetidamente la aurora, el oeste en penumbra y todos los puntos cardinales; también campos de remolacha recién cosechada, calles, muelles, grúas y fábricas. Un lento torbellino de tierra sin amor.

—¿Habrá olas? —preguntó Konrad.

—Sí, creo que sí.

—¡Estoy a punto de ver el mar, al fin!

—Queda poco, sí —repuso Julius—, pero no te hagas demasiadas ilusiones.

# **Pierre y Adèle**

*Er wird rein durch Feuer, Wasser, Luft und Erden\**

La corza tropezó cuando el eco del disparo ya se había amortiguado en las laderas, como si no hubiera sido consciente hasta aquel momento de haber sido alcanzada. Se le doblaron las patas delanteras y se arrastró hasta el río de rodillas, la cabeza en alto. La invadió el pánico, el mismo que sobreviene a los seres humanos cuando perciben que algo terrible ha sucedido sin saber todavía qué es. Tambaleándose sobre tres patas, el animal intentaba alcanzar el otro lado del valle.

Un hombre mayor y otro joven salieron de detrás de un matorral, las escopetas alzadas. El perro de caza que los acompañaba inició la persecución entre ladridos.

La corza —una hembra joven— se arrojó al río y lo cruzó dando breves saltos oblicuos; su cabeza, con los ojos en blanco y la goteante mandíbula inferior, asomaba justo por encima de la superficie del agua.

Del bosque de enfrente llegaron otros dos hombres.

Ellos también tenían las escopetas listas para el disparo. Pero estas no apuntaban hacia la corza, sino hacia los hombres de enfrente.

—¡Ni un paso más! —vociferó uno de los hombres—. ¡No pondréis un pie en nuestra tierra!

La corza trepaba tambaleante por la orilla hacia lo inevitable; se le doblaron de nuevo las patas delanteras y se desplomó sobre la hierba, el largo cuello inclinado hacia atrás.

Se acercaron los cazadores. El mayor, que caminaba con dificultad, abrió su carabina y se la colgó del brazo doblado, apuntando hacia abajo; al mismo tiempo se palpaba con la mano derecha el bolsillo de su chaqueta de pana, después deslizó dos nuevos cartuchos en la recámara.

—¡Escúchame, hombre! —gritó con la voz ronca—. Sé razonable. La hemos cazado en nuestra finca. Está a cinco metros de nosotros. Es nuestra presa.

—Ni hablar. La corza está aquí, en nuestra finca. Todo lo que está en este lado de la linde es nuestro.

Como para recalcar esas palabras, su compañero bajó la boca del cañón de su escopeta de caza y, sin apenas apartar la mirada de los hombres de enfrente, disparó a la corza en la cabeza.

El animal aún extendió las patas por un breve instante, como si estuviera considerando un último intento de fuga, e inmediatamente después se venció.

En el ojo muerto de la corza, que enseguida se tornó opaco, aún se reflejaron fugazmente las dos orillas arboladas del río y los cuatro hombres. Lo que ya no llegó a ver fue el perro de caza que, aullando de entusiasmo, había cruzado el río a nado y se arrojaba sobre su cadáver.

—Dile a esa maldita perra que pare o me la cargo también —amenazó el hombre que acababa de asestar el tiro de gracia.

—*Babouche, ici!* —gritó uno de los hombres del otro lado.

La perra, consciente de la orden de su dueño, agitó la peluda cola mojada, clavando al mismo tiempo los dientes en el blando vientre de la presa muerta.

—*Ici, Babouche, viens!*

—Llévatela o me la cargo —repitió el hombre apuntando a la perra—. Esto es caza furtiva. Estoy en mi derecho.

—Ni se te ocurra, cabrón —amenazó el mayor de los dos cazadores—. ¡Babouche, ven aquí!

La perra, dividida entre el sentido del deber y la sed de sangre, arrancó un pedazo de intestino del vientre desgarrado de la corza y regresó al agua arrastrándose por el lodo, las orejas vueltas hacia atrás para oír la voz de su dueño, los ojos fijos en el enemigo.

—¡Ordénale que lo suelte o disparo!

El cazador más joven se metió en el río hasta que el agua le llegó por encima del borde de las botas de goma, aferró a la perra por el collar y la arrastró a tierra.

El intestino desprendido quedó flotando en el agua como el extremo de un cordón umbilical.

El tirador puso un pie encima de la corza y del tronco del cadáver escapó, con un suspiro, el último aliento.

Los cazadores le propinaron patadas a la perra, que no comprendía qué había hecho mal.

—Esto significa la guerra, cabrón, lo sabes, ¿no?

—Venga ya, hombre, estamos en guerra desde que vuestros antepasados se hicieron herejes. Deberían haberos exterminado a todos. No tenéis nada que hacer aquí en Francia.

—Te lo advierto, asqueroso colaboracionista. Un paso en nuestro lado del río y disparamos. Nos da igual que sea una perra o vuestra hija...

—Eres patético, viejo paticojo. Venga, cogedla, llevémonos nuestra presa a casa...

Arrastraron la corza por las patas cuesta arriba, sosteniendo las escopetas debajo del brazo libre, mientras los otros cazadores se retiraban hacia los bosques a su lado del valle, tirando de la perra, que seguía desconcertada.

Sobre sus cabezas, a gran altura, surcaron el cielo tres Mirages, los nuevos cazas supersónicos del ejército del aire francés.

El valle tenía una extensión de varias millas, pero era pequeño: la anchura de los prados, entre la linde del bosque y el río, no era superior a cien metros en ambas fincas, excepto en el punto donde se encontraban los restos de un santuario merovingio consagrado a Santa Godoberta, del que se sabía bien poco. A las cabras les gustaba encaramarse sobre las ruinas.

El terreno del lado derecho del río pertenecía a los Chrétiens; el del izquierdo, a la familia Corbé; así había sido siempre. Las familias se odiaban mutuamente, y eso también había sido siempre así.

Los Corbés eran hugonotes; los Chrétiens, católicos. Desde la gran Revolución, sus granjas se hallaban en diferentes *départements* y su único vínculo era la propiedad compartida de aquel estrecho valle deshabitado donde pastaban sus ganados durante los meses estivales.

En verano, cuando el riachuelo era estrecho y poco profundo, los rebaños lo cruzaban y era misión imposible mantenerlos separados. La permisividad no tenía cabida en la visión del mundo de las dos familias. Ningún Corbé quería un ternero de un toro católico; ningún Chrétien toleraría que un macho cabrío hereje se apareara con sus cabras.

Así las cosas, acordaron que sus reses, ovejas o cabras pastarían en el valle por turnos. Aquello suscitó nuevas animosidades, porque cada una de las partes estaba convencida de que la otra parte salía ganando. Las terneras de Chrétien pisotearon el campo en un año en que Corbé solo tenía ovejas; la manada de vacas de Corbé era, según los Chrétiens, demasiado grande y le quitaba espacio a sus cabras y ovejas.

Ahora bien, el mayor problema era el continuo cambio del cauce del riachuelo. Cada nuevo meandro erosionaba la arcilla de la parte exterior de la curva, quitando así tierra a una de las partes y entregándosela a la otra. Por regla general, tal injusticia se subsanaba en los años siguientes con la tendencia contraria y, visto con la perspectiva de los siglos, ni una ni otra familia había salido perjudicada; y sin embargo, de generación en generación, tanto los Corbés como los Chrétiens siempre estuvieron convencidos de que la naturaleza los desfavorecía sistemáticamente.

El valle se mantuvo como siempre, con sus franjas de tierra de pasto entre laderas arboladas y la serpenteante cinta de plata del Issou más o menos en el centro.

Pierre Corbé tenía siete años y estaba de pie en el arroyo pescando espinosos con las perneras de los pantalones enrolladas. Su hermano pequeño, de cuatro años, se había quedado dormido tumbado sobre la hierba; le había echado encima de la cara la red todavía húmeda para protegerlo de los tábanos.

Pierre tenía ya una docena de pececitos atrapados en su bote de mermelada.

Por la otra orilla del río caminaban las hijas de Chrétien. Llevaban sombreritos de paja y fingían coger moras en la linde del bosque, aunque aún no las hubiera en aquella época del año. Las niñas llevaban todas ellas vestiditos blancos de lino; la hermana mayor tendría al menos trece años. Habían venido hasta allí solo para fastidiarlos a ellos. No era justo que él, el mayor, solo tuviera siete años y que su hermano fuese un niño pequeño, mientras que ellas iban en grupo, la cabecilla era casi una adulta, y por si fuera poco, eran todas chicas. Incluso la más pequeña de las hermanas era mayor que él. Según su padre, eso se debía a que los católicos se reproducían como conejos.

Pierre había pescado un buen ejemplar —uno que iba detrás de una pulga de agua— y acababa de echar los espinosos atrapados en la red dentro del bote de mermelada, cuando las chicas de Chrétien se acercaron como una bandada de buitres blancos.

Tiró de su hermano para incorporarlo, pero no llegó a tiempo.

—¡Eh, tú! —resonó una voz por el valle—. ¿Qué estás haciendo ahí? No tienes permiso para meterte en nuestro arroyo.

—¿Vuestro arroyo? —contestó él—. De eso nada. El arroyo es la linde y la linde es de todos.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que dice el señor Calvino? Bueno, pues mi padre dice que el arroyo es la linde y que vo-sotros no tenéis nada que buscar en nuestro lado.

—No estaba en vuestro lado. Estaba en el centro del arroyo.

—¿Ah, sí? ¿Y de quién es el centro? ¿Vuestro? No, el centro no es de nadie.

—Acaba de pescar un espinoso de nuestro lado —intervino una de las hermanas menores—. Lo he visto.

—Tú no tienes permiso para pescar en nuestras aguas —dijo la cabecilla adentrándose en el arroyo hasta las pantorrillas—. Dame ahora mismo ese bote de mermelada.

—Ni hablar —se resistió Pierre con firmeza—. Los peces nadan por donde les da la gana y yo también hago lo que me da la gana. Roma no tiene nada que decir de eso.

—¿Sabes qué? Vamos a arreglar esto con una pelea —propuso ella—. Ven aquí, si te atreves.

—Yo no peleo con chicas.

—¡Porque eres un piltrafilla!

—Ya, claro, tú eres mucho mayor que yo, y además vosotras sois cinco y yo tengo que cuidar de mi hermano. Por eso no quiero.

—Si no te atreves, me acerco a tu lado y te arrojo los espinosos al agua.

Mientras Pierre tiraba de su hermano para ponerlo en pie, las niñas empezaron a dar voces y a lanzarles terrones de tierra y fragmentos de piedra caliza.

—¡Maldito hereje! ¡Maldito hereje! —vociferaba una de las hermanas menores mientras intentaba arrojarle a la cabeza una boñiga de vaca reseca con la ayuda de un palo.

Las niñas jugaban con ventaja. Se sostenían los sombreritos de paja, al menos los que aún no habían caído al suelo, y les lanzaban a la cabeza todo cuanto encontraban. Y encima llevaban aquellos vestiditos blancos, mientras que todas las madres, tías, hermanas y primas de su familia vestían prendas oscuras. La verdad era que los vestiditos les favorecían, pensó Pierre, hasta que una piedra le volcó el bote de mermelada. Intentó pescar con las manos sus espinosos, que no dejaban de colear, como si no quisieran salvarse.

Justo en aquel momento les llamó la atención un zumbido lejano, un sonido que no habían oído jamás. Venía del cielo.

Los niños se pusieron en pie, agarrando sus redes; y también las niñas, haciendo visera con las manos.

Desde el oeste, por entre las nubes blancas y las copas de los árboles, se aproximaba algo que jamás habían visto ni oído.

Era un aeroplano.

En un lugar del mundo donde normalmente solían volar halcones o cornejas, asomó el contorno de un objeto fabricado por la mano del hombre, un objeto que surcaba el cielo azul de Bretaña como si lo acabase de descubrir.

El artefacto, con una estructura de dos niveles, unas separaciones verticales y una especie de cubo a modo de cola, semejaba una caja o un establo volante. Sin embargo, lo pilotaba un héroe con una gorra de cuero, claramente visible, y que además parecía saludarlos con la mano.

El aparato perdió altura mientras sobrevolaba el valle y, mecido por el débil viento del oeste, puso rumbo a Nantes.

—¡Santos-Dumont! —gritó Pierre, y echó a correr tras el aparato.

—¿Quién? —gritó la niña mayor.

—¡Santos-Dumont! —contestó Pierre—. ¡Así se llama él, el aviador! Es brasileño.

Los niños, gritando y agitando las manos, corrieron detrás del aeroplano intentando seguir su sombra, que se deslizaba por el valle y el arroyo.

—¡Santos-Dumont! —gritaban todos.

Parecían haber encontrado un ídolo en común. Corrieron exaltados detrás del aparato, saludándolo con la mano, cada cual por su lado del arroyo.

Que las familias recurriesen a un mediador judío para intentar alcanzar un acuerdo era paradójico, aunque no carente de lógica.

Eduard Salomon era notario de tercera generación en Lorient, un hombre aún joven, de carácter templado y buena lengua, que leía a autores modernos como Claudel y Romain. El caso

Chrétien versus Corbé había supuesto siempre una considerable fuente de ingresos para su familia; en parte por esta razón, su padre, que ya estaba jubilado pero aún se ocupaba de los asuntos cotidianos de la notaría, no tenía ningún interés en darle carpetazo.

—Supongamos que esos granjeros bastardos llegan a un acuerdo. ¿Qué ganaríamos nosotros con ello? Déjalos que se peleen y que cada año soliciten nuestra mediación... En un mundo ideal no habría lugar para gente como nosotros.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Para nosotros los judíos? ¿O para nosotros los juristas?

—Para nosotros los juristas. Y modera tu tono, Eduard. Todo lo que eres y todo lo que tienes me lo debes a mí.

—Lo sé, padre. Disculpe. ¿Otra copita de Calvados?

Eduard volvió a llenar las copas que había encima de la mesita abatible.

Soplaba una fuerte brisa; el mar verde, que se extendía entre la costa escarpada —en la que se alzaba la villa— y la Île de Groix, lucía un diseño de rayas espumeantes.

Ambos hombres vestían ropa oscura, como correspondía a su posición social. El padre, un frac anticuado con un chaleco de brocado; el hijo, un sobrio terno de solapas estrechas.

—Esta villa que tú heredarás la mandé construir yo. Te he pagado la carrera de Derecho. La notaría aumenta sus beneficios anualmente. ¿Y tú no tienes nada mejor que hacer que mejorar el mundo?

—Si puedo, ¿por qué no iba a mejorar el mundo? —preguntó Eduard.

—Porque no puedes —contestó su padre, y frunció sus gruesos labios rosados para tomar un sorbo de su copa—. Y porque no nos beneficiaría.

Y a continuación se limpió el bigote y se atusó la barba.

—¿A usted no le gustaría un mundo perfecto, padre? —sonrió Eduard.

—No. En primer lugar —su padre se puso a contar con los dedos— porque mi mundo es este y no me gustaría que alguien me lo cambiase así sin más. En segundo lugar, porque pondría en peligro el mercado laboral. En un mundo perfecto no habría lugar para médicos, porque nadie enfermaría; ni para jueces, abogados o gendarmes; ni para militares ni tampoco para notarios. Y además: ¿acaso quiere Dios un mundo perfecto...?

—¿Hasta un argumento teológico?

—A la mujer le dijo: «parirás con dolor los hijos»; y al hombre le dijo: «te ganarás el pan con el sudor de tu frente...».

Eduard meneó la cabeza y se puso en pie para apartar de la corriente la maceta de la adelfa.

—Aun así me gustaría mostrarle los planos que quisiera proponer a las familias.

—Preferiría un poco de camembert con olivas.

—Los he dibujado sobre los planos del valle.

—También mi padre me enseñó unos planos así en su día. No sirvió para nada.

—Me gustaría conocer su opinión antes de hablar con los Chrétiens y los Corbés.

—Bueno, de acuerdo. Trae algún peso para sujetar los planos. Y camembert y olivas, por favor.

Un gran *chasse-marée* con velas de color rojo oscuro barloventeaba en dirección al muelle. El viejo Salomon siempre adivinaba cuándo volvería a virar el velero.

Eduard desplegó tres planos y encima de ellos colocó, en el lado donde daba el viento, una botella de vino, una jarra de agua, una fuente de queso con olivas y un cenicero de mármol.

Antes de que pudiera pronunciar palabra, pues tenía la boca llena, su padre empezó a agitar impacientemente un dedo sobre el primer plano, en el que el ecuador de una línea dibujada con lápiz de color púrpura dividía el valle en dos mitades, una norte y otra sur.

—Eso ya lo propuse yo una vez —dijo partiendo un trozo de pan—. No sirvió de nada. El valle es algo más ancho en el sur...

—... eso ya lo he corregido...

—Y, además, ambas familias consideran a la otra capaz de contaminar o envenenar las aguas en el curso alto del río si optaran por la parte sur.

—¿Y esta propuesta?

—No veo nada. ¿A qué te refieres?

Eduard señaló un papel pegado en el plano con un texto que él mismo había escrito a mano: las familias se cederían alternativamente todos los derechos sobre el valle durante un periodo de doce años.

—Es una solución creativa, lo reconozco... creo que algo así figura también en el Levítico... pero, ya te digo, ellos no lo aceptarán. Los Chrétien quizá podrían permitirselo, pero los Corbés no pueden renunciar durante doce años a los ingresos que les proporciona el valle. Además, probablemente, talarían todos los árboles en el último año del periodo que les tocara. O la otra parte los acusaría de hacerlo. Ningún acuerdo puede impedir eso. A los doce años estallarían una guerra. O incluso al cabo de un año, si el periodo de tiempo propuesto fuese más breve.

Eduard suspiró y cogió la jarra para servirse agua. El tercer plano salió volando y se le quedó enganchado en el pecho como una toga de papel.

—La cuestión es esta. Ninguna solución que requiera que una de las familias ceda su tierra o sus derechos tiene la más mínima posibilidad de prosperar. Y, sin dicha premisa, nunca habrá una solución. ¿Qué propones en el tercer plano?

—Dejémoslo por hoy. Tomemos una copa de vino. La cena ya debe de estar casi lista.

El *chasse-marée* arrió sus velas cangrejas; por encima del malecón ya solo se avistaba el foque triangular.

—Déjame que lo vea, ahora que estamos en ello. Y así cerramos el asunto.

Eduard se quitó, casi con desgana, el plano que llevaba adherido al pecho y lo desplegó de nuevo. Señaló una línea roja que cruzaba el valle de un lado a otro.

—Ya, claro, la solución clásica. Una valla divisoria. El arroyo serpentea hacia la izquierda o hacia la derecha, pero la línea de demarcación permanece igual. Una solución geográfica muy acorde con el espíritu de la Ilustración. Sobre eso podría contarte una buena historia.

—Escucho —contestó Eduard, y sirvió dos copas de burdeos.

—En el año 1851, siendo yo también un joven estudiante de Derecho, mi padre intentó eso mismo. Fue el mayor progreso que hicimos jamás en este asunto. Las familias incluso acordaron compartir los costes del agrimensor y de la colocación de la valla. Pero...

—¿...en el último momento una de las familias se retiró?

—No. Subió la marea. El valle se anegó, el agua llegó hasta las lindes del bosque. Mucho mejor, pensó mi padre: el agrimensor hace su trabajo y coloca sus mojones desde una barquita; dado que no se ve la tierra, no hay forma más objetiva de definir las lindes.

—Perfecto, sí. ¿Y qué es lo que falló?



—En cuanto a la delimitación del terreno, no falló nada. El valle entero se había transformado en un lago. Una elegante hilera recta de mojones, casi infinita, atravesaba el agua, desde el curso superior del río hasta donde finalizaban las fincas. Pero sucedió que, cuando bajó el nivel del agua y asomó de nuevo el valle, el cauce del arroyo había cambiado; este trazaba ahora una gran curva hacia el oeste, con lo que los Chrétien habían ganado unas seis áreas de cieno. Así que estos ya no quisieron oír hablar de una nueva línea de demarcación.

—Y todo continuó igual. Dios mío, qué cortedad de miras tiene esa gente...

—Así es, qué le vamos a hacer. Por cierto, un par de años después fue el lado de los Corbés el que ganó más terreno. La realidad es que esas familias no quieren ningún acuerdo.

Eduard volvió a doblar los planos, hizo con ellos una pequeña pila del tamaño de un ladrillo y alineó los lados con las yemas de los dedos. Luego los ató con un lacito negro, como hace un viudo con las cartas de su esposa.

El viejo Salomon le lanzó una mirada sardónica mientras tomaba sorbitos de su burdeos.

—Voy a archivarlo —concluyó Eduard—. A pesar de todo, algún día espero poder presentar una propuesta que sencillamente no puedan rechazar y cerrar así el caso para siempre.

—Sí, sí, tú sigue soñando —contestó su padre—. Aunque nos llamemos Salomon, en este caso la sabiduría no basta.

Después de la Gran Guerra la resolución del caso parecía más lejana que nunca. Cuando Pierre Corbé —que había sido llamado a filas en el último año de la guerra— regresó del campo de prisioneros alemán y se hizo cargo de la granja, se encontró con que Adèle Chrétien —que no tenía hermanos— se había casado con Corentin Berthou, hijo de uno de los terratenientes más importantes de Bretaña, un hombre que velaba por los intereses de la familia con un feroz fanatismo. Así pues, una nueva confrontación amenazaba sobre el horizonte.

Eduard Salomon, que con los años se había convertido en un hombre entrado en carnes, lector de Gide y Mauriac, tomó un día un tren hacia la pequeña estación de Auray y se dio un paseo por el valle para examinar la situación.

Aunque era poco proclive a frecuentar la naturaleza, poco a poco empezó a encontrarle el gusto a su excursión. Hacía un agradable día de primavera y la cinta plateada del riachuelo destellaba entre las verdes tierras de pasto, que, según indicaba su plano, tenían la misma anchura en casi todas partes. Después de recorrer algunos kilómetros, quiso descansar y encontró un lugar bonito: un montículo con unas piedras grises de las que se decía que eran los restos de una capilla consagrada a Santa Godoberta. Compartió el lugar con un par de cabras. Ese año debían de ser las de Corbé, pensó, aunque no estaba muy seguro. Había un gran macho cabrío sentado encima de la piedra más alta. El animal no parecía muy dispuesto a apartarse. Eduard se sentó en una piedra más baja desde la que podía otear todo el valle. El macho cabrío no le quitaba los ojos de encima, una pata enjuta con la pezuña hendida colgando por encima del borde de la piedra, la otra doblada hacia un lado debajo del tronco. Su gruesa panza peluda, que reposaba sobre la cálida roca, sufría de vez en cuando pequeños espasmos. Las moscas zumbaban.

Esta es la naturaleza en estado puro en medio de nuestra civilizada Francia, pensó Eduard. El montículo podría ser perfectamente un túmulo prehistórico. En aquel mismo instante sonaron las campanas de la iglesia de Auray. La aguja de la torre quedaba oculta tras los bosques de las

colinas. Era una idea tranquilizadora pensar que en ese momento los Chrétiens estaban en misa y que Pierre Corbé asistía al oficio que se celebraba en la lejana iglesia protestante de Camors. Él disponía así del reino de las dos familias. Sacó un sándwich de su caja de latón, descorchó la botellita de sidra que había traído consigo y desplegó el plano.

Ahí, frente a él, estaba el problema.

El río se había bifurcado.

En los últimos meses, en la parte más ancha del valle, el río se había dividido en dos ramas, ambas aparentemente de la misma anchura, que fluían en torno a una alargada isla elíptica. Ni su padre ni su abuelo habían tenido que lidiar con esto. ¿Qué rama del río constituiría ahora la linde?

Las cabras, que se habían congregado en torno a él, tenían otros intereses. Intrépidas, se habían ido acercando cada vez más a su fiambarrera. Los intentos de Eduard de espantarlas no tuvieron resultado.

La bifurcación del curso del arroyo requeriría emprender negociaciones, y negociar con los Corbés y los Chrétiens era prácticamente imposible. Un par de semanas de precipitaciones fuertes que modificasen de nuevo el cauce del arroyo podría ser una solución al problema, pero era dudoso que eso sucediera ese mismo año. Entretanto algo habría que hacer, de eso estaba convencido.

Una cabra marrón con una línea dorsal negra, que había plantado sus patas delanteras entre sus muslos, le miraba a los ojos. Eduard estaba bastante seguro de que las cabras no agredían a las personas, pero aun así se inquietó. Lanzó la corteza de su sándwich lo más lejos posible para que lo dejaran un rato en paz.

Al hojear su carpeta se encontró con el recorte amarillento de una noticia aparecida en *L'Ouest-Éclair*. El abuelo de Pierre Corbé y el bisabuelo de Adèle Chrétien habían sido encontrados muertos junto al cauce casi seco del arroyo. Corbé con la cabeza rota y Chrétien con una bala en el corazón.

No hubo testigos y las circunstancias del suceso nunca llegaron a conocerse; sin embargo, la opinión pública imperante en la católica Bretaña era que a Chrétien le habían pegado un tiro de forma cobarde pero que, antes de morir, había logrado golpear a su asesino.

El abogado de la parte contraria argüía en cambio que la víctima, el viejo Corbé, después de dejar su escopeta de caza en la orilla, se había puesto a apilar piedras con el fin de construir un pequeño dique para que le llegara un poco de agua a su sediento ganado. Entonces Chrétien cogió su rifle por el cañón, derribó de un culatazo al indefenso anciano ahí arrodillado y, sin querer, se pegó a sí mismo el tiro de la venganza: *...et tué lui-même par l'action sanglante que finit la vie de sa victime... or, peut-être, par la main de Dieu.*

Ahora bien, según el tribunal de justicia de Rennes, también el arma de Corbé había sido disparada.

En el ángulo superior del artículo estaba escrita una fecha con la tinta ya desgastada: 17 de agosto de 1852.

Dios mío, pensó Eduard. Entretanto ya estamos en el siglo xx; en Versalles preparan un tratado de paz que liberará para siempre al mundo de nuevas guerras y estas dos familias se empeñan en transmitir su odio ancestral de padres a hijos. El sueño de la razón produce monstruos. Tiene que haber alguna solución. Se guardó el recorte de periódico y volvió a contemplar el valle, aparentemente apacible, siguiendo con la mirada el río que se bifurcaba y

confluía de nuevo. Si ambas partes se sentían perjudicadas, entonces... la idea era tan osada que apenas se atrevió a desarrollarla hasta el final, y se dejó distraer por una pareja de halcones que planeaban el uno alrededor del otro en una doble hélice mientras exploraban las lindes del bosque en busca de una presa.

Empezaba a apretar el calor, el zumbido de las moscas era cada vez más intenso. Eduard se desabrochó el cuello y la chaqueta. Cada vez notaba más el hedor de los excrementos acumulados entre los restos de la capilla. Después de todo, quizá no era este el lugar ideal para un pícnic. Una vez más siguió con la mirada el centelleante río hasta donde el cauce desaparecía tras una curva en el valle. Se podría... algo le tiró del ala del sombrero.

El macho cabrío estaba ahora justo detrás de él, su silueta recortada contra el cielo azul. Sus cuernos y barba hacían que su cabeza pareciera al menos cuatro veces más alargada de lo que era en realidad. El animal frunció el labio superior y se lamió el hocico con su larga lengua, mientras lo miraba fijamente con sus pupilas estrechas. Una máscara impresionante, pensó Eduard. El Señor de las Moscas. De hecho, era extraño que a las cabras les gustara comer hierba; parecían más bien carnívoras. Cogió su plano y la fiambarrera y se puso en pie dispuesto a marcharse. Había visto suficiente.

Mientras descendía el montículo, apareció una larga hilera de vacas al otro lado del río. Si las cabras eran las de Corbé, las vacas debían de ser las de Chrétien.

Empezó a caminar hacia la estación de Auray. Las vacas parecían no tener nada mejor que hacer que seguirlo en procesión. La aparición de un ser humano en ese remoto valle debía de ser para ellas un acontecimiento especial al que asociaban algún tipo de expectativa que él no era capaz de satisfacer.

Eduard se detuvo y les explicó que no podía hacer nada por ellas, que no sabía cómo ordeñarlas y que no era un agricultor. La vaca que iba en cabeza lo escuchó con atención, pero volvió a ponerse en movimiento en cuanto él reanudó la marcha y tardó un buen rato en detenerse. Agitaba la cola para ahuyentar las moscas que se le posaban en los flancos; un discípulo que finalmente ha perdido la fe.

Este no es mi mundo, pensó Eduard, y mientras caminaba se puso a pensar en la propuesta que quería redactar en casa.

Pero había subestimado el instinto especial de los granjeros para detectar a un intruso en su terreno, incluso en domingo: un jinete galopaba detrás de él.

Era Corentin Berthou.

Pese a no ser un experto en hípica, Eduard se dio cuenta de que ese hombre no era un jinete experto. Muy erguido sobre la montura, con los estribos cortos, a cada bote Corentin le asestaba un latigazo al flanco de su alazán.

Como no había escapatoria posible, Eduard se paró y se quitó el sombrero. Corentin detuvo su montura y, a modo de saludo, se deslizó la gorra ligeramente hacia atrás con la punta del látigo.

—*Bonjour, maître.*

—*Bonjour, monsieur Berthou.* Estaba dando un paseo.

—Usted siempre es bienvenido, *maître* —repuso Corentin golpeando jovialmente el cuello del caballo, que reaccionó con un indolente movimiento de orejas—. ¿Le ha echado usted un vistazo al lugar donde vamos a construir el nuevo cobertizo? Mañana empezamos a poner los cimientos.

—¿A qué lugar se refiere usted exactamente? —preguntó Eduard con recelo.

—Justo en la orilla, a nuestro lado del río.

—En la nueva isla.

—En efecto —repuso Coirentin con una sonrisa forzada.

Los Corbés eran morenos de piel, no muy altos de estatura, y tenían los rasgos faciales poco pronunciados pero regulares; los Chrétiens eran, por regla general, más altos, y algunos de ellos rubios, y tenían la nariz, las orejas y la barbilla grandes; pero el nuevo hombre no se parecía en nada a ellos. Tenía la cara pálida y pecosa, el cabello pelirrojo cortado muy corto.

—Pierre Corbé no lo permitirá. Tiene tanto derecho como usted sobre esta nueva isla.

—¿Y qué puede hacer él para impedirlo? ¿Ir a juicio? He oído que está prácticamente arruinado. Usted, como notario, lo sabrá mejor que yo.

—No me corresponde comentar este asunto con usted, monsieur Berthou.

—¿Ah, no? Pues como quiera. Ahora bien, espero que sea consciente de a quién pertenece el futuro y que obre usted en consecuencia. Dicen que las personas como usted poseen un buen sentido para eso.

—¿Se refiere usted a que soy judío?

—No quería ser tan explícito, *maître*. No tengo prejuicios, siempre que la gente sepa cuál es su sitio.

Eduard hizo acopio de valor y puso la mano sobre la brida del caballo.

—No lo haga, señor. La ley no está de su lado.

—¿Ah, no? ¿Y del lado de quién está, pues? Los Corbés luchan con todos los medios a su alcance, durante siglos se han beneficiado de cada nueva curva del río. He leído las escrituras. Y asesinaron al bisabuelo de mi esposa.

—Eso no se pudo probar. Y además, ¿por dónde discurre el río? Eche un vistazo.

—No necesito mirar. Conozco el río.

—Corre por el centro del valle, monsieur Berthou, como siempre. No hay alternativa, es un hecho natural. Los ríos no fluyen cuesta arriba ni cambian su cauce para satisfacer a uno u otro propietario de tierras. Discurren por donde siempre lo han hecho, con unas pocas desviaciones donde el fondo es plano. El río es la linde. Respétela.

—No respeto nada que vulnere los derechos de mi familia. Usted no piensa como un terrateniente, *maître* Salomon. Cómo iba a hacerlo, su tradición es otra.

El alazán resopló y Eduard soltó las riendas de inmediato. Coirentin se echó a reír y refrenó el caballo tirando de las riendas hasta que el animal se detuvo con el cuello inclinado, el pecho cubierto de espuma.

—No lo haga —repitió Eduard—. Tengo una propuesta que tal vez...

—Le deseo un paseo agradable, *maître*. ¿Sabrá encontrar la estación?

Coirentin hizo girar el caballo y regresó hacia la isla al galope.

El cobertizo no llegó a construirse, porque, al poco tiempo, la carretada de piedras que Berthou había llevado a la isla fue a parar al lado del río de Corbé. Hizo un mes de mayo seco, y el río abandonó su temeraria ramificación y se conformó con su antiguo cauce.

Y Eduard ni siquiera tuvo la oportunidad de exponer su plan. Pierre Corbé mandó cargar las piedras en una carreta para transportarlas a su granja sin dignarse tan siquiera a mirar a Berthou, quien lanzaba gritos desde la otra orilla. Corbé nunca olvidaría ese intento de Berthou de robar su tierra. Como tampoco olvidarían los Chrétiens el robo de sus piedras. Desde aquel día ambas partes se negaron a entablar cualquier forma de diálogo.

Cuando Adèle se sentaba frente al espejo, nunca se miraba. Conocía bien su aspecto físico y no tenía ninguna necesidad de redescubrirse a sí misma. Fijaba la mirada en la imagen del lóbulo de su oreja cuando se prendía una perla; en la columna del cuello cuando se ponía su collar de coral de tres vueltas; en las trenzas castañas cuando se las colocaba en torno a la cabeza. Pero no se miraba a sí misma. No es que tuviera razones para dudar de su aspecto; era el arquetipo de una distinguida señora bretona en la flor de la edad. Sus ojos imperturbables parecían hechos para desafiar el mundo entero.

Pero ella eludía su imagen en el espejo porque no quería ver el objeto de deseo de su marido. Corentin le daba asco. Cuando falleció su padre, ella, la heredera, era considerada un buen partido. Y todo el mundo le recomendó no resistirse a las insinuaciones de Corentin, dado que este pertenecía a una familia poderosa que podría protegerla de los Corbés.

Su marido se acostaba con ella, pero los hijos no llegaron.

Adèle ya no se parecía en nada a la joven que había aceptado aquel matrimonio. Sin embargo, el tiempo no había tenido piedad con ella, porque seguía siendo tan bella como la novia de entonces que ahora tanto despreciaba.

Con Pierre Corbé no había vuelto a cruzar palabra desde aquella pelea de niños a la orilla del río. A veces lo veía de lejos: un hombre bajo y fornido, de cabello moreno, que hacía su trabajo y se ocupaba de sus negocios con una rigurosa discreción de la que emanaba una especie de fuerza. Sabía que había sido condecorado en el frente. En esa época Corentin era comerciante de automóviles de la casa Renault. Además, su marido bebía, era antisemita, maltrataba a los animales y era incapaz de cultivar otras emociones que no fueran la soberbia y la autocompasión, como bien sabía ella ahora.

Y, por si fuera poco, su marido no la escuchaba. Ella no había sido capaz de quitarle de la cabeza esa absurda idea de construir un cobertizo en la isla. Aquello no era jugar limpio. Solo trajo humillación, tal como había previsto.

Pierre Corbé había intentado encontrar esposa en repetidas ocasiones. La oferta escaseaba en la pequeña comunidad protestante. No había ninguna chica que él pudiera imaginarse como su mujer, de modo que decidió, aunque el procedimiento fuese laborioso, poner anuncios en varios diarios provinciales, incluso de zonas lejanas, como Normandía y Charente. Después de mantener una fatigosa correspondencia solo logró dos citas. Para la primera tuvo que tomar el tren hasta Caen. La mujer, veinte años mayor de lo que él había supuesto, resultó ser además una fanática religiosa. La segunda candidata era la hija de un tendero, una mujer dicharachera con curvas en lugares poco usuales del cuerpo, que no tardó en confesarle que no era protestante, sino que provenía de una familia católica, aunque le aseguró que eso carecía de importancia.

Pierre permaneció soltero. Comoquiera que fuese, cuando muriera, su propiedad se mantendría en manos de la familia, porque, aunque su hermano había fallecido joven, había todavía un par de Corbés en Bretaña. Apenas los conocía personalmente, pero eso no era algo que le preocupara.

Él se limitaba a cumplir con sus obligaciones, o lo que consideraba como tales. Seis días trabajarás. No había lugar para la felicidad.

Pierre Corbé se miraba al espejo únicamente para afeitarse o cuando necesitaba ir al dentista. Su fisonomía la consideraba un hecho. La vanidad es aflicción de espíritu. Naturalmente que se reconocería a sí mismo en una foto de grupo de su batallón —aunque solo fuese por la cicatriz en el labio superior—, como quien encuentra en un guardarropa su abrigo y sombrero; pero su aspecto no le preocupaba en lo más mínimo.

Pierre solo se veía a sí mismo como un hombre que ocupa su sitio en el orden de las cosas, tal como enseñaba la Biblia. En el mundo lo que contaba era el dinero y el poder, y de ambos él poseía más bien poco. Y la tierra. La tierra lo era todo.

Adèle Chrétien siempre le había recordado a esas reinas de la historia que solía estudiar en el colegio: una mujer que se comprometía con un poderoso pretendiente con el fin de salvaguardar su reino. Corentin Berthou era un castigo del Señor. Era como si el Todopoderoso, que envió las plagas sobre el Egipto pagano, quisiera poner a prueba su fe confrontándolo con un nuevo enemigo.

Pierre recordaba una anécdota que se remontaba aún más atrás en el tiempo que aquel día en el que se pelearon junto al río, aunque quizá no fuese sino el recuerdo de un sueño.

Adèle y él eran niños y cada uno estaba a su lado del río, que en el sueño era un arroyo centelleante muy angosto.

—Si tú saltas, yo también —le gritó Adèle, que llevaba un sombrerito de paja y tenía toda la carita manchada de zumo de arándanos.

—¡No! ¡Imposible! —contestó Pierre—. Este es nuestro lado.

—Lo sé. Y este es el nuestro. Pero si saltáramos los dos a la vez... entonces, por un instante, ¡tu lado sería el mío y el mío, el tuyo!

—Pero ¿cómo va a ser posible eso? Como me vea mi padre, me pega.

—Mira, cuando los dos estemos en el aire al mismo tiempo, y tú estés un segundo en mi territorio y yo en el tuyo, solo será como si hubiéramos cambiado nuestras tierras un momento, ¿no?

Adèle retrocedió para coger carrerilla, agitándose el vestidito con bravuconería, como si fuera a dar un salto enorme.

—¡Vale, pero solo una vez! —gritó Pierre.

—¡Miedica! —contestó Adèle.

Se cruzaron en el aire y cada uno aterrizó en el lado opuesto.

—¡Corbé! ¡Corbé! —gritó la niña bailando y dando saltos de alegría—. ¡Estoy en la tierra de Corbé!

—¡Chrétiens! ¡Chrétiens! —gritó Pierre haciendo extrañas volteretas.

—¡Otra vez! —gritó Adèle, y volvieron a saltar el arroyo simultáneamente.

—¡Y otra vez más! ¡Hurra, hurra!

En su sueño, al cabo de un rato ambos se dejaron caer al mismo tiempo sobre la hierba, agotados, cada cual a su lado del río. Adèle se frotó las pequeñas rodillas y él rodó para tumbarse boca arriba y se tiró un pedo.

—¿Lo ves? Si saltamos al mismo tiempo, funciona perfectamente —dijo Adèle jadeando—. ¿Mañana otra vez?

—A lo mejor —contestó él.

Y Adèle, por su parte, creía recordar que después lo hicieron una vez más, aunque no estaba segura.

El año en el que los franceses ocuparon las orillas alemanas del Rin, un accidente dejó a Pierre discapacitado. A partir de entonces necesitó una prótesis de pierna para caminar.

Aquel día ya había empezado de forma extraña. No se veía al ganado de los Chrétiens por ningún lado. Hacía calor, no soplaba nada de viento, y era como si el cielo sin nubes careciese de profundidad: una plana superficie azul detrás del verde estático de las colinas arboladas. Pierre había contado sus terneras y se disponía a regresar a casa para el almuerzo cuando divisó las avefrías. La hembra salió huyendo arrastrándose por la hierba de la orilla, haciendo grandes alharacas y fingiendo que se había roto un ala. Pierre caminaba de un lado a otro del margen del río y, en vista de su comportamiento, dedujo que el ave tendría el nido al otro lado.

Oteó el valle en ambas direcciones. No se veía ni un alma.

La tentación era demasiado grande. Él era un hombre de ley, aunque solo fuese por conservar su conciencia pura ante el Señor, pero robar unos huevos de avefría era un acto más bien inocente. Ya lo hacía de niño.

En aquel lugar el agua del río no le llegaba más arriba de las rodillas pero se aseguró de nuevo de que no hubiese nadie en derredor.

Se quitó los zapatos y los calcetines y se enrolló las perneras del pantalón. Algo más allá, río abajo, el ave interpretó un desgarrador solo dramático sobre la hierba. Pierre soltó una risita y se metió en el agua fría manteniendo un ojo vigilante sobre el peligroso cauce y otro sobre el lugar donde sospechaba que se hallaba el nido.

Ahí estaba, sí, a no más de diez metros de la orilla.

Cuatro huevos moteados.

Extendió la mano, dio un paso más y, en ese instante, el cepo para zorros se cerró de golpe.

Pierre notó el impacto sordo y miró hacia abajo. Las grandes mandíbulas dentadas se habían cerrado justo encima de su tobillo.

Se irguió para comprobar si había testigos; no los había. Fue entonces cuando le sobrevino el dolor, un dolor extraño y brutal. El grito que lanzó antes de perder el conocimiento fue más que nada una expresión de estupor.

Al abrir los ojos, lo primero que vio fueron los cuatro huevos moteados dentro del nido poco profundo, casi al alcance de la mano, y a continuación las monstruosas mandíbulas del cepo que le mantenían apresado.

No era un cepo normal para zorros. Era un artefacto de esos que antiguamente, en la época de su bisabuelo, se usaban para cazar lobos.

De haber sido una pata de zorro, la habría partido por la mitad. Los hierros dentados casi se tocaban dentro de su pierna.

Qué imbécil he sido, pensó, y alzó la cadena para ver hasta dónde llegaba. Estaba sujeta a una clavija de hierro forjado clavada profundamente en el barro.

Necesitaba tiempo, de modo que se tumbó boca arriba sobre la hierba. Le asediaba la pareja de avefrías que reclamaba su nidada.

Unos goterones de lluvia empezaron a caerle sobre la cara y las manos. Detrás de las tenues nubes, unos relámpagos surcaron el cielo: Pierre vio unos breves y serpenteantes destellos de luz, y, por un instante, tuvo la sensación de que unas pequeñas venas le estallaban en los globos oculares. El dolor era brutal.

Un chaparrón le golpeó hundiéndolo aún más en la hierba. Debía hacer algo.

Se incorporó e hizo lo que era más lógico: intentar abrir el cepo. Pero no hubo manera. Se arrastró hacia la clavija agarrándose de la cadena. Manteniéndose de pie sobre una sola pierna la arrancó del barro. Con el cepo y la cadena se arrastró de nuevo hacia el río y lo vadeó a gatas. Ahora, al menos, volvía a estar en su tierra.

La tormenta descargó con fuerza. En su nido, las dos negras crestas de las avefrías asomaban estoicamente por encima de la hierba azotada por la lluvia.

Pierre encontró su bastón y usándolo de palanca consiguió abrir ligeramente la trampa. Eso le ocasionó un dolor nuevo, distinto, en cierto modo aún más insoportable que el anterior.

Se limpió la lluvia de los ojos y se miró la herida abierta y el calcetín de sangre que no cesaba de manar.

Así que esa era la razón por la que el ganado de los Chrétien no pastaba ese día por ahí. Esta vez Berthou lo había pillado, pero se juró a sí mismo que no le concedería ese triunfo.

Se puso en pie y arrojó el cepo, con la cadena, la clavija y todo, al otro lado del río.

Se colgó los zapatos del cuello y subió cojeando la colina en dirección al bosque. Una vez a buen recaudo, volvió la cabeza y comprendió que aquello no funcionaría. Seguro que Berthou encontraría la trampa cerrada con la cadena suelta y, en cuanto viera a Pierre renqueando, comprendería lo que había sucedido.

Cogió una rama que pudiera servirle de muleta y se arrastró de nuevo hacia el río.

El valle era prácticamente invisible a causa del fuerte aguacero. Unos relámpagos bifurcados iluminaron el firmamento. Pierre era como un pecador salido del grotesco mundo de Gustave Doré que regresaba al lugar del crimen para borrar los trazos de un delito del que él mismo era la víctima.

Los nubarrones descargaron ahora directamente sobre su cabeza. Volvió a vadear el río usando la rama bifurcada como bastón, cogió la pesada trampa y la llevó hasta el nido de las avefrías. Abrió ligeramente la mandíbula dentada moviéndola hacia atrás y hacia delante y la bloqueó con una piedra. Logró separar los muelles lo suficiente para que el infernal utensilio volviera a estar listo para saltar.

La pareja de avefrías, presa de un fatalismo inmóvil, permanecía sentada sobre su nidada.

Pierre avanzó por la hierba a gatas, encontró el orificio donde había estado la clavija y volvió a clavarla en el suelo con la ayuda de la piedra.

Ahora todo estaba como antes.



Se arrastró otra vez por el río y subió la colina hasta el sitio donde había dejado los zapatos. Se movía despacio pero con determinación, porque sabía que, a pesar del dolor, sería capaz de llegar a su casa. Cruzó el bosque cojeando, con un zapato y la ayuda de la rama.

Cesó la lluvia y una neblina blanca se elevó hacia el cielo como el incienso de un altar abandonado. Seguía haciendo un calor asfixiante.

Corentin Berthou se acercaba por la otra orilla. De cuando en cuando se detenía e inspeccionaba algo en la hierba. Serán los otros cepos para zorros, se dijo Pierre. Ha colocado toda una hilera a lo largo del margen del río. En aquel momento Berthou se agachó, obviamente para coger los huevos de avefría, que se guardó con cuidado en el bolsillo de su ancho abrigo. En aquel instante Pierre odió a Corentin Berthou como nunca había odiado a nadie.

En casa se vendó la pierna y se tumbó en la cama. No quiso llamar al médico. Al cuarto día se le empezaron a poner rígidas las mandíbulas y seguidamente el resto del cuerpo. La cara se le contrajo en una mueca de dolor y la espalda se contracturó tanto que se le arqueó hacia atrás el cuerpo entero. Tenía el tétanos.

Sufrió más de lo que jamás imaginó que fuera capaz de soportar, pero continuó negándose a llamar a un médico. Aquel era *su* dolor. Era el castigo que merecían sus pecados y eso era asunto suyo.

Además, no se fiaba del médico del pueblo, habida cuenta de que este le solía hablar, sin que él se lo pidiese, de los frustrados deseos de maternidad de Adèle. Berthou no debía enterarse jamás de que había conseguido atraparlo.

Pierre sobrevivió, pero hubo que amputarle la pierna por debajo de la rodilla. Desde aquel día no volvió a participar en el desfile del *Quatorze Juillet*. Comparada con las prótesis de sus compañeros de guerra, la suya no merecía admiración alguna.

En Rennes, el momento culminante del año litúrgico lo constituía la gran procesión que se celebraba con motivo de la festividad del Sagrado Corazón, el tercer viernes posterior a Pentecostés.

Corentin y Adèle Berthou participaban siempre. Él era uno de los portadores de la Santa Virgen y ella, junto con otras mujeres ilustres de la localidad, precedía el cortejo con una palma en la mano.

Como dictaba la tradición, las imágenes de María se trasladaban hasta la ciudad desde las iglesias de las parroquias de los alrededores. Hacia el mediodía las congregaban en la Place Saint Etienne; ahí se disponían en un círculo sobre mesas cubiertas de telas de terciopelo profusamente bordadas, también traídas de los pueblos, una tarea pesada e ingrata que realizaban los muchachos y los hombres de posición social inferior a la de Berthou. La manera en que caminaban esos hombres confería a la procesión un aire bufonesco: avanzaban paso a paso, con las colgaduras tapándoles prácticamente la vista, inclinados detrás de su virgen como los cuartos traseros de unos burros beatos.

En la Place Saint Etienne los hombres reponían fuerzas con un aperitivo en los cafés de los alrededores y las mujeres buscaban el frescor en los bancos y en el borde de la fuente bajo la sombra de los plataneros.

Adèle aceptó el vaso de limonada que le trajo la hija de los vecinos y cerró los ojos. No se encontraba bien y, de ahí a la catedral, había todavía una caminata de media hora por las calles de Rennes atestadas de gente. La cinta de su gran capuchón de encaje le apretaba la frente; el rígido corpiño le ceñía el cuerpo hasta tal extremo que le impedía sudar para combatir el calor. Un par de horas más y todo habría terminado. No podía mostrarse débil; era un honor preceder la procesión.

Entreabrió los ojos, por no perder el mundo por completo, y, en lugar de las oscuras faldas de la vecina, vio ahora a su marido delante del café Thiers con una copa de pastis en la mano.

Aunque la familia de su marido era de Brest, él lucía el atuendo típico de la región de ella: el sombrero de ala ancha y el fajín en la cadera. Cualquiera que lo viera así, con su cabello pelirrojo claro y su eterna sonrisa, lo tomaría por un hombre de mundo, un señor con habilidades sociales. Solo ella sabía cómo era de verdad, porque estaba casada con él.

Le irritaba que su marido pareciese inmune al paso del tiempo. Se mantenía delgado. La vida no le había dejado rastros en la cara.

Ella hubiese querido envejecer cuanto antes, para perder sus encantos y dejar de ser el objeto del deseo de su marido. Pero la naturaleza se tomaba su tiempo: había engordado un poco en los últimos tiempos, eso sí, y tenía la cara más redonda, pero, con todo, seguía siendo la mujer que hacía mucho que no quería ser.

Él seguía poseyéndola, cuando no estaba demasiado borracho, y le gustaba restregarle que lo hacía solo porque era su deber conyugal —una obligación inherente al matrimonio, por mucho que uno se casara por dinero—, y que había muchas chicas jóvenes a las que podría beneficiarse.

Quizá Berthou no fuese capaz de actuar de otra manera. Eso era lo mejor que podía decirse de él. Y si una es incapaz de decir nada bueno de su propio marido, es mejor no decir nada. Nunca.

Adèle, ausente, barrió con la palma los adoquines entre sus zapatos y volvió a alzar la vista.

Las cuatro vírgenes se habían congregado en torno a ella. Solo se veían unas a otras una vez al año, en este lugar, enfrente del café Thiers. Miraban hacia delante con expresión serena, cada una a su manera, las cabezas sagradas dibujándose contra el cielo azul.

La Virgen de Rennes era muy grande; se requerían ocho portadores para cargarla. Con la majestuosidad de una soberana de largo reinado, asomaba por un ingenioso decorado de pliegues azules sembrados de innumerables estrellas.

De repente, Adèle tuvo la impresión de que las vírgenes hablaban unas con otras, como si ese día compartieran las gracias y desgracias del mundo, una vez al año, mientras que los hombres, que las habían trasladado hasta ahí y que luego las portarían a la catedral, bebían pastis.

De qué hablarían la rústica virgen de madera y la que estaba a su lado, de rasgos dulces aunque un poco bufonescos, que había tenido la mala suerte de haber sido obra de un artista menor; o esa blanca neoclásica de la basílica de Pacé que parecía considerarse a sí misma demasiado buena para esa compañía; y la otra, su imagen favorita, la virgen embarazada de la pequeña iglesia parroquial de Noyal, con sus aires de joven campesina.

Adèle oyó un grito y vio a unos hombres que señalaban con el dedo hacia arriba: Berthou había salido corriendo de la terraza del café y, en el centro de la plaza, con los brazos extendidos y su copa en la mano, gritaba: *Vive la France!*

Una gran formación de bombarderos sobrevoló las vírgenes en dirección este, hacia Alemania, un espectáculo que desde la liberación veían casi a diario. Los aviones no se oían porque volaban a gran altura. Eso hizo que el estridente grito de su marido resonara aún más.

—*Allez, les Américains! À Berlin! À Berlin!*

Estaba por ver si Berthou no sería arrestado, acusado de alta traición, al igual que el viejo Louis Renault, pues todo el mundo sabía que había colaborado con el régimen como accionista... un escándalo que su familia nunca superaría.

Adèle nunca había despreciado tanto a nadie como a ese charlatán incapaz de arar un surco recto, pero que se las daba de gran terrateniente, que se hacía el hombre cuando no era más que un desgraciado, un perverso y un malcriado.

Ella lo había necesitado en su batalla contra los Corbés, sí. Pero ninguna mujer debiera pagar un precio como ese, ni por el peor de sus errores.

—Haced que él muera antes que yo —les suplicó a las cabezas impertérritas de las cinco vírgenes.

Era la primera vez que no le venía el periodo, tenía ya un par de faltas, quizá le esperaba un tiempo de paz.

—Concédeme una vejez sin él —suplicó— y os prometo que...

De repente tuvo la impresión de que la virgen embarazada de Noyal se inclinaba sobre ella, tal vez debido al movimiento de las nubecillas detrás de su aureola. A contraluz, la virgen era negra y semejaba un tronco de árbol inclinado que fuera a aplastarla. Cerró los ojos para librarse de esa ilusión óptica y empezó a sentirse mareada.

Tenía cuarenta y ocho años, y aquello era casi imposible, pero sabía que era cierto.

Se puso las manos sobre el vientre, inclinó la barbilla hacia el pecho y susurró:

—Ayúdame.

Regresó la hija de los vecinos y se inclinó sobre Adèle apoyando una mano sobre el pie de yeso de la virgen que vestía el mismo atuendo que ella.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora? —preguntó la chica, preocupada.

—No —contestó Adèle con brusquedad.

Bajo la luz del sol, Berthou regresó al café sin prisa, con el dedo índice alzado, como dando crédito a una falsa profecía. Adèle vio que los otros hombres reaccionaban con gestos de desaprobación, pero eso no era un consuelo para ella, ahora ya no.

La niña recibió el nombre de Marie-France. Y Berthou, aún antes de ser encarcelado por alta traición, tuvo tiempo de pronosticar que una mujer que paría un hijo a una edad tan anormalmente avanzada no lo disfrutaría mucho.

Y todo indicaba que tendría razón. Marie-France había heredado el cabello pelirrojo y la tez blanca del padre, y no era una niña que despertara afecto: era débil, enfermiza y antipática.

Quizá fuese la desesperación lo que impulsó a Adèle a aceptar la invitación de Salomon, o tal vez la necesidad de defender sus intereses ahora que su marido había sido condenado e incapacitado

legalmente. También es posible que, después de que le hubieran ido mal tantas cosas en la vida, deseara hacer algo que no hubiese hecho nunca, esperando que se produjese algo bueno.

En su decisión intervino también sin duda la curiosidad: no había vuelto a ver a Eduard Salomon desde que este había huido a Estados Unidos al estallar la guerra.

Pierre, por su lado, no sabía muy bien por qué había aceptado la invitación. No era el espíritu de reconciliación lo que le movía, ahora menos que nunca. Tampoco era una cuestión de cortesía: que su enemiga debiera enfrentarse a él sola, sin un marido a su lado, no le hacía más indulgente. Quizá en el fondo lo que deseaba era ver por fin a esa mujer orgullosa frente a él sin que pudiera parapetarse tras el poderío de Berthou. Pierre se sentía más fuerte ahora que el adversario volvía a llamarse Chrétien como siempre.

Había otra razón más para aceptar la invitación. Eduard Salomon era un héroe de guerra: había desembarcado en la playa de Utah con la Segunda División Blindada francesa y había participado en la liberación de París.

Pierre y Adèle estaban sentados uno frente al otro a ambos extremos del gran escritorio del despacho del notario; era la primera vez, en medio siglo, que un Corbé y un Chrétien compartían un espacio que no fuese la sala de una audiencia.

Evitaban mirarse a los ojos, mientras que Eduard, sentado entre ambos detrás de su mesa de despacho, leía con voz tranquila el listado de quejas y acusaciones mutuas que ambos habían puesto por escrito a petición suya. Lo hacía en un tono templado, desprovisto de emoción, como un médico de familia revisando un antiguo expediente. En septiembre había sucedido un incidente: supuestamente, las cabras de Corbé habían mordisqueado la corteza de unos frutales que los Chrétiens habían plantado en su prado; anteriormente, en verano, una vaca de los Chrétien había muerto de un cólico, porque Pierre Corbé había prohibido al veterinario el acceso a su tierra, etcétera.

Adèle y Pierre escucharon impertérritos la lectura de los agravios mirándose solo cuando creían que el otro no lo veía.

Ese Corbé es un viejo amargado, pensó ella, siempre ha tenido que ocuparse de todo solo. Un soltero huraño, medio inválido y pobre. Un hombre marcado por esa religión suya tan triste. Yo al menos tengo descendencia, aunque sea una niña. Y nosotros somos ricos. Figúrate: dejar morir a un animal solo porque crees que puedes.

Esa mujer es profundamente desgraciada, pensó él, a pesar de la dignidad con la que sigue comportándose. ¿No se avergonzará, como esposa de un traidor a la patria, de estar aquí sentada frente al *maître* Salomon, un héroe de guerra que, con la tricolor detrás de él y la cruz de Lorena en su solapa, le expone las fechorías que ha cometido? Plantar árboles frutales donde sabes que serán mordisqueados solo para poder exigir luego daños y perjuicios. Taimadas prácticas papistas.

Aun sin mirarse, Adèle y Pierre estaban tan pendientes el uno del otro que solo volvieron a escuchar a Salomon cuando este abordó el fondo de la cuestión: que el rencor que se guardaban ambas familias tenía su origen en el hecho de que tanto los unos como los otros se consideraban perjudicados por el caprichoso curso del río que ora le quitaba tierra a un partido, ora al otro. ¿Era eso correcto?

Sí, contestó Pierre, el río que establecía la linde había ido engullendo su tierra desde un principio, mientras que la de los Chrétiens había aumentado. Eso había sucedido particularmente

en los años 1851, 1894 y 1919 y, en menor grado, casi cada año.

En efecto, asintió Adèle, el río, que era la linde, parecía tener sus preferencias. En 1860, 1862, 1921 y 1931 le había entregado a los Corbés casi tres cuartas partes del valle. Y las fotografías aéreas que ella había mandado hacer el último año demostraban que el río había vuelto a modificar su curso dirigiéndose hacia el este y arrebatándole tierra a ella.

—Madame Chrétien, monsieur Corbé —dijo Salomon—. El río discurre por ese valle desde el Pleistoceno y su curso, por término medio, apenas ha cambiado en el transcurso de los siglos, qué digo, de los milenios. Ya estaba ahí antes de Lutero y de Calvino, sí, incluso antes de Cristo. E incluso antes del patriarca Abraham. Y sin embargo, ustedes siguen sosteniendo que...

—Las fotografías lo prueban. Y son tomas realizadas por un avión —intervino Adèle.

—Usted dirá lo que quiera, *maître* —fue el comentario de Pierre—. Los Chrétiens siempre han salido ganando más que nosotros. Desde hace siglos.

—Si ambos piensan de esta manera, les ofrezco ahora mismo una solución —propuso Eduard—. ¿Están dispuestos a escucharme?

Pierre y Adèle se miraron a los ojos por primera vez. Ninguno de los dos desveló nada, solo veían lo que ya sabían. Pierre se acordó de las miradas que cruzaba con sus vigilantes cuando era prisionero de guerra. No había en ellas ningún tipo de comunicación personal.

—Sí, quiero —dijo Adèle, y mientras pronunciaba esas palabras se avergonzó de la expresión inoportuna que acababa de emplear.

—Escucho —dijo Pierre.

Eduard abrió un cajón y sacó una antigua carpeta archivadora atada con unas finas cintas.

—¿Puedo hacerles un comentario personal? —y, sin esperar respuesta, continuó—: Esta idea la tuve yo hace ya treinta años. Poco después de la Gran Guerra, cuando todos creíamos que no volveríamos a pasar jamás por semejante trance. No fue así, como bien sabemos. Ahora nos estamos recuperando de una nueva guerra mundial que ha causado profundas heridas a Francia. Nadie lo sabe mejor que usted, madame Berthou. Ya en aquella época, siendo yo un hombre joven, pensaba: tiene que ser posible resolver un conflicto como este entre particulares, un conflicto que al fin y al cabo es absurdo e innecesario. Sin derramamiento de sangre, sin rencor, sin desprestigio, sin que ninguna parte se sienta perjudicada. Y, si ustedes quieren, aún hoy les puedo proponer esa solución que se me ocurrió entonces.

Se produjo un largo silencio.

—Sí, quiero —anunció Pierre finalmente con una sonrisa agria.

—Escucho —dijo Adèle.

—Les propongo un canje de tierras —dijo Salomon.

Todo seguiría igual, solo que en adelante la mitad occidental del valle sería propiedad de Chrétien, y la mitad oriental, de Corbé. De este modo ya nadie tendría motivo para quejarse de los caprichos de la naturaleza.

Salomon había hablado y esperó.

Tal vez pesó más la codicia de la tierra del otro lado del río que la renuncia a la propiedad de toda la vida; además, tanto Adèle como Pierre estaban hartos de peleas, litigios y hostilidades.

Aunque también es posible que interviniera otra cosa en la decisión de ambos: el recuerdo de un sueño en el que cruzaban varias veces el arroyo de un salto haciendo desaparecer momentáneamente la linde.

Adèle y Pierre se miraron. No fue una sonrisa —Adèle no sonreía nunca— y sin embargo, por un instante, algo pareció cambiar en torno a la comisura de sus labios. Quizá fuese solo el efecto de la iluminación.

Pierre se encogió de hombros:

—Pero que conste que no estoy dispuesto a pagar gastos notariales.

—No será necesario. Madame Chrétien, monsieur Corbé. Quisiera cerrar para siempre este largo pleito, con el que ya mi padre y mi abuelo batallaron en vano, y alcanzar una resolución satisfactoria antes de mi jubilación, si ustedes me lo permiten. Me lo he tomado como un reto personal. No les voy a presentar factura.

Firmaron el contrato.

El tractor había quedado atascado en la curva del río, hundido en el cieno hasta por encima de los ejes. No aprenderé nunca, pensó Pierre, no debería haber bajado tanto con este trasto. Puso todo su empeño en salir del hoyo, pero el tractor ya ni arrancaba. Había emprendido la tarea confiando ciegamente en que la nueva máquina sería capaz de todo. No había sido así. La modernidad se manifestaba en el jadeante estertor, cada vez más débil, del exhausto motor de arranque. La gasolina no era el problema, pues había rellenado el depósito con la reserva que traía en el bidón oxidado. La máquina tenía todo lo que necesitaba y aun así se negaba a arrancar. No le quedaba más remedio que ir al establo a buscar sus caballos para sacar el tractor del cieno.

No le hacía ninguna gracia tener que volver a casa a pie. Le resultaba difícil caminar con la prótesis de pierna. De modo que cogió su escopeta de caza y la cartuchera de lona que usaba desde la primera guerra mundial y en la que llevaba a diario el pan, el embutido y el vino, y subió el montículo sembrado de pequeñas piedras para descansar un rato en el lugar donde, en su día, se erigió la capilla de Santa Godoberta.

Le resultaba extraño contemplar desde este lado del arroyo la tierra que siempre había sido suya. Conocía cada metro de aquella finca, cada arbusto y cada tronco, en la misma medida en que conocía ahora ya cada metro, cada arbusto y cada tronco de este lado del río. A veces sentía la finca del otro lado como algo parecido a la tierra prometida, a pesar de haber renunciado a ella voluntariamente a cambio de su propiedad actual. El canje de tierras en realidad no había supuesto gran cosa; el campo y el bosque de este lado del río eran idénticos a los del otro lado, a este respecto no había nada que reprocharle a Salomon. Y ahora también sabía que el río, visto desde esta perspectiva, no perjudicaba a ninguna de las dos partes. Este problema ya no se había vuelto a plantear desde que un par de años atrás Salomon había emigrado a Estados Unidos para disfrutar de su jubilación en Florida. El hombre se lo podía permitir, sin lugar a dudas: se comentaba que solo con la venta de su villa en Lorient se había embolsado más de medio millón de francos.

Con todo, la situación no había mejorado. Abrió la navaja y cortó unas lonchas finas de salchichón sobre su muslo. Sus ovejas, que se habían congregado en torno a él mientras pastaban, lo miraban con cara de bobaliconas.

Tres cazas Mirages en formación sobrevolaron el valle con gran estrépito y Pierre, impasible, aguardó el sordo estampido que se produciría en cuanto atravesaran la barrera del sonido. Mientras su tractor no funcionase, la tecnología moderna le merecía poco respeto.

El hecho de que Corentin Berthou, que acababa de salir de prisión, le hubiese negado la semana anterior el botín de caza que por derecho le correspondía —la corza que él había disparado en su territorio, pero que había muerto al otro lado, a un paso de distancia del río— constituía una nueva declaración de guerra.

Aunque el otro lado fuese ahora distinto, las cosas seguían igual.

Pierre contemplaba con impotencia las partidas de caza que tenían lugar en la otra orilla, como un monarca desterrado que se ve obligado a contemplar la matanza de quienes fueron sus súbditos. Berthou organizaba batidas y, junto a sus invitados, conducía sus limusinas hasta el final del camino empedrado que él mismo había construido. Con sus salvas abatían cientos de perdices en una sola mañana. Los jabalíes, las liebres y las avefrías —y al parecer incluso el ganado— preferían ahora su parte del valle.

Pierre estaba firmemente decidido, más que nunca, a defender su propiedad y la linde de su terreno. Si alguien, fuese quien fuese, osaba poner un pie en lo que ahora era ya para siempre su propiedad, le pegaría un tiro sin contemplaciones. No era una amenaza hueca. Dispararía, aunque fuese la mismísima hija de Adèle.

Al cabo de media hora empezó a agobiarse con los tábanos que revoloteaban a su alrededor. Se masajeó el muñón de la pierna y volvió a colocarse la prótesis. Haría un último intento de arrancar el tractor, aunque tenía poca esperanza. Ese armatoste era más tonto que una bestia. Más tonto que su perra Babouche, que ahora dejaba atada en la granja, porque ya no podía llevársela al valle.

Según comentaba la gente, ya existían prótesis mejores, pero Pierre había decidido conformarse con la que tenía. Se había habituado a ella: el duro capuchón de cuero perfectamente ajustado en torno al muñón de su tibia y pantorrilla; el tubo de acero que en realidad era un poco largo para él ahora que había perdido estatura; la pieza rotatoria que le hacía de pie... La prótesis era el precio que le tocaba pagar por haber ocultado el error cometido, y él era de los que saldaban sus deudas, hasta el último céntimo y hasta el último minuto. Cumpliré mis promesas ante los que temen al Señor. Nadie sabía que había perdido su pierna en el cepo para zorros de Berthou. Y así sería para siempre. No quería desvelar su secreto a nadie. Se llevaría esa cosa consigo a la tumba, aunque las prótesis, según creía, no contaran para la Resurrección en el Día del Juicio Final. Qué más da, pensó, en tal caso me presentaré ante Dios sobre una sola pierna. Seguro que el Señor habrá visto cosas más raras.

El zapato que cubría el pie artificial hacía ya tiempo que se había quedado sin pareja. Era un ejemplar muy viejo —roto, con desgarrones y jamás engrasado— que prácticamente se había fundido con el acero de la prótesis. En su pie bueno llevaba un calzado mejor. Debajo de su cama empotrada guardaba cuatro o cinco zapatos derechos en perfecto estado que jamás se había puesto.

Pierre apoyó las manos a izquierda y derecha sobre las piedras calientes para ponerse en pie, y entonces la vio.

La hija de Adèle.

La niña llevaba un vestidito de verano rojo oscuro con unos puntitos o lunares de un tono más oscuro aún y caminaba a lo largo de la orilla del río.

Era una criatura extraña, sí, aunque eso no la eximía de la culpa de ser la hija de Berthou.

Cortaba flores, a juzgar por una cuantas que llevaba en la mano, y caminaba con la cabeza gacha, arrastrando los pies. A Pierre le pareció una criatura solitaria y no del todo normal, lo cual le causó una cierta satisfacción. La vida no perdonaba a nadie, ni siquiera a los ricos, ni a Adèle Chrétien más que a él.

Se limpió los dedos con su pañuelo y cogió su escopeta. Dispararía. Primero la avisaría, pero después, en cuanto pusiera un pie en su tierra, le pegaría un tiro.

La niña seguía avanzando a lo largo de la orilla, agachándose de tanto en tanto, como si estuviera recogiendo algo que hubiese perdido. Seguro que ella ya lo habría visto a él, no podía ser de otra manera tal como estaba sentado encima del túmulo, su figura claramente recortada contra el cielo azul.

La niña no se movió de su lado de la orilla. Pierre se palpó el bolsillo de la chaqueta de pana, vaciló un instante y sacó su mira telescópica. Era una buena ocasión para probarla. La mira, de fabricación alemana, la había adquirido de segunda mano. Sacó las gafas de leer del otro bolsillo, pero la montura, que solía reparar con esparadrapo, estaba tan descuajaringada que se le ladeó ante los ojos al intentar montar la mira en la escopeta. En casa, sobre la mesa de cocina, le habría sido más fácil. Una vez montada la mira, alzó la vista. La niña, que seguía en el mismo sitio, se agachó de repente para arrancar una flor de la hierba.

Pierre alzó la escopeta y presionó el ojo derecho sobre el visor de goma. No vio nada. Debo ajustar la distancia, pensó. Le dio unas vueltas al botón negro situado en el lado derecho de la mira. Todo quedó aún más desenfocado, pero al cabo de un instante el mundo entró en imagen. Una pequeñísima porción del mundo. Las piernecillas pálidas de la niña dentro de unas botitas bajas de goma con las que se metía en el agua. No lo hagas, pensó. Era asombroso: veía frente a sí una cruz, el símbolo de la redención, y lo que había detrás de la cruz podía matarlo con solo apretar el gatillo.

Intentó apuntar un poco más alto mientras le daba vueltas al botón: vio pasar rápidamente el tejido rojo del vestidito, distinguió los lunares negros y luego le vio la cara. Ella lo miraba.

Era una niña muy fea; parecía haber reunido todos los malos genes de los Berthous y los Chrétiens. La nariz grande, el cabello rojizo. Esa diminuta partícula de la creación dentro del círculo de su mira telescópica no era precisamente la más bella.

La cruz descendió hacia las botas de goma que en aquel momento se hallaban en el centro del río, sobre dos piedras.

Volvieron a aparecer los Mirages, como si también fueran a romper la barrera de sonido del otro lado, y el valle quedó allanado por el estruendo de las turbinas de los cazas.

—¡Para! —gritó él—. ¡Un paso más y disparo!

La cruz voló hacia arriba y Pierre dobló el dedo índice.

La niña se tapó los oídos y le sacó la lengua. Con los dos ramitos de flores silvestres en la mano, parecía estar coronándose a sí misma, una criaturita pagana que se burlaba de él.

El esperado estampido sónico no se produjo; en lugar de ello, el bramido se extinguió poco a poco y los aviones doblaron hacia el norte rumbo a su base en Cambrai.

Pierre se incorporó y bajó la escopeta.



—¡Lárgate de ahí! —gritó gesticulando con vehemencia. Su voz sonaba tenue e irrelevante en el vasto paisaje, que, al igual que él, aún parecía ensordecido por la potencia de los Mirages que lo habían sobrevolado—. ¡Fuera!

La niña se detuvo un instante en el centro del río, sobre las piedras, gritó algo que él no logró entender y a continuación se dio la vuelta y se marchó. En cuanto alcanzó la orilla, arrojó las flores que había cortado y echó a correr.

Al día siguiente, Pierre regresó con dos caballos para sacar el tractor del fango. Advirtió que algo había cambiado, pero no supo exactamente qué. Era algo en la pendiente del prado junto al túmulo. La tierra no cambia, de eso no cabía la menor duda, y sin embargo no era igual que el día anterior. Por un instante volvió a desconfiar. ¿Y si Salomon lo había engañado? ¿Y si había algún problema con la tierra que ahora era de su propiedad? Detuvo los caballos enyugados y salió a investigar. Juraría que la sombra que el sol bajo proyectaba sobre el prado era diferente. La zarza, que el día anterior a esa misma hora había recibido los rayos del sol, estaba ahora en la oscuridad. Eso era imposible. Pierre se detuvo a mitad de la pendiente de la colina y miró en derredor con suspicacia. Los caballos, la cadena, el tractor, el enganche y el carro seguían en el mismo lugar bordeando el reluciente río como un largo friso inmóvil. No percibió nada especial ni en la linde del bosque ni en las nubes. Todo parecía igual y sin embargo algo había cambiado, aunque aún no supiera qué.

De repente ambas piernas se le hundieron en el barro. La tierra de la que desconfiaba lo estaba engullendo. Sostuvo su propio peso con los brazos y se quedó atascado. Aguardó el dolor, como el que le acometió cuando pisó el cepo para zorros, pero este no vino. Estaba hundido en la tierra hasta las caderas; por lo demás no sucedía nada. Dobló los brazos e intentó impulsarse hacia arriba, los codos extendidos como las palancas de un sacacorchos, pero debajo de él se desmoronó la tierra y su pie y la prótesis se balancearon en el vacío. Permaneció un buen rato inmóvil, porque en ciertas circunstancias eso era lo más conveniente. Tengo que pensar un poco para ver cómo salir de esta, se dijo, sin saber muy bien por dónde empezar. Estaba solo en el valle; de los caballos enyugados nada podía esperar.

Mientras su reloj de bolsillo contaba los minutos sobre la hierba, Pierre se percató de que se habían producido más cambios. El río detrás del carro parecía más estrecho que unos veinte metros más arriba, frente a las cabezas inclinadas de sus caballos. Y ahora que empezaba a oír el mundo, percibió también, además del viento y las cornejas, otro sonido debajo de él, en la profundidad. Agua corriente subterránea. Hasta podía olerla: un olor a fango y humedad le subió alrededor del torso.

Pierre se inclinó hacia delante, presionó la parte superior de su cuerpo sobre la hierba y buscó a tientas unos tallos fuertes a los que agarrarse. Lentamente, muy lentamente, porque no había prisa, fue saliendo del agujero impulsándose hacia arriba. Briznas, malas hierbas, excrementos de cabra y una mariquita pasaron por delante de sus ojos abiertos como platos. Justo cuando deslizaba con cuidado las caderas por encima del borde, cedió la tierra debajo de él, como un colchón sobre una cama que se hunde. Permaneció inmóvil, sujetando en los puños dos cardos fuertemente enraizados, y aguardó un buen rato hasta comprobar que no sucedía nada más antes de seguir trepando despacio agarrado a un pedrusco. Finalmente logró sentarse.

El zapato que le cubría la prótesis había desaparecido; renqueando fue a buscar sus caballos y describiendo una gran curva sorteó la tierra anegada. Los animales alzaron la vista con indolencia, como si les diera igual que hubiese regresado.

*L'Ouest-Éclair*, además de algunos artículos sobre la guerra de Indochina y la dimisión del primer ministro Mendès-France, incluyó una breve noticia de ámbito regional:

Las desavenencias entre las familias Chrétien y Corbé, de las que este periódico ha informado asiduamente a lo largo de los últimos cien años, han tomado al parecer un nuevo e inesperado rumbo. El inusitado canje de tierras en el valle de Issou (subprefectura de Pontivy) que realizaron ambas familias en el año 1953, y cuyo objetivo era acabar con el conflicto, parece beneficiar ahora inesperadamente a una de las partes: en la orilla este del río, que desde tiempos inmemoriales había sido propiedad de la familia Chrétien, pero que actualmente pertenece a M. Pierre Corbé, de estado civil soltero, se ha descubierto, según dicen, un santuario merovingio que, a juicio de los arqueólogos, data del siglo vii y que probablemente estuvo consagrado a Santa Godoberta. Es muy posible que este contenga reliquias y utensilios de inestimable valor que harían rico al propietario del terreno. Mientras duren las excavaciones no se permitirá a los visitantes el acceso al valle. M. Berthou, esposo de Adèle Chrétien, la heredera original, ha declarado que impugnará el derecho de propiedad de M. Corbé y las ganancias que se pudieran generar recurriendo a las más altas instancias judiciales. Mme Berthou y M. Corbé han declinado hacer declaraciones, al igual que Maître Salomon, exnotario en Lorient, el promotor del canje de tierras, que actualmente reside en la lejana América y que al parecer ostenta un cargo importante en la próspera comunidad israelita de Boca Ratón en Florida. El autor de estas líneas mantendrá al corriente de cualquier nuevo acontecimiento a nuestros lectores, quienes sin duda siguen este caso excepcional con el mismo interés que él.

Corentin la arrojó sobre la cama y la golpeó con los puños.

Adèle nunca había sabido cómo defenderse de las agresiones de su marido. Siempre que él bebía, le pegaba. Eso había sido así desde la noche de bodas. Corentin Berthou solo la superaba a ella en una cosa: en fuerza bruta. Mientras la sangre le manaba de la nariz, Adèle sintió pena de él. Su marido se abrió la camisa para mostrar su seboso pecho sin vello, se quitó lentamente el cinturón del pantalón y ella se avergonzó de él. Ese hombre no era nada, era un alma perdida, y ella no tenía más remedio que soportarlo.

—Piensa en la niña —fue lo único que Adèle le dijo.

—¿La niña?... —repitió Corentin enrollándose el cinturón en el puño—. No hagas ver que te importa la niña. Ese adefesio no tendría que haber venido jamás al mundo.

Una noche ella se había inclinado sobre él con un cuchillo en la mano. No lo hizo. La justicia y la dignidad seguían siendo su dominio. Ella, una madre, prefería sufrir la humillación de ser molida a palos como una puta antes que pagarle a su marido con la misma moneda, por mucho que él se rebajara a sí mismo.

Corentin le presionó la cara contra la almohada y le subió el camisón.

—Putra judía —le espetó—. Malvendiste nuestra tierra a mis a espaldas, mientras yo estaba preso. ¿Le chupaste la polla circuncidada a ese tipo, no? ¡Yo podría haber sido rico! ¡Millionario! Y ahora ese miserable Corbé se larga con el tesoro. Para colmo, un tesoro católico. —Le pegó con saña en la espalda—. ¡Un santuario cristiano!

—¡Corentin, para! La niña...

—Nada de niña. Nada de Corentin. ¡Ya te enseñaré yo, zorra!

La golpeó por la izquierda y la derecha, perdió el equilibrio y se agarró al poste de la cama.

Adèle se dio la vuelta y trató de incorporarse.

—Estás borracho, hombre. ¡Para ya, para!

Esta vez Corentin le propinó un puñetazo en plena cara. Era la primera vez que lo hacía, normalmente le pegaba con la palma de la mano. Desconcertado, se chupó los nudillos, se los limpió en el pantalón, sonrió con sorna y volvió a pegarle, esta vez con una derecha directa que no desmerecía la de Marcel Cerdan.

—No tan borracho como para enseñarte quién manda aquí...

Adèle volvió a caerse sobre la almohada y, aterrorizada, se palpó la nariz; parecía fracturada.

Él cogió su botellín de cerveza, vio que estaba vacío, se echó a llorar y empezó a azotarla con el cinturón.

—¡Tumbate, tumbate! ¡Ahora mismo! — gritó Corentin, y Adèle se tapó los oídos, como si de esa manera pudiese evitar que su hija los oyera.

Marie-France yacía inmóvil bajo el edredón, con sus muñecas y su oso de peluche aferrados bajo el brazo y una punta de la funda de almohada en la boca. Normalmente eso era suficiente para conciliar el sueño, aunque no le gustase mucho dormir, porque le impedía pensar y estar atenta a lo que sucedía, como si se abandonara a sí misma. Pero aquella noche apretó los ojos y fingió estar dormida para no oír lo que sucedía en el dormitorio de sus padres.

Marie-France creía saber por qué nadie la quería. La verdadera razón secreta era que había venido al mundo para llevar a cabo algo muy grande y extraordinario y, hasta que no lo hiciera, nadie la querría. Así eran las reglas especiales que solo contaban para ella. Por eso tampoco era tan bonita como otras niñas. Pero era una elegida, sí, y seguro que al final todo saldría bien.

«Nada de niña», había gritado papá, y mamá no había hecho más que gimotear. Quizá ni siquiera su propia madre estuviese verdaderamente convencida de su derecho a la existencia.

El granjero de enfrente, ese hugonote que se había hecho con el tesoro que les pertenecía a ellos, era un hombre cobarde. Aquel día ella lo había desafiado solo para ver cuál era su reacción. El tipo no le daba ninguna lástima, a pesar de su cojera. Él la había apuntado con una escopeta, lo que demostraba que, al menos, la tomaba en serio. Ella había hecho algunas tonterías con las flores, pero eso carecía de importancia. El tipo únicamente le gritó «lárgate» y cosas así, como solía hacer papá, pero no le disparó, ni siquiera por encima de la cabeza. Aunque, eso sí, se había apropiado del tesoro que no le pertenecía. Él la miraba sentado con su escopeta en aquella colina que en realidad no era suya, pues toda aquella tierra siempre había sido propiedad de su familia, incluyendo el tesoro.

Marie-France dejó el oso de peluche y las muñecas en el cajón de su mesilla de noche. Ya era hora de que desaparecieran, como los corderillos que cada año eran llevados al matadero.

Después de tumbarse de nuevo boca arriba, los brazos cruzados sobre el pecho bajo el edredón, Marie-France tuvo una ocurrencia, la más importante de su vida.

En un acto heroico, ella robaría el tesoro que legítimamente pertenecía a su familia. No lo haría tanto para sí misma como para sus padres, y se granjearía la admiración de todo el mundo. Y cuando llegase a casa con el tesoro, haría como si la Virgen le hubiese mostrado el camino y les diría: «La Virgen me pidió hacer esto para que todos los padres y madres supieran que deben amar a sus hijas pequeñas, como yo los amo a ellos», o algo parecido. Y entonces su padre la cogería en brazos y exclamaría: «¡Esta es mi hija!». Y Pierre Corbé, rechinando los dientes, nadaría largo tiempo en una ciénaga de fósforo ardiente, aunque incluso a él las cosas acabarían yéndole bien, porque el purgatorio era solo temporal. Y su madre suspiraría: «Ay, hija mía, te he querido siempre tanto, más de lo que puedas imaginarte».

De hecho, sería como Juana de Arco, que incluso llegó a casarse con el rey de Francia.

Con esa idea en la cabeza ya sí que le fue imposible conciliar el sueño.

Oyó algunos portazos y, entre estos, el llanto de su madre.

Oyó que arrancaba el motor de un coche, lo que significaba que papá se largaba, como siempre.

Mañana, se dijo, lo haré.

Mañana todo estará bien.

Berthou pisó el acelerador y tomó la primera curva a toda velocidad. La luz de los faros recorría el pálido follaje de los plataneros, una salva de piedras y grava saltó desde debajo de las ruedas traseras. Berthou iba inclinado, las manos agarradas al volante. Tenía baba en la barbilla y, para no verse en el espejo, le dio un golpe furioso al retrovisor. Redujo la marcha para acelerar el automóvil al máximo antes de tener que frenar de nuevo en el camino de entrada. Si de él dependiera, no frenaría nunca más, pero no podía hacer otra cosa si quería mantener el control del coche. Lo hizo tan violentamente como pudo, accionando a la vez el freno de pie y de mano, un truco que dominaba a la perfección, y tomó la curva de forma brusca. Volvió a embalsarse en la recta que cruzaba los bosques al tiempo que mantenía bajo control la serpenteante línea blanca del centro del asfalto. Zorra, traidores... él no mandaba en su propia casa... plutócratas judíos... obligado por su padre a casarse con una mujer de clase social inferior, una granjera que no le había dado ningún hijo varón, solo una criatura repulsiva, una caricatura de sí mismo. Le entraron ganas de orinar y frenó en seco cuando asomó frente a él, bajo la luz de los faros, el muro del cementerio de guerra británico. Aparcó el coche en batería en el arcén, con el motor en marcha y las luces encendidas; le importaba un pimiento que le viera todo el mundo. El pantalón se le cayó un poco al abrir la pesada verja de hierro forjado; se había dejado el cinturón en el dormitorio. Tomó el segundo sendero a la derecha, en el que había orinado en más de una ocasión, ahí donde las piedras no portaban cruces, sino estrellas de David y signos orientales. Meó contra la lápida de un tal Balbur Singh, muerto en combate en 1918, y pensó: menos mal que nadie me ve llorando. No voy a darle ese placer a nadie. Regresó a su coche y quiso abrir el maletero confiando en que le quedase aún una botella con un resto de *eau de vie*, pero el maletero estaba cerrado con llave y

para abrirlo necesitaría la llave de contacto. Renault era una marca imbécil. Los automóviles americanos disponían de una palanca con la que abrir el maletero por dentro. No había nada que odiara más que la marca Renault, salvo a su mujer y a sí mismo. Cuando al fin abrió el maletero, vio que no había ninguna botella. Regresó al cementerio y bebió de la manguera de riego. La bruma de medianoche pendía inmóvil entre los bosques a ambos lados de la carretera. Las agujas luminosas del pequeño reloj situado en el cuadro de mandos del coche indicaban que eran las dos.

Se moría de ganas de beber, pero no quería volver a casa por nada del mundo. El *Relais des Routiers*, cerca del puente. El local estaría cerrado a esa hora, claro, pero dado que el dueño le debía algún favor, en caso de necesidad podría sacarlo de la cama. Incluso era posible que aún hubiera clientes bebiendo y jugando a las cartas detrás de los postigos cerrados, algo que no era infrecuente.

Berthou tomó las últimas curvas oscuras con más fortuna que habilidad, aparcó discretamente detrás de los camiones estacionados al borde de la carretera y se apeó del coche. En la taberna reinaba la oscuridad, incluso el anuncio de neón estaba apagado. El silencio era profundo. Las cuatro farolas del puente de hormigón eran las únicas luces visibles entre las oscuras colinas. Berthou estaba dispuesto a aporrear la puerta, gritar y montar un escándalo para despertar a todo el establecimiento. Pero antes se inclinó un instante sobre la barandilla de hierro, que era de color naranja aunque parecía negra bajo la luz de las lámparas de sodio. Por debajo corría el río, angosto y negro. A qué agujero olvidado de la mano de Dios habría ido a parar.

Al mirar por encima del hombro se percató de que el primer camión, estacionado en el arcén, iba cargado de barriles de petróleo y la orilla descendía escarpada hacia el río.

Berthou volvió sobre sus pasos e inspeccionó el camión más de cerca. Venía de Brest y se dirigía a Le Mans. Los barriles estaban colocados verticalmente en pilas de tres. Cientos de barriles de cuarenta y dos galones. Decenas de miles de litros de combustible refinado extremadamente inflamable. La cabina del camión se hallaba a la altura del comienzo de la barandilla. Entre la caja de carga y el río solo había una rampa escarpada. Podría lanzar río abajo un mar de fuego que haría arder en llamas toda la maldita fortuna de Corbé. Así acabaría para siempre con ese condenado valle de Adèle. Todos le habían subestimado.

Una capa hedionda de petróleo, de aspecto opalescente, corría por el valle entre las oscuras colinas. El *Relais des Routiers* seguía junto al puente, tan tontamente y sin vida como siempre. Debo reflexionar, se dijo Berthou. ¿Cuánto tiempo arde el petróleo? No puedo cometer errores. No voy a prenderle fuego de inmediato. ¿A qué velocidad baja el agua de esta mierda de río? Encendió su último cigarrillo, arrojó la cajetilla vacía al agua y la siguió con la mirada. Digamos que unos tres kilómetros por hora. ¿Cuánto habrá de aquí al túmulo? Para comprobarlo necesitaba el mapa Michelin. Borearía la orilla del río hasta llegar al final del camino empedrado que el idiota de Corbé había construido con sus propias manos y ahí prendería fuego a la alfombra de petróleo.

Arrancó el coche lo más silenciosamente posible, apagó el intermitente como correspondía y tomó el camino en dirección oeste.

Pierre, acostado en la cama, apenas podía creer la suerte que había tenido.

De la noche a la mañana se había convertido en un hombre rico. Su recompensa, como propietario de la tierra, podría ascender a cientos de miles de francos, tal vez incluso a un millón. Dios es mi herencia para siempre y la roca de mi corazón. Dios concede el sueño a sus amados. Nuestros hijos y nietos hablarán de Su Bondad. De haber reliquias en la cripta, quizá acabasen en el Louvre.

¿Quién sería capaz de conciliar el sueño ante semejante cambio de fortuna? Palpó el cablecito trenzado de su lámpara de noche y encontró el interruptor. Las tres. Dentro de una hora, más o menos, ya habría suficiente luz para salir y volver a visitar el milagroso yacimiento.

Podría comprar una ordeñadora eléctrica, como las que había visto en la feria agrícola de Rennes. Y el Señor le entregó a Job catorce mil ovejas y mil yuntas de bueyes. Y a cada uno de ellos le dio una moneda de plata y un anillo de oro.

Pierre no aguantó más tiempo en la cama. Se sentía insoportablemente feliz.

Se levantó y se preparó un café.

Los caminos del Señor son inescrutables, pero justos. Él no tendría siete hijos y tres hijas, pero sí unos graneros grandes y tal vez una casa nueva.

Amanecía, o él quiso imaginárselo. Se puso la chaqueta y le llevó comida a la perra. La dejaría en la perrera. Babouche le lanzó una mirada de desconfianza y reproche al comprender que no se la llevaba con él.

—Pronto todo cambiará, Babouche —dijo Pierre—. Ya verás.

El Señor es mi fortaleza, él me da pies como los de ciervas, y por las alturas me hace caminar. Pierre avanzaba feliz y renqueando a lo largo de la orilla derecha del río, deseando volver a ver el tejadillo de chapa ondulada y el festivo cuadrilátero de alambre de púas blanco que protegía su tesoro del ganado. Como protestante que era, despreciaba la veneración de santos, pero eso no quitaba para que Godoberta, si es que reposaba de verdad en su tierra, se mereciera algo mejor que un campo cubierto de cagarrutas de cabra.

De repente oyó un sonido lejano. Procedía de algo que antes no existía. E inmediatamente después apareció una pequeña figura en movimiento. Sucedían cosas en un lugar donde no estaba previsto que sucediera nada hasta el regreso de los arqueólogos. Pierre se encontraba aún demasiado lejos para distinguir qué era lo que se movía y aceleró el paso, cojeando.

Era la niña de los Chrétien. Estaba robándole el tesoro. No le gritó, porque antes quería acercarse un poco más. Pero ella lo vio, se puso en pie con un cofrecito de oro en los brazos y echó a correr en dirección al río.

—¡Hey, tú, detente! —bramó Pierre, y empezó también a correr, algo que no había vuelto a intentar desde la amputación.

La niña lo miró por encima del hombro y fue tan lista como para no cruzar de inmediato el río, sino que antes le tomó la delantera. Él vio las suelas de sus pequeñas sandalias y sus trenzas danzantes.

Pierre la seguía, cojeando obstinadamente, aunque los pasos que podía dar con su prótesis eran mucho más cortos que los de su pierna buena.

Por fortuna, el buen juicio no tardó en abandonar a la niña, quien se tiró de improviso al río justo en el punto donde el agua era más profunda y se bifurcaba en torno a un par de rocas grandes. La chiquilla se hundía. Ya solo se le veían las manitas sosteniendo en alto el cofrecillo, no mayor

que una caja de zapatos. Pierre empezó a vadear el río, resbaló sobre las piedras y perdió el equilibrio, cayó de rodillas, se incorporó chorreando y extendió las manos.

—¡Dámelo ahora mismo, pequeña zorra!

La niña salió a la superficie, como un pez feo, los ojos abiertos de par en par, aferrada aún al cofrecillo con sus bordes decorados en relieve y, en el centro, una ventanita opaca.

—¡No! —chilló la niña—. ¡Es de mi papá!

—¡Te voy a dar! —dijo Pierre agarrándola por la fina muñeca—. ¡Suelta eso o te ahogo como un gato!

Ella volvió a chillar tan fuerte como pudo y arrojó el cofrecillo al río, que fue arrastrado por la corriente y se hundió enseguida. Pierre mantenía el cuerpo de la niña bajo el agua, sujeto entre sus piernas, mientras trataba de ver dónde había ido a parar el objeto.

En aquel instante sonó un fuerte rugido, como procedente de otro mundo. Pierre volvió la cabeza y a lo lejos vio un mar de fuego avanzando hacia él. El ganado a ambas orillas del río subió por la pendiente, los pájaros alzaron el vuelo; una enorme columna de humo negro se acercaba por el valle, las capas superiores tan potentes como la cólera divina; la parte inferior, una trompa que seguía los meandros del río. Era el Día del Juicio Final. El Señor lo había descubierto y habría prendido fuego al río. Porque he aquí que el Señor vendrá con fuego; y sus carros, como torbellino, para tornar su ira en furor. El puñetazo de calor lo golpeó en la cara. Todo había terminado. Un ardiente muro de llamas se precipitaba hacia él. Se dio la vuelta y vio el pequeño relicario de oro reluciendo bajo el agua sobre el lecho del río.

Adèle sabía, sin mirarse al espejo, que tenía la nariz fracturada. Le diría al médico que el cuerno de una vaca le había golpeado la cara; lo engañaría tal como había hecho en otras ocasiones cuando le contó que los dedos rotos y las quemaduras habían sido accidentes domésticos.

Se lavó la cara con agua fría, se secó y se miró al espejo. Más que la nariz hinchada y torcida, le impresionó el rictus de amargura de sus delgados labios y sus ojos mortecinos. Su belleza se había marchitado para siempre. Colgó la toalla húmeda en el ganchito junto a la ventanita del cuarto de baño y escudriñó el exterior.

Aquello era la aurora de los dedos rosados, lo único que recordaba de Homero. Pero el pedacito de cielo oriental enmarcado por los gruesos bastidores de la ventana estaba dominado por una enorme columna de humo negro.

No entendía qué clase de fuego podría haber en el remoto valle.

Corrió hacia el dormitorio y se vistió a toda prisa; Berthou se había marchado, tendría que salir ella misma a mirar. Abrió de golpe la puerta de la habitación de Marie-France.

Pierre vadeaba el río con paso vacilante en dirección al cofrecillo, los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

Ahí estaba, a un metro de profundidad, sobre la curvatura de un peñasco adonde lo había empujado la corriente, oscilando de forma extraña, como si aún estuviese decidiendo hacia qué lado del obstáculo caer. Pierre se agachó y metió los brazos en el agua.

Marie-France chillaba. El muro de fuego los había alcanzado, el humo negro se alzaba como un enorme yunque. La vanguardia de las llamas rodeó a la niña, y esta levantó sus bracitos delgados.

Pierre sostenía el cofrecillo en las manos. Pero no actuó como hubiera deseado, como solía sucederle cuando luchaba en el frente. No se atrevió a arrojar el relicario a la orilla, como si este fuese un peligroso y desconocido explosivo, sino que lo soltó e intentó con todas sus fuerzas avanzar río arriba, en dirección al fuego.

La niña venía flotando hacia él como una muñeca en llamas.

—Tranquila— se oyó decir a sí mismo absurdamente.

El mar de llamas lo envolvió. Sintió cómo la barba, la piel y el cabello le eran arrancados para siempre, mi Dios es fuego que consume. Cogió a la niña en brazos y se sumergió con ella en el agua.

Debajo del agua se estaba mejor, mucho mejor, solo que faltaba el oxígeno. Ella pataleaba e intentaba desasirse, pero él la mantenía sujeta. En veinte segundos no se ahogaría. Pierre esperaba oír algo, el bramido de la cólera divina, pero no percibió nada antinatural, así que abrió los ojos y miró. Había una intensa luz encima de él y pensó que aquello sería lo último que vería en la vida. Se había equivocado en todo, había fallado, no tenía derecho a ningún tipo de felicidad. Pero el Señor lo quería a él, no a esa niña. Contuvo la respiración, cogió unas piedras pesadas para mantenerse sumergido y empujó la cabeza de la niña hacia abajo. Quizá seréis protegidos el día de la ira del Señor...

Todo había terminado y no le quedaba más remedio que respirar o morir. Tomó el cuerpecillo inmóvil de la niña en sus brazos y emergió.

Un fétido líquido turbio fluía a su alrededor, y lo primero que vio fue un gran barril rojo en el que ponía total flotando río abajo. El humo seguía al fuego como la cola negra de un vestido. El tufo del gasóleo le produjo arcadas. Los caminos del Señor son inescrutables.

Buscó un punto de apoyo en el lecho de gujarros. El petróleo le ardía en los ojos. Vio un mundo redondo, como si mirara a través de una lente trucada.

Una mujer con un ondeante chal marrón sobre los hombros acudía corriendo desde la otra orilla.

Se detuvo de improviso, justo frente a él, los brazos extendidos hacia delante y las manos abiertas, el rostro extrañamente desfigurado.

Claro, la niña debía ir con su madre y así él podría irse a su casa.

Se incorporó con la niña en brazos y vadeó el río hacia el lado de los Chrétiens, que durante tantos años le había pertenecido a él y a sus antepasados, para hacer lo que tenía que hacer, lo que haría cualquiera.

No sentía nada, excepto la conciencia de no haber abandonado a Dios.

Tenía rastros de gasóleo en la cabeza quemada. Volutas de humo le envolvían mientras emergía del río frente a los ojos de Adèle, con su hija en brazos. Los bracitos y las piernas de la criatura colgaban como unos badajos inmóviles.

Subió el talud de la orilla tambaleándose a cada segundo paso, porque había perdido el zapato de su prótesis.

—Toma —dijo depositando a la niña contra el pecho de Adèle—. Ahora debo irme a casa.

Adèle corrió con su hija hacia un lado del río, por la orilla occidental, mientras Pierre se iba andando a trompicones en dirección contraria. La columna de humo, menos imponente de lo que



había sido, fue desapareciendo en la lejanía.

—*Maman, Maman...* —sollozó Marie-France, la media carita que asomaba entre los pliegues del chal marrón desencajada de miedo—... De verdad que no pude hacer nada. Yo ya tenía el tesoro en mis manos, pero entonces vino él y luego ese fuego...

—Cariño mío, mi niña valiente —susurró Adèle—. Nos has salvado a todos.

Esta noche me dejará dormir en su cama, pensó Marie-France, y así todo habrá valido la pena.

Para su último viaje a Bretaña, Salomon se permitió volar con el Concorde. Tenía ochenta y seis años y padecía cáncer de próstata. Hacía lo que le venía en gana. Durante el descenso en París intentó distinguir la línea de la costa y, sonriendo, se acordó de Astérix y Obélix y su «aldea poblada por irreductibles galos que resiste, todavía y como siempre, al invasor». Pero debajo de la densa capa de nubes solo avistó fugazmente la punta de Normandía y, al cabo de nada, ya había aterrizado en Charles-de-Gaulle.

Se preguntó qué habría sido de los Chrétiens y Corbés después del hallazgo de aquel tesoro que tanto había dado que hablar en su día. Al igual que muchos americanos, Salomon era adicto a las series televisivas. Tenía la misma curiosidad por saber qué habría sucedido con las familias como la que sintió cuando se perdió unos episodios de *Dallas* durante unas vacaciones en un velero.

Había reservado una suite en *L'Ermitage* de La Baule por un tiempo indeterminado.

Disponía él solo del compartimento de primera clase. Colocó los pies sobre el asiento de enfrente, con la última novela de Saul Bellow aún envuelta en celofán sobre el regazo. No le apetecía mucho leer y menos en americano. Miró el paisaje que se deslizaba detrás de la ventana y se preguntó si alguna vez lo vería deslizarse en dirección contraria. Tal vez no. Quizá pasaría sus últimos días en un *grand* hotel, tal como hizo su héroe literario Nabokov en Montreux.

Cuando el tren se detuvo en Chartres, entró en el compartimento una señora que viajaba sola. Salomon retiró educadamente los pies del asiento, a pesar de que ella le había indicado con una sonrisa que no era necesario. Salomon apreciaba la cortesía anticuada, sobre todo ahora que volvía a estar en Europa.

El periódico debajo de sus zapatos resultó ser *L'OuestÉclair*, el diario regional.

Se saltó la primera sección, porque ya había ojeado la prensa internacional durante el vuelo. Quería ver las noticias locales y recordó en qué parte del diario se encontraban. Incluso le hizo gracia echarle un vistazo a la publicidad, aunque solo fuera para comprobar si su charcutero de Lorient seguía anunciando su célebre salchicha de hígado.

Su mirada se posó en un artículo con el siguiente titular: «Inaugurada la capilla de Santa Godoberta».

Un gran día para la Bretaña católica: Monseñor Gouyon, arzobispo de Rennes, ha inaugurado hoy la capilla de Santa Godoberta, construida en el remoto valle de Issou. En el lugar donde el propietario de tierras M. Corbé —curiosamente, de fe protestante— descubrió

el antiguo relicario de oro con los huesos de la mártir del siglo vii, acerca de cuya vida se tiene poca noticia, se ha erigido ahora un peculiar edificio octogonal, proyectado por el estudio de arquitectura Beret&Fils de Nantes. La construcción ha sido financiada en su totalidad con fondos privados, aportados particularmente por Mme Adèle Berthou (de soltera, Chrétien), viuda del controvertido Corentin Berthou, quien poco tiempo después del espectacular hallazgo arqueológico perdió la vida trágicamente en un accidente automovilístico.

En el futuro, el insólito edificio llamará sin duda la atención de los escasos paseantes que se adentren en el encantador pero poco accesible valle de Issou, si bien más de uno será de la opinión —compartida por el autor de este artículo— de que nuestro paisaje no se ha beneficiado de una creación comparable con, por ejemplo, la capilla de Notre-Dame-du-Haut de Le Corbusier...

Nunca llegaré a comprender a esa gente, pensó Salomon. El texto iba acompañado de una foto en blanco y negro, de aspecto granuloso. Cogió la lupa.

El pie de foto decía: «Orgullosamente unidos: la donante Mme Adèle Berthou; su hija Mlle Marie-France, estudiante de primero de Derecho en la Sorbona; y el tolerante terrateniente M. Pierre Corbé».

Adèle tenía un aspecto distinguido con su abrigo de botones y su sombrero adornado con unas plumas aparentemente de avefría. Pierre lucía una barba corta gris y miraba hacia abajo. Era bajo de estatura, mucho más bajo que Adèle, quien miraba desafiante a la cámara, y la hija de esta, que estaba en medio de los dos. Él, sorprendentemente acicalado, llevaba un sombrero hongo. Se apoyaba con los tobillos cruzados sobre un bastón inclinado plantado en el césped. Se parecía un poco al general Lee en sus últimos días. Marie-France sonreía alegremente a pesar de la solemnidad de la ocasión; una joven emancipada con una minifalda a cuadros. Su cabello rizado, incluso en la foto en blanco y negro, parecía iluminarse bajo la gorra.

«El arte es una rebelión contra el destino»

ANDRÉ MALRAUX

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Ríos*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



\* Título en francés: «Río salvaje». Epígrafe en alemán: «Todo queda en nada». Cita de Heinrich von Kleist. (*N. de la T.*)

\* En alemán: «La vida es sueño». (*N. de la T.*)

\* Himno patriótico alemán, originalmente *Die wacht am Rhein* (La guardia del Rin): «Querida patria, permanece en paz. Firme y leal permanece la Guardia, la Guardia del Rin.» El Rin ha sido sustituido aquí por el Meno. (*N. de la T.*)

\* Epígrafe en alemán: «Purificado por el fuego, el agua, el aire y la tierra». Del libreto de *La Flauta Mágica* de Mozart. (N. de la T.)

## Nota biográfica

Martin Michael Driessen (Bloemendaal, Países Bajos, 1954) es escritor, traductor y director de teatro y de ópera. Debutó con la novela *Gars* (1999). Su obra ha sido aclamada por la crítica, traducida a diversas lenguas y galardonada con importantes premios. *Ríos* (2016; Libros del Asteroide, 2019) recibió el prestigioso premio Bookspot 2016, así como el Readers Prize, el Inktaap Prize y el ECI. Su última novela, *De pelikaan* (2017), fue finalista del premio Libris.



## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Ríos*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[Unas vacaciones en invierno](#), Bernard MacLaverty

[El embalse 13](#), Jon McGregor

[El año del hambre](#), Aki Ollikainen



Libros del Asteroide

# Martin Michael Driessen

## Ríos

Traducción de Isabel-Clara Lorda Vidal

